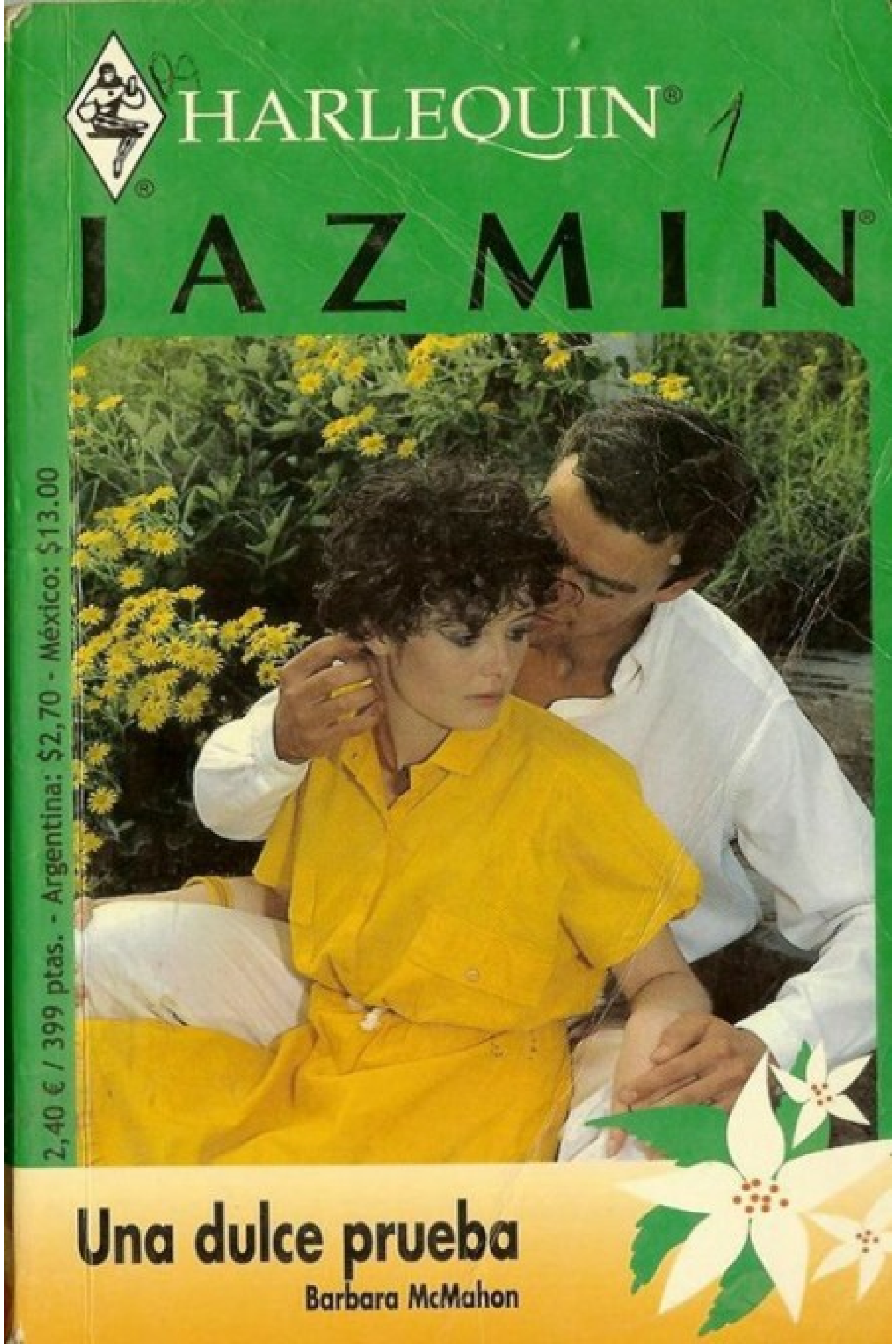

HARLEQUIN
JAZMIN
2,40 € / 399 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $13.00
Una dulce prueba
Barbara McMahon

Una dulce prueba

Barbara McMahon

2º Multiserie Tener y retener
Una dulce prueba (2002)
Título Original: The marriage test (2001)
Serie Multiautor: 2º Tener y retener
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1649
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Alec Blackstone y Sara Blackstone

Argumento:

Aunque Sara Blackstone amaba profundamente a su marido, él padecía una adicción que le hacía anteponer continuamente su trabajo a la familia y a ella. Por eso tomó la decisión de abandonarlo tan sólo un año después de su boda.

Después de seis meses separados, Sara podía disfrutar de unas merecidas vacaciones. Pero la última persona que esperaba ver era a Alec. ¿Había cambiado? ¿Se había dado cuenta de que nada era tan importante para él como su esposa, que lo adoraba? Sara quería averiguarlo a toda costa. Al fin y al cabo, era su futuro lo que estaba en juego.

Capítulo 1

Alec Blackstone, de pie junto a su maleta, miró al jeep alejarse carretera abajo. El ruido del motor se fue apagando y lo envolvió el silencio.

Miró a su alrededor con disgusto. Árboles. Un millón de árboles. El sol brillaba en el cielo despejado y, entre las brillantes hojas, se veía su reflejo sobre el agua del lago cercano. En la suave brisa primaveral se mezclaba el aroma dulce de las madreselvas con el acre olor a pino.

Sin previo aviso, sufrió una de los ya familiares mareos. Se apoyó en la barandilla del porche para mantener el equilibrio, dándole un golpe a la escayola; el brazo comenzó a dolerle de nuevo. Tragándose una maldición, esperó a que se pasara el mareo. El dolor le recordó por qué se encontraba en un remoto centro de recreo en vez de en los tribunales o discutiendo un caso con el abogado del bando contrario.

Ignorando el martilleo de su brazo derecho, agarró la maleta y el ordenador portátil con la mano izquierda y fue hacia la puerta de la cabaña de madera. El accidente debía haberle afectado el cerebro; era la única explicación de que estuviera en ese lugar recóndito, en vez de Boston, su territorio habitual.

Aunque de aspecto rústico, según Wyatt, la cabaña contaba con todas las comodidades. Alec deseó que Wyatt y Elizabeth no le hubieran ofrecido su reserva en ese centro de recreo, al menos, no haberla aceptado. Podría haberse apañado perfectamente en su apartamento; las montañas Adirondack, al norte de Nueva York, no tenían por qué acelerar su recuperación. Tardaría en recuperarse lo que tuviera que tardar.

Pero ya no había remedio. Estaba allí y haría lo posible por aprovecharlo; tenía su teléfono móvil y su ordenador para comunicarse con la oficina. Podía conectar el módem y su secretaria le enviaría cualquier cosa importante. Si tenía que imprimir algo, pediría que lo llevaran a un pueblo de tamaño razonable, y recibiría por correo todo lo que no fuera urgente.

Alec entró en la casa; el salón era muy amplio, de techo alto y con una enorme chimenea de piedra. A pesar de que era el mes de

mayo, en la montaña refrescaba por la tarde y sería agradable encender el fuego.

Junto a la pared, una escalera subía al segundo piso. Bajo la escalera había una puerta de vaivén, que supuso llevaba a la cocina. Pero decidió explorar más tarde, no tenía nada mejor que hacer durante las siguientes tres semanas.

Dejó el ordenador portátil en una mesita y subió la maleta. Había dos puertas abiertas y en cada una de las habitaciones una cama, una cómoda y una mesa. Sin prestar mucha atención, eligió la de la izquierda.

La habitación era larga y abuhardillada. El techo era alto hasta el centro, pero apenas de su altura junto a la pared. Tendría que ser cuidadoso, un golpe era lo último que necesitaba tras haber sufrido una conmoción cerebral.

Deshizo la maleta, miró el reloj y frunció el ceño.

Ni siquiera era mediodía y no sabía qué hacer el resto del día. Había empaquetado algunos libros, pero no le apetecía leer y, debido a los dolores de cabeza y los mareos inesperados, no se atrevía a alejarse de la cabaña. Estaba en el fin del mundo, sin nada que hacer y con dieciocho días por delante. ¡No lo soportaría sin volverse loco de atar!

Oyó un portazo y se preguntó si había dejado la puerta de entrada abierta.

Convencido de que la había cerrado, bajó las escaleras lentamente y escuchó un ruido en la parte trasera de la casa. Pensó que quizá el personal de servicio había ido a llevar comida; aislado y sin coche, alimentarse podía suponer un problema.

Si no quería cocinar, tenía la opción de llamar a recepción y pedir que enviaran un jeep para ir al hotel, dotado de un restaurante de cuatro estrellas. Pero, como siempre comía fuera, quizá agradecería la novedad de cocinar él mismo, cuando se sintiera mejor.

Empujó la puerta de vaivén que daba a la cocina y se quedó paralizado. Una mujer vestida con vaqueros y una larga camisa de cuadros estaba apoyada en la encimera, esperando a que hirviera agua. Una mujer conocida, ¡que no esperaba ver allí! Y aunque el rostro era muy familiar, no ocurría lo mismo con su cuerpo.

La sorpresa fue como una patada en el estómago. ¿Sara estaba

embarazada?

—¿Qué diablos pasa aquí? —rugió. Aunque en los tribunales se le conocía por su capacidad de analizar declaraciones imprevistas al instante, tenía la mente en blanco y la miró boquiabierto, intentando absorber lo que veía.

—¿Alec? —ella giró de golpe. Su cabello negro brillaba a la luz del sol que entraba por las ventanas. Por detrás lo llevaba tan corto como él, pero por los lados, el flequillo le cubría las orejas. Sus ojos oscuros, normalmente grandes y misteriosos, ahora lo miraban incrédulos y atónitos.

Con los ojos aún clavados en su cintura, él intentó aceptar el hecho de que su esposa, a la que no veía hacía meses, estaba embarazada. Muy embarazada. ¡Y él no lo había sabido!

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sara.

—Eso da igual —Alec alzó los ojos y captó su expresión recelosa —. ¿Tenías algo que contarme? —preguntó suavemente, con voz dura como el acero. Ella tragó saliva, inquieta, e inspiró profundamente, haciendo tiempo.

—Estoy embarazada —replicó, finalmente.

Él sintió que lo consumía la furia, algo ajeno a su carácter; normalmente controlaba sus emociones, pero era imposible ante algo así.

—¿Quién es el padre? —preguntó. Ella reaccionó como si la hubiera abofeteado; echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos de par en par.

—¡Tú, por supuesto! —escupió, enrojeciendo—. Esa pregunta es horrible.

¿Quién iba a ser si no?

—No tengo ni idea. Me abandonaste, ¿recuerdas? —aunque no tenía experiencia con mujeres embarazadas, ella parecía muy avanzada—. ¿De cuánto estás?

—Casi de ocho meses —replicó ella tras un momento de duda.

—¡Ocho meses! ¿En todo ese tiempo no has podido llamarme por teléfono para contármelo? —su ira aumentó. Si realmente estaba embarazada de él, ¿por qué no se lo había dicho? ¡Por mucho que se hubieran distanciado, era inexcusable! Su marcha había dejado un hueco en su vida, que le ocultara deliberadamente lo del bebé no tenía perdón—. Quizá tengas tus razones —dijo con

voz sedosa, esperando su negativa, y temiendo no oírla.

—Me molestan tus insinuaciones —espetó ella alzando la barbilla—. No te dejé por otro hombre. Sabes perfectamente por qué lo hice.

—Sé por qué dijiste que te ibas. ¿Tuvo algo que ver que estuvieras embarazada?

—Claro que no. No sabía que estaba embarazada cuando te dejé.

—No creo que tardaras mucho en descubrirlo —dijo él con escepticismo, contemplando su enorme volumen. Ella encogió los hombros y se cruzó de brazos, como si quisiera protegerse.

—Supongo que debí decírtelo —admitió.

—¡Supones!

—De acuerdo, me equivoqué. Quería hacerlo… —calló. Él esperó. Años de tratar con criminales habían perfeccionado su técnica: la mayoría de la gente se sentía incómoda ante el silencio y hablaba para evitarlo—. Pero…, no encontré el momento adecuado —concluyó ella.

—¿Pensabas decírmelo en algún momento? —inquirió él, intentando controlar sus emociones. Lo enfurecía que le hubiera ocultado algo así. Independientemente de cómo hubiera acabado su matrimonio, debería haberlo informado en cuanto se enteró. También era hijo suyo.

—Sí, claro que sí.

—¿Cuándo? ¿Cuando fuera a la universidad?

—No lo sé. En el momento correcto.

—¿Lo saben Wyatt y Elizabeth?

Ella asintió y Alec deseó dar un puñetazo a algo. Su propio hermano lo sabía y no le había dicho nada. Golpeó la jamba de la puerta con frustración. Sara fue hacia la mesa, dio media vuelta y volvió a la encimera, como si no pudiera quedarse quieta.

—Deberías haberme llamado —le dijo, por fin.

—Tú me dejaste a mí. Sabías dónde estaba.

—Si te hubiera importado lo más mínimo, habrías llamado al menos una vez, para preguntar si estaba bien.

—¿Estás bien? —él frunció el ceño—. ¿Es un embarazo normal?

—Estoy perfectamente, no se trata de eso.

—¿Y de qué se trata?

—Si yo no te importo lo suficiente para que te preocupes por

cómo me va, ¿por qué iba a interesarte saber que vas a ser padre?

Padre. Alec pensó que no estaba preparado. La única vez que ella le habló del tema, insistió en que esperaran. Ni siquiera sabía si algún día estaría dispuesto a asumir ese papel. Pero ya no había remedio, alguien había tomado la decisión en su lugar. Esa idea le llevó a otra, y se preguntó si lo habría hecho a propósito.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Sara.

—Me alojo aquí. ¿Lo has hecho a propósito?

—¿El qué, venir? No puedes quedarte. ¡Yo voy a quedarme!

—Me refería a si te has quedado embarazada a propósito.

—No —negó con vehemencia—. Supongo que ningún método anticonceptivo es totalmente seguro. Tienes que admitir que la situación no podía ser peor… una mujer sola, sin marido.

—Porque tú te marchaste.

—Podríamos discutir eso toda la noche —ella se encogió de hombros—. Pero tienes que buscarte otro alojamiento.

—Wyatt y Elizabeth reservaron esta cabaña para sus vacaciones. Cuando le salió ese negocio en Europa y decidió ir con antelación y pasar las vacaciones allí, me la ofreció —dijo Alec, aunque «ofrecer» era un eufemismo; Wyatt casi lo había obligado a aceptar. Pero no pensaba decirle eso a Sara, había perdido el derecho a saber nada de él. De repente, se preguntó si ella pensaba eso mismo: que él no tenía derecho a saber de su vida. Quizá fuera la razón de no haberlo informado de lo del niño.

—Elizabeth me ofreció la cabaña a mí. Quería escaparme y esto era ideal —explicó Sara consternada—. No dijo nada de que fueras a venir tú.

—Quizás Wyatt no se lo contó —dijo él, pensando para sí que probablemente su hermano y su cuñada lo habían planificado todo con la intención de que Sara y él se vieran y arreglaran su matrimonio. Por desgracia, desconocían la verdad: no quedaba matrimonio que arreglar.

—Bueno, lo siento, pero llevo tiempo contando con esto. Tendrás que cambiar de planes —dijo Sara con voz seca.

—¿Cómo puedes llevar tiempo contando con ello? Se enteraron de lo del viaje a Europa hace una semana —rechazó Alec. Había sido el día antes de su accidente de coche, el causante de la rotura del brazo y la conmoción cerebral.

—Llevo meses pensando en pedir permiso en el trabajo. Este es el lugar ideal para comenzar mi baja por maternidad. Elizabeth me lo sugirió la semana pasada.

—Si estás tan avanzada como para pedir la baja de maternidad, ¿qué haces aquí, a kilómetros del hospital más cercano? —inquirió él pensando, que si no tenía la sensatez de cuidar de sí misma, al menos debería preocuparse por el bebé.

—Faltan seis semanas para que nazca el niño. Volveré a Boston con tiempo de sobra. Lo consulté con mi médico y le pareció bien.

Él se preguntó, airado, cuánta gente más sabía lo del embarazo. ¿Cómo podían estar todos de acuerdo en mantener al padre en la ignorancia?

Sara parecía nerviosa, conocía los síntomas, y Alec pensó que tenía motivos para estarlo; nunca antes había estado tan furioso, ni siquiera cuando lo abandonó.

Lo anonadaba saber que iba a ser padre. Ella había tenido ocho meses para acostumbrarse a la idea, y a él se los había negado.

—¿Dónde vives? ¿Necesitas ayuda con el bebé?

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

—¿Y quién tiene la culpa? Maldita sea, Sara, ¡deberías habérmelo dicho!

—¿Qué habrías hecho? —lo retó ella, con las manos en las caderas y ojos fulminantes. Él sospechó que no era más que una pose; tenía cierto aire de culpabilidad.

—Asegurarme de que estuvieras en casa, dónde deberías estar —replicó, acercándose. Percibió su perfume habitual y lo asoló el recuerdo. Había pasado demasiado tiempo. Sin pensarlo, la tomó entre sus brazos y la besó.

Sintió un inesperado estallido de sensaciones. El beso fue salvaje y excitante, tan apasionado como siempre, a pesar de la ira que sentía. No había olvidado ni un detalle de la mujer compleja y desconcertante con la que se había casado dieciocho meses antes. Durante un instante, fue como volver a casa. Sabía igual, dulce como la miel. Sus sentidos se desbordaron como si nunca se hubieran separado, como si las diferencias que los distanciaban se diluyeran en la nada…

La incomodidad del abrazo se hizo patente cuando percibió su dilatado vientre; decididamente ¡no se parecía al de la mujer con la

que se había casado! Alzó el rostro y miró sus brillantes ojos. Ella se apartó y cruzó los brazos sobre el pecho, en actitud defensiva.

—Si no tenías tiempo para mí cuando vivíamos juntos, ¿por qué iba a pensar que lo tendrías para un bebé? —le preguntó sin rodeos.

—No eres tú quién debía decidirlo. Deberías habérmelo dicho —replicó él. Se dio la vuelta y salió de la habitación, golpeando la puerta de vaivén para disipar parte de las emociones que lo ahogaban. No se detuvo hasta que llegó al porche. No vio la belleza que había ante él; ni los árboles, ni el lago, ni el cielo despejado. Lo único real para él era que acababa de enterarse de que su esposa estaba embarazada de ocho meses.

Consideró la pregunta de Sara: ¿qué habría hecho? ¿Insistir en que volviera a vivir con él? ¿Aprender todo lo posible sobre los niños en esos meses de espera?

¿Adaptar su forma de pensar para aceptar que iba a convertirse en padre?

¡Iba a ser padre! Y, ¡no sabía nada del tema!

Sara se quedó inmóvil cuando Alec salió de la cocina, le temblaban las rodillas y no podía pensar con claridad. Había sido un beso airado pero, aun así, durante un momento glorioso se había perdido en la delicia de su abrazo, que no había creído volver a experimentar, y menos en esas circunstancias. Se preguntó qué había ido mal entre ellos, y por qué.

El hervidor de agua comenzó a pitar y apagó el gas pensativamente. La había impresionado verlo y el asombro se había convertido en culpabilidad al ver su reacción; debería haberle dicho lo del niño hacía meses, permitirle compartir la expectación de la espera. El remordimiento la asoló. La disgustaba aceptar que Alec tenía razón, pero nunca había encontrado el momento apropiado para decírselo.

Hubiera deseado que él gritara de júbilo al enterarse, pero su matrimonio ya había acabado, y eso pesaba demasiado. Aun así, ninguna excusa justificaba su silencio. Inspiró con fuerza y decidió que tenía que arreglar las cosas, en la medida de lo posible.

Salió lentamente de la habitación para buscarlo y lo vio fuera, apoyado en la barandilla del porche, mirando hacia el lago. Hubiera preferido ir al dentista a enfrentarse con él, pero no tenía elección. Lo mejor era solucionar las cosas ya.

—¿Alec? —llamó, abriendo la mosquitera. Él se volvió lentamente y la miró inexpresivo—. Si no sabías que estaba aquí, ¿por qué has venido?

—Necesitaba un lugar donde recuperarme —alzó el brazo escayolado—. Wyatt insistió en que utilizara la cabaña. Ya habían pagado la fianza cuando cambiaron de planes —se encogió de hombros—. Fue más fácil aceptar que discutir con él.

Ella parpadeó con sorpresa. Sabía lo del accidente, pero debía ser más grave de lo que Wyatt y Elizabeth le habían dicho; el pasatiempo favorito de Alec era discutir… A veces incluso adoptaba una postura impopular por el puro gusto de llevar la contraria. Sus ojos se oscurecieron.

—Sabía lo del accidente —comentó, tras una larga pausa—. Elizabeth me aseguró que te repondrías. Es verdad, ¿no?

—Eso dicen —replicó él escuetamente.

—¿Cómo ocurrió? Eres muy buen conductor —se estremeció y se cruzó de brazos—. Elizabeth me llamó inmediatamente pero, conociendo tus sentimientos por mí, decidí no ir al hospital.

Él la miró con sorpresa; se tambaleó ligeramente y se agarró a la barandilla.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Tuve una conmoción cerebral por el golpe, todavía me dan mareos. Según el médico, desaparecerán un día de estos.

—¿Por qué no te sientas? ¿Quieres un té? —se acercó como si fuera a ponerle una mano en el brazo. La mirada de él la detuvo y dio un paso atrás. Era obvio que no la necesitaba, ni la quería. Ya había quedado claro cuando vivían juntos.

Lentamente, Alec fue hacia la silla. Ella lo observó, anhelando tener el derecho de mimarlo. El accidente la había asustado; nunca se había imaginado un mundo sin Alec, aunque estuvieran separados. Deseó poder decírselo, pero no le salieron las palabras. Tenía que aceptar cómo habían ido las cosas, y el hecho de que nada podía cambiar el pasado.

Alec se recostó en la silla y cerró los ojos. El mareo se le estaba pasando, pero no quería mirar a Sara. Había reaccionado en exceso ante la noticia de su embarazo. ¡Y

no debería haberla besado!

—Te pido disculpas, Alec. Debería haberte dicho lo del niño en

cuanto me enteré.

Él pensó, aún airado, que de eso no había duda. Entreabrió los ojos y la vio apoyarse en el poste del porche y mirar tristemente el lago. Aún se movía con gracia a pesar del embarazo. Siempre le había gustado observarla, era muy femenina… y deseable.

Se preguntó, y no por primera vez, cómo habría sido su vida si su madre no hubiera abandonado a la familia. O si su padre se hubiera vuelto a casar con una mujer cariñosa y entregada, en vez de convertirse en un hombre amargado y retraído. Quizá entonces él habría sabido cómo retener a su esposa, cómo salvar su matrimonio.

Volvió a cerrar los ojos y se recordó que, si había sobrevivido durante treinta y cuatro años sin una mujer en su vida, podría hacerlo los siguientes treinta y cuatro.

Los meses que Sara y él estuvieron casados no contaban, aunque, técnicamente, seguían casados. ¡Y con un niño en camino!

—¿Creías que sería un padre desastroso y no me lo dijiste por eso? —preguntó tras un largo silencio.

Capítulo 2

—No, no un padre desastroso, solo ausente. ¿Cuándo verías al niño? —se encogió de hombros—. Supuse que saberlo no cambiaría nada…, especialmente tu horario de trabajo.

—Siéntate —dijo él, indicando la silla que había frente a él—. Tenemos que hablar.

—No espero nada de ti —dijo ella rápidamente, sentándose al borde de la silla.

—También es mi hijo, ¿no? —preguntó. Ella asintió enfáticamente, aparentando una calma que Alec distaba de sentir—. ¿Necesitas algo?

—El mes pasado me mudé a un apartamento de dos dormitorios y he arreglado uno para el bebé. Estaremos perfectamente.

No le gustó la respuesta, pero no podía decir nada. Sara había dejado sus sentimientos muy claros cuando lo abandonó.

—Con respecto a la cabaña…

—Puede que haya una libre que puedas utilizar —sugirió ella, inquieta.

—O una para ti —contraatacó él.

—No pienso irme. He deshecho el equipaje.

—Yo también —de repente, Alec se llevó la mano hacia la frente, simulando dolor—. Estoy recuperándome de un grave accidente.

—No me lo puedo creer —Sara soltó una carcajada—. ¿Estás intentando provocar mi compasión? Eso no es habitual en ti —dijo, pensando que, al menos, no lo era en el hombre con el que se había casado.

—No funcionaría, ¿verdad? —Alec frunció el ceño, preguntándose por qué había hecho eso.

—De ninguna manera. Por mucho que intentes salirte con la tuya, no me iré.

Tendrás que encontrar otro alojamiento.

Para Alec discutir suponía un alivio momentáneo. Tardaría un tiempo en acostumbrarse al cambio que se avecinaba en su vida. Recordó cuánto había echado de menos a Sara, cuando se marchó. Lo vacío que le parecía el apartamento y lo largas que eran las

noches.

—Estoy seguro de que debe existir un precedente legal que me permita quedarme —dijo pausadamente, sintiendo que su ira comenzaba a disiparse. Tenía mucho que pensar, pero antes había que solucionar el problema del alojamiento.

—Si lo hay, estoy segura de que lo encontrarás. Podríamos jugárnoslo a suertes

—sugirió ella, ignorando su intento de embaucarla.

—O podría quedarme, sin más.

—Yo me quedo —replicó ella con firmeza. Alec tuvo la impresión de que se preparaba para una larga batalla. Sabía que era tenaz y testaruda; la había visto enfrentarse a los miembros senior del bufete para el que trabajaba, ¡y ganar! Y había cumplido su amenaza de abandonarlo si no cambiaba su estilo de vida para ajustarse al de ella.

Se miraron fijamente durante un instante. Pero Alec no era adjunto al fiscal del distrito por nada. Tenía años de experiencia en negociación con criminales; simulaba cooperar con ellos y conseguía su objetivo. Decidió retar a Sara.

—De acuerdo, nos quedaremos los dos.

—¿Los dos? —gimió ella.

—Supongo que debería decir los tres. O puedes marcharte —dijo Alec, curioso por saber si aceptaría el reto.

Sara se recostó en la silla, lo miró fijamente y se preguntó si estaba loco. ¡Un matrimonio separado no compartía casa! Había ido allí a estar sola, a hacer planes de futuro y a plantearse si quería el divorcio. No podía decidir algo tan serio en compañía de Alec.

Nunca había sido capaz de ignorarlo. Desprendía demasiada vitalidad, demasiado atractivo sexual. Ambos eran altos, ella medía un metro setenta y ocho y él un metro noventa, y tenían el cabello y los ojos oscuros. Podrían haber pasado por hermanos, pero al verlo sentía de todo menos sentimientos fraternales.

Frunció el ceño y bajó los ojos. Su matrimonio había terminado seis meses antes.

Se apañaba bien sola y pronto tendría su deseado bebé. Tenía que solucionar su vida para poder concentrarse en su hijo, o hija, cuando llegara. No necesitaba complicaciones emocionales.

—Pensaba quedarme las tres semanas que reservaron Wyatt y

Elizabeth —dijo lentamente, pensando que quizá él se aburriría después de uno o dos días; era demasiado tiempo sin trabajar. Sintió un destello de amargura. Sabía a ciencia cierta que el trabajo no tardaría en reclamar toda su atención.

—Tengo órdenes estrictas d no trabajar en tres semanas —dijo él irónico. Ella alzó la cabeza y sus ojos se encontraron.

—¿Órdenes de quién? —preguntó con el corazón palpitante. No se imaginaba a Alec aceptando órdenes de nadie, era demasiado seguro y dominante. A veces llegaba a parecer arrogante y solía burlarse de él por eso. Le dolió recordarlo.

—Del médico —replicó él.

—Ah. ¿Para recuperarte del accidente?

—Entre otras cosas —él apartó la vista con expresión impasible —. Entonces, ¿nos quedamos los dos o entablamos la batalla?

A ella la entristeció que hubieran llegado al extremo de tener que pelear.

Recordó su noviazgo, y lo adorada y deseada que se había sentido.

—Supongo que podemos compartir la casa. Si estuviéramos en el hotel, podría habernos tocado habitaciones contiguas. Esto no es muy distinto —dijo. Intentó encontrar otra solución pero no se le ocurrió ninguna, se sentía perdida. Se preguntó si aceptar la proposición implicaría, además, pasar tiempo juntos. Deseaba decidirse sobre el divorcio y la presencia de Alec confundiría sus sentimientos. Seguía acelerándose el corazón al verlo y no sabía si sería capaz de mantener la cabeza fría con él allí. El recuerdo de su beso la acaloró; no podía permitir que volviera a besarla o todo se complicaría demasiado.

—¿Hay trato?

—Eso supongo —aceptó ella. Pensó mencionar lo del beso, pero decidió que era darle demasiada importancia. Si no soportaba la situación, siempre podía volverse a casa. Además, quizá se entendieran mejor estando en un terreno neutral.

—Perfecto. Tengo que llamar a la oficina. Te veré después.

Lo observó levantarse y entrar en la casa. Nada había cambiado. Debería haberla sorprendido que llevara tanto tiempo sin estar en contacto con su preciada oficina. Obviamente, las órdenes de su médico solo implicaban un cambio de escenario, ¡no una

abstinencia total del trabajo!

Poco después oyó el murmullo de su voz. Supo que utilizaba su teléfono móvil porque las cabañas no tenían línea telefónica externa. La función del centro era escapar de las rutinas diarias, relajarse y descansar. Pero no para Alec, él era incapaz de olvidar el trabajo. Esa obsesión había acabado con su matrimonio, y había conseguido que a ella le resultara difícil volver a entregar su corazón a otro hombre.

Lo había abandonado por su incapacidad de encontrar un equilibrio entre el matrimonio y el trabajo. A veces, aún se planteaba cómo podría haber hecho que las cosas cambiaran, pero no había encontrado la solución. La verdad, fría, dura y desagradable, era que Alec prefería enfrentarse a casos criminales a pasar tiempo con su esposa. Y saber que iba a tener un hijo no había cambiado nada.

Media hora después, tras beberse un té, Sara tomó el sendero que llevaba al lago. Se veían barcas de remos y de pedales, atadas a los muelles de madera que salían hacia el agua. El lago estaba salpicado de barcas en movimiento. Vio a James y a Hilary, una pareja que había conocido el día anterior, en una barca de pedales y agitó la mano. Sonrientes, le devolvieron el saludo, obviamente encantados con su lucha para controlar la dirección del inmanejable navío.

Sara los observó y se echó a reír. Eran jóvenes, felices y estaban locamente enamorados; pero así eran las parejas en luna de miel. Su sonrisa se desvaneció; había tenido grandes esperanzas en su matrimonio, pero se derrumbaron durante los meses que Alec y ella vivieron juntos. Había esperado más, al menos más de lo que Alec podía dar. Solo le quedaban algunos recuerdos felices y una tonelada de lamentaciones.

Sintiéndose demasiado vieja para sus veintiocho años, Sara se dio la vuelta y siguió caminando por la orilla. Tenía que recuperar el sentido de sí misma, hacer planes de futuro y enfrentarse a las duras decisiones que debía tomar.

—Hola, jovencita —saludó la señora Simpson. La madura mujer y su marido sonrieron desde el tronco en el que estaban sentados. A la sombra, disfrutaban de una vista perfecta del lago sin los efectos perjudiciales del sol.

—Hola, un día perfecto, ¿verdad? —Sara se detuvo para charlar con otros vecinos de cabaña, los Simpson, la contrapartida de la pareja que estaba en luna de miel. Llevaban casados más de cincuenta años y aún parecían enamorados.

Charló con ellos unos minutos y siguió su camino. Eran un claro ejemplo de que el matrimonio fuera duradero y feliz. Se preguntó cuál era el secreto y por qué ella carecía de lo necesario para conseguirlo.

No había sabido cómo enfrentarse a la tendencia de Alec a anteponer el trabajo a todo lo demás. Su padre murió cuando ella era muy joven pero, por lo que recordaba, no había sido así. Había descubierto, a su pesar, que discutir y suplicar no solucionaba nada, pero no sabía si otra técnica habría dado resultado.

Cuando llegó a la cabaña, entró al salón silenciosamente, por si Alec seguía hablando. Estaba en el sofá, profundamente dormido, y el teléfono móvil estaba tirado en el suelo. Se acercó de puntillas y lo contempló, consciente de su atractivo masculino, incluso dormido. Cuando vivían juntos, le había encantado despertarse antes que él para disfrutar de verlo dormir. Sonrió con tristeza al rememorar esos cálidos momentos en que era totalmente suyo. Cuando no había trabajo, ni compromisos previos, solo ellos dos y su propio mundo, que solía acabar en cuanto él se despertaba cada mañana.

Recogió el teléfono, lo dejó en la mesita de café y fue hacia la cocina. Mientras se comía un bocadillo, especuló sobre el accidente. Elizabeth no le había contado cómo fue y, una vez superado su pánico inicial, Sara no preguntó. La había asombrado la intensidad de su reacción al escuchar la noticia y cuando supo que Alec se recuperaría, se propuso mantener la distancia. Tenía que protegerse a sí misma, e involucrarse con Alec de nuevo, ¡no era una opción!

Pero sentía curiosidad. Se preguntaba si el accidente se debió a un conductor borracho, si hubo más heridos y si él se recuperaría totalmente. Oyó el teléfono, se levantó de golpe y corrió al salón. Pero Alec ya se había despertado y lo tenía en la mano. Sus ojos se encontraron con los de Sara e hizo un ademán de saludo, concentrado en la conversación.

Ella pensó que algunas cosas no cambiaban nunca y subió las escaleras para echarse una siesta, uno de los placeres de las

vacaciones. Se quitó los zapatos y se echó en la cama. Suponía que el médico de Alec no contaba con que siguiera trabajando y pensó que, si iba a hacerlo, le iría mejor en su oficina que en una cabaña remota. Mientras se dormía, oyó el murmullo de su voz. Se preguntó qué podía ser tan importante para impedir que se relajara y descansase.

A última hora de la tarde, Alec decidió que no podía seguir así. Había registrado cada centímetro de la cabaña, excepto el dormitorio de Sara, y no había encontrado una entrada de teléfono. Había línea directa al hotel, pero no podían ponerlo en contacto con el exterior. ¿Acaso no sabían que la gente tenía que mantenerse en contacto con el resto del mundo? ¡Sin el teléfono móvil habría estado totalmente aislado! Necesitaba conectar el ordenador para recibir un fax de su secretaria.

Paseó por el salón, examinando cada pared de nuevo. No necesitaba ese tipo de frustración para coronar el descubrimiento que había hecho esa mañana. Por un momento, se preguntó si recuperaría el control o si tener un hijo afectaría tanto su vida que nunca volvería a encaminarla.

—Fuera se está muy bien y hace calor. No tienes por qué hacer gimnasia dentro

—dijo Sara. Él giró y la vio en la escalera, observándolo.

—Buscaba una entrada de teléfono, no hacía gimnasia —espetó, dejándose llevar por su frustración, que no se debía íntegramente al trabajo. ¿Cómo iba a compartir una cabaña con ella e ignorar la atracción que sentía al verla? ¿Cómo podía olvidar la ira que le producía no haber sabido que su esposa estaba embarazada?

—No hay. Creo que puedes usar un despacho en el centro de conferencias del hotel, pero ninguna de las cabañas tiene enchufe telefónico. El propósito del centro es relajarse, no cambiar el entorno de trabajo. ¿Dónde creías que venías?

—Al fin de mundo, pero pensé que al menos podría comunicarme con el exterior —se mesó el cabello con la mano izquierda. ¡No tenía tiempo para inconveniencias ni para las sensaciones que lo embargaban cuando veía a Sara! Ya había superado su relación con ella. Quería seguir hacia delante, no recordar lo que habían compartido.

Tendría que pedir un jeep para que lo llevara al hotel. Se

preguntó cuánto tardaría, se estaba haciendo tarde.

—Veo que viniste por una razón distinta de la que sugirieron Wyatt y Elizabeth

—comentó ella, bajando los escalones y observándolo.

—Ni siquiera estaría aquí de no ser por el maldito accidente. Trabajar menos y descansar más es una cosa, estar aislado es otra. Por lo que sé, Wyatt y Elizabeth venían en una especie de segunda luna de miel. No entiendo por qué, solo llevan dos años casados —dijo, y al ver la sonrisa de Sara frunció el ceño—. ¿Qué?

—¿De verdad no entiendes por qué querían una segunda luna de miel?

El brillo divertido de sus ojos lo distrajo y embelesó. Negó con la cabeza. ¡Tenía trabajo que hacer! Había casos a punto de llegar a los tribunales y debía asegurarse de que todo estaba atado para conseguir una condena. Su nuevo asistente legal necesitaba instrucciones. No podía perder el tiempo fantaseando sobre su esposa.

Una vez había sido más que suficiente; y el resultado tan desastroso que no pensaba repetir.

—Admítelo, Alec. Wyatt y Elizabeth se quieren. Desean pasar tiempo juntos a solas. Es lo que hacen la mayoría de maridos y esposas: hablar de lo que consideran importante, construir recuerdos y crear una familia.

—La mayoría de maridos y esposas planifican la familia juntos —replicó él con enfado. Seguía afectado por su descubrimiento. No sabía nada sobre la paternidad y su propio padre no era un ejemplo estelar—. Estás embarazada de casi ocho meses,

¿para cuándo es exactamente?

—Para el veintiuno de junio. Pero puede que sea más tarde, las primerizas suelen retrasarse —dijo ella con tristeza. Él se preguntó si se arrepentía del súbito y abrupto fin de su matrimonio, o si se arrepentía de su embarazo. Sintió la necesidad de hacer algo para borrar esa expresión de tristeza, pero no sabía qué. Sara siempre lo había desconcertado.

—¿Lamentas estar embarazada?

—En absoluto —lo miró sorprendida—. Estoy encantada. A mi madre le entusiasma convertirse en abuela; Wyatt y Elizabeth están deseando ser… —desvió los ojos con culpabilidad.

—Todo el mundo se regocija. Excepto yo.

—Entonces, ¿tú lo lamentas?

—Aún estoy bajo los efectos de la impresión. No he tenido ocho meses para hacerme a la idea.

—Lo siento. Rectificaría el pasado si pudiera.

El silencio se extendió entre ellos. Por un momento, echó de menos la adoración que Sara había sentido por él. Se había sentido como un gigante cuando ella lo miraba y parecía iluminarse desde el interior.

—Ven conmigo al hotel. Puedes ver la tienda de regalos, o algo, mientras espero el fax —sugirió impulsivamente, deseando hacer desaparecer la expresión de culpabilidad de su rostro.

Suponía que a todas las mujeres les gustaba ir de compras. No recordaba que Sara lo hiciese cuando estaban casados, exceptuando el día que lo obligó a acompañarla a mirar muebles. Había sido una tarde divertida, llena de risas y tonterías. Tuvo que admitir que sí le debía algunos buenos ratos y recuerdos.

Sara ladeó la cabeza, exponiendo su cuello. Alec admiró la esbelta columna y deseó acariciarla para comprobar si su piel seguía siendo tan suave y cálida como recordaba. Recorrerla con los labios y lamer el punto pulsátil que había en su base.

Pasar las manos por su cabello negro y brillante para comprobar si aún era sedoso.

Apartó los ojos, sospechando que el accidente le había dañado el cerebro; no se sentía así desde que era un adolescente de hormonas alteradas. Tenía su trabajo y un selecto grupo de amigos. Lo último que necesitaba era involucrarse en una relación.

Lo había intentado una vez sin éxito y nada había cambiado. El beso de antes había sido un error que procuraría no volver a cometer.

—De acuerdo, te acompañaré, gracias —aceptó ella. Él fue hacia el teléfono que conectaba con el hotel pensando que cuanto antes recuperara la cordura, mejor sería.

El pasado estaba muerto. Un minuto después, recogió el ordenador e indicó la puerta con la cabeza.

—Podemos esperar afuera.

—Imagino que no quieres desperdiciar ni un segundo —se burló ella—.

¿Pretendes subirte al jeep en marcha, o dejarás que el conductor pare?

—Si es lo suficientemente rápido, puede parar. Necesito que mi secretaria me envíe un informe antes de irse a casa.

Era una tarde cálida y tranquila. Alec se sentó en el escalón superior del porche, pendiente de la llegada del jeep, y Sara se acomodó en una silla como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Dime, Alec, ¿chocaste con un conductor que estaba borracho? —preguntó. Él la miró de medio lado, para no apartar la vista de la carretera.

—No, me dormí al volante.

—Siempre pensé que el trabajo te mataría. Parece que estuvo a punto de hacerlo.

Capítulo 3

Sara, impaciente, miró el reloj de recepción por tercera vez. Alec había quedado con ella hacía quince minutos, era obvio que seguía atrapado con el fascinante fax de su secretaria. Suspiró y fue hacia la zona destinada a conferencias del hotel, preguntándose por qué había ido con él, por qué se había prestado a sufrir otra decepción.

Se detuvo ante la puerta de cristal. Alec estaba en una de las mesas, sujetaba el teléfono con el hombro y tenía la vista fija en el ordenador.

—Repugnante, ¿verdad?

Sara se volvió. Había una mujer a su lado que miraba con odio a otro ocupante de la sala.

—¿Repugnante?

—Estamos de vacaciones, y se pasa el día hablando con la oficina. Me habría dado igual venir sola —la mujer la miró—. ¿Le pasa lo mismo?

Sara se encogió de hombros. La mujer parecía convencida de que estaban en la misma situación, pero no quería explicarle su relación con Alec.

—¿Será genético en los hombres? —se limitó a preguntar. La mujer soltó una carcajada.

—Soy Molly Harper. El hombre de pelo cano de la derecha es mi marido, Bill.

Hace tres años que no vamos juntos de vacaciones, y las últimas fueron en Chicago, combinadas con un viaje de negocios. Me encantó la ciudad, pero dudo que Bill viera más allá del aeropuerto. Quizá sí sea genético; tendré que pedir que analicen su ADN. Entretanto, ¡pienso rescatar el resto del día!

Abrió la puerta y fue hacia la mesa. Sara la observó divertida, era fácil reír cuando no se trataba de su propio marido. Miró a Alec y se preguntó qué haría si ella entrara con la misma intención. Seguramente se caería de la silla, atónito, y después discutiría. Pero no merecía la pena pensarlo, no tenía intención de volver a preocuparse por Alec Blackstone.

Observó a Alec fruncir el ceño ante la discusión de la pareja. Mientras colgaba el teléfono, y cerraba el ordenador, la discusión

subió de tono. Alec alzó la vista y vio a Sara. Unos segundos después salió.

—¿Has acabado? —preguntó ella mientras iban hacia la salida.

—Recibí todo. Puedo leerlo en la cabaña.

—¡Éxito! —exclamó Molly en el vestíbulo—. Buena suerte con el tuyo —añadió, saliendo con su marido. Sara sonrió y se despidió con la mano.

—¿De qué iba eso? —preguntó Alec.

—Están de vacaciones y está enfadada porque se pasa el día trabajando. Tengo hambre, dijiste que volveríamos hace un rato. La próxima vez, si es que la hay, ¡me traeré un tentempié!

Él echó una ojeada al reloj y asintió.

—¿Qué quería decir esa mujer con lo de «suerte con el tuyo»? —preguntó mientras esperaban un jeep que los llevara a la cabaña.

—Creyó que eras mi marido y también te pasabas las vacaciones trabajando.

—Y, ¿qué le dijiste? —preguntó Alec tras un momento de silencio, escrutando sus ojos como si buscara algo oculto en ellos.

—No hablamos más del tema. Lo mencionó cuando iba de camino a rescatar a su marido. Creo que estaba harta de sentirse ignorada.

—¿Ignorada?

—¿Cómo llamarías tú a que tu marido te traiga aquí y se pase el día trabajando?

Estoy harta de hombres incapaces de pensar en los demás. Hombres egocéntricos y egoístas que solo piensan en sus deseos. Que ignoran a sus esposas en detrimento de todo lo que una vez quisieron crear. ¿Para qué se casan si solo quieren una cocinera y una asistenta? —estalló ella, dejando que afloraran sus antiguos sentimientos de dolor e inseguridad.

—¡Eh, fin del asalto! ¿Por qué te pones así? Yo no me casé contigo buscando una cocinera y una asistenta.

—¿Y por qué te casaste conmigo? —lo miró fulminante—. ¿Para considerarme una molestia, algo que incordiaba mientras te pasabas el día y la noche trabajando?

Antes de que Alec pudiera responder, un jeep se detuvo ante ellos. Sara se sentó en el asiento trasero, desconcertada; nunca se dejaba llevar por el mal genio. Se preguntó qué le ocurría y por qué

la molestaba tanto que un hombre hiciera lo posible por destacar en su trabajo.

—Tendrás una vejez muy solitaria —murmuró, mientras Alec se sentaba junto al conductor.

—¿Has dicho algo? —preguntó él.

Ella hizo un gesto negativo. No tenía por qué salvarle la vida, debía limitarse a ordenar y centrar la suya.

Cuando el conductor los dejó en la cabaña, Sara salió rápidamente del jeep.

Tenía hambre y tardaría en preparar la cena, pero cocinar la tranquilizaba, y eso era justo lo que necesitaba.

—Espera un minuto —Alec le puso una mano en el hombro—. Quiero hablar contigo.

Sobresaltada, dio un paso atrás y casi perdió el equilibrio. Su contacto hacía que sintiera chispas en la piel y eso le impedía pensar. Durante un instante, disfrutó de esa sensación, que creía haber perdido para siempre.

—¿De qué? —se apartó y se volvió hacia él. Le costaba respirar y tenía el corazón acelerado.

—Dímelo tú. Si vamos a compartir este lugar, tenemos que establecer unas normas. No quiero que explotes como antes, si puedo evitarlo.

Ella intentó pensar con claridad. Algunos hombres necesitaban forzarse al límite. Alec vivía consumido por el trabajo; pasaba muchas horas en la oficina y seguía trabajando en casa por la noche. Incluso trabajaba durante el fin de semana.

Su luna de miel había durado una semana y, día a día, empezó a pasar cada vez menos tiempo con ella y más en la oficina.

Deseó poder ignorar los sentimientos que afloraban en su interior, la atracción que sentía cuando estaba a su lado. Se negaba en redondo a volver a relacionarse con él, ni siquiera de forma superficial. Por desgracia, sus emociones no eran superficiales. Involuntariamente, miró sus labios. Recordó la pasión de su beso y se preguntó si desearía besarla de nuevo, sin ira; y también si eso era lo qué ella quería.

Dio un paso atrás para distanciarse de sus propios pensamientos. Se recordó que ya había aprendido la lección.

—Estás aquí para recuperarte, al menos eso dijiste —comenzó

Sara. Él asintió—.

¿Nada más?

—No exactamente —replicó él dubitativo—. Según mi médico, debo trabajar menos y descansar más —se movió con impaciencia, como si le disgustara revelar esa información.

James y Hilary aparecieron por el sendero, sonrientes, y saludaron con la mano.

Sara les devolvió el saludo, con una sonrisa forzada.

—¿Quiénes son? —preguntó Alec.

—Los Martin. Ocupan la cabaña de al lado. Están de luna de miel.

—¿Saben que estamos casados?

—No lo sé —abrió los ojos de par en par—. No había pensado en eso. Los conocí ayer —Sara intentó recordar. Les había dicho que estaba de vacaciones y ellos le comentaron que llevaban casados tres días y unas horas. Recordaba mejor su propia sensación de hastío y cinismo ante lo obvio de su amor, que la conversación.

—Creo que no surgió el tema. Están tan enamorados que solo tienen ojos el uno para el otro.

—No tengo tiempo para esas tonterías —dijo Alec.

—¿Te refieres al matrimonio?

—Exactamente.

—Yo tampoco. Una vez fue más que suficiente —comentó Sara. Aunque funcionaba para otros, no era así en su caso.

—Entonces estamos de acuerdo en algo.

—Totalmente. Si tienen la vana ilusión de que somos una pareja feliz, les explicaré que eres casi un desconocido que ha irrumpido en mis vacaciones y que compartimos la casa porque te niegas a irte. Quizá deberías pedir una habitación en el hotel, ahora que sabes que tendrás que ir allí para conectar el módem. ¡Sería terrible que disminuyera tu rendimiento en el trabajo diario!

Alec entrecerró los ojos, preguntándose si iba a tener otro ataque de mal genio.

Casi deseó que fuera así. Sus ojos centelleaban y le cambiaba el rostro de color. Su pasión cuando casi le gritó mientras esperaban al jeep había resultado sorprendente, y muy interesante.

Cuando, meses atrás, le dijo que se marchaba, había sido fría y distante.

Acababa de ver un aspecto de ella que desconocía, excepto en la cama, donde se entregaba por completo. Tuvo que contener un gemido; no podía desearla aún después de lo que le había hecho.

Sin embargo, su cuerpo no estaba de acuerdo. Deseaba atrapar esa pasión, sentir su calor contra él, volcar su deseo en ella y recuperar el éxtasis que siempre habían compartido juntos. Eso, al menos, nunca llegó a cambiar.

—Me planificaré para ir al hotel todos los días —dijo él, esperando que ella no notara su excitación. Se concentraría en su ira y en su trabajo, y olvidaría a Sara de una vez por todas.

—Como gustes, ¡lo harás de todos modos! —movió la cabeza de lado a lado y, pisando fuerte, fue hacia la entrada. Antes de que pudiera cerrar de un portazo, Alec la alcanzó y detuvo la puerta con el hombro. Tenía suficiente trabajo para estar ocupado hasta el día siguiente, pero algo le impedía dejar las cosas así.

—¿Qué es lo que tanto te molesta de que trabaje? —preguntó, siguiéndola a la cocina—. Intento ganarme una reputación, ascender. Una esposa debería apoyar a su marido en algo así.

—Te lo diré —giró hacia él—. Ya eras todo un éxito cuando nos conocimos. No sé qué pretendes conseguir leyendo informes día y noche, ni hablando con policías y abogados a todas horas. No sabes parar. Te exiges tanto que acabarás matándote. Es lo que estuviste a punto de hacer, ¿no? Tan cansado que te dormiste al volante. No me extraña que tu médico te ordenara descansar. Pero estás demasiado consumido para detenerte. Eres demasiado arrogante para escuchar. Demasiado terco para bajar el ritmo cuando has tenido la suerte de una segunda oportunidad.

—¿Por eso estás resentida conmigo?

—Sí, por todas las veces que deseé estar con mi marido y él no estaba. Por todas las noches que deseé hablar y amar a alguien, y tú no estabas. ¡Y estoy resentida porque me has puesto en la situación de tener que pedir el divorcio! —con esas palabras, Sara rompió a llorar.

Alec la miró perplejo. Desde que la conocía, nunca la había visto llorar. Casi tuvo un ataque de pánico, no sabía cómo reaccionar. La gente con la que solía relacionarse, hacía mucho tiempo que había dejado atrás las lágrimas. Dejó el ordenador en el suelo y dio un paso.

Sara ocultó el rostro entre las manos, pero él oyó sus sollozos y vio el estremecimiento de su cuerpo. Con torpeza, tan inseguro como un adolescente, rodeó sus hombros, procurando no golpearla con la escayola. La atrajo hacia sí y sintió cómo se dejaba caer contra él, temblorosa. Las lágrimas le empaparon el hombro.

—No llores.

Se preguntó si le habría oído y si tenía sentido ordenarle que no llorara. Tenía la impresión de que no funcionaría. Deseó que Wyatt estuviera allí, quizá él sabría qué hacer. Elizabeth parecía muy feliz con su hermano, pero tal vez ella no lloraba nunca.

Supuso que su secretaria, Teresa, que tenía tres hijas, sí sabría cómo actuar.

—No llores, Sara —repitió, sintiéndose impotente—. No pretendía hacerte llorar —hubo un tiempo en que hubiera deseado regalarle la luna. Le hubiera dado todo para que no lo abandonara como su madre. Pero lo había echado todo a perder y ella ya no quería nada de él. Igual que su madre, se había marchado.

Ella estrujó su camisa con la mano y siguió llorando. Alec acercó la cabeza y percibió su dulce fragancia. Le gustaba el aroma, y los recuerdos que le provocaba.

Vacilante, le dio una palmada en la espalda y le acarició la cabeza, disfrutando de la textura sedosa de su cabello.

—Estoy furiosa contigo —aulló ella.

—¿Por qué?

Sara presionó su hombro y lo apartó. Se dio la vuelta y se sonó la nariz con una servilleta de papel. Aún de espaldas, se limpió las lágrimas.

—Estás arriesgando tu vida por un trabajo estúpido. ¡Es un desperdicio!

—A veces hay que trabajar para llegar…

Ella giró y lo miró furiosa. Alec recordó haber oído que el embarazo confería un cierto resplandor a las mujeres. Debía ser verdad, porque Sara estaba bellísima, a pesar de las lágrimas y de su inmenso volumen.

—¡No! No aceptaré esa excusa. ¿Adónde quieres llegar?

Alec no quería hablar de eso con Sara. Evitaba los enredos amorosos por esa misma razón. Se sentía fuera de lugar y no le gustaba nada. Era magnífico ante un caso criminal, pero perdía el

rumbo en cualquier atolladero emocional.

—Quería darte cosas bonitas —dijo lentamente.

—Hablas de comprar cosas. Yo no quería cosas. Gano lo suficiente para poder permitirme un buen apartamento, ropa cara y juguetes para el bebé. Quería la atención de mi marido. Estás entregado al trabajo, y no hay más. ¿Has pensado alguna vez que no tienes ninguna otra actividad? ¿Ningún pasatiempo? Estarás solo cuando seas viejo, si no consideramos a Wyatt y a Elizabeth. Pero yo ya no tengo que preocuparme de eso, ¿verdad? ¡Tú tampoco tendrás que hacerlo si sigues estrellando coches!

—Trabajo tanto porque me gusta —replicó él, preguntándose si su necesidad de defenderse se debía a que Wyatt le había dado exactamente la misma charla una semana antes.

—¿Y qué otra cosa te gusta? —lo retó ella.

Alec la miró fijamente, oyendo la pregunta una y otra vez. ¿Qué otra cosa le gustaba? ¿Qué otra cosa había disfrutado en los últimos años? ¿Cuándo había ido a nadar o a jugar al béisbol por última vez? ¿Cuál era la última película que había visto por diversión? Recordó la respuesta a esa pregunta con un pinchazo de angustia: la había visto con ella, y acabaron discutiendo.

—Vuelve a tu trabajo —dijo ella con tristeza—. Es lo que te define —se volvió hacia el armario, sacó un cazo y lo dejó en la cocina con un golpe.

—¿Debería contar con comer aquí? —preguntó Alec, tras carraspear.

—Haz lo que gustes.

No deseaba irse, pero estaba claro que Sara lo había rechazado. Sintiéndose desorientado, Alec agarró el ordenador y volvió al salón. Había recibido varios documentos por correo electrónico y además, su secretaria iba a enviarle dos expedientes y un informe por mensajero; llegarían por la mañana.

Pero, por primera vez en años, no sentía su habitual euforia por el trabajo. Dejó el ordenador sobre la mesa y salió al porche. Se sentó en una de las sillas verde oscuro y contempló el lago.

Un pequeño accidente y todo el mundo, incluido su hermano, se sentía con el derecho a amonestarlo por su forma de vida. Primero el médico, luego Wyatt y después Sara. O Sara de nuevo. ¿Habría algo de verdad en su crítica?

Sara golpeó la sartén contra la cocina, asombrada de sí misma. La vida de Alec Blackstone ya no era asunto suyo. Había renunciado al derecho de preocuparse de él cuando hizo las maletas y se marchó. Temblorosa, se pasó la mano por el pelo, recordando la caricia de Alec.

Era la primera vez que lloraba desde que lo abandonó, y él había sido muy amable. Por eso seguía pensando en él. No porque se hubiera sentido segura en sus brazos, ni por la excitación que recorría su cuerpo cuando estaba cerca de ella. Ni tampoco por su expresión de absoluto desconcierto cuando ella rompió a llorar.

Soltó una carcajada. Primero lágrimas, luego risas. No había duda de que el embarazo descontrolaba las hormonas por completo. Justo en ese momento el bebé se movió, y, poniendo las manos sobre el vientre, sintió una oleada de amor y devoción por la vida que llevaba en su interior. Había querido iniciar una familia casi desde el primer día, pero había pospuesto hablarlo con Alec…, esperando el momento adecuado. Pensó que la vida daba muchas vueltas, y se preguntó si él llegaría a alegrarse por lo del niño.

Si hubiera sabido que estaba embarazada, quizá no habría dado el paso de marcharse, quizá habría continuado con él, intentando resolver las cosas; pero era un pensamiento fútil.

Mientras hacía la carne, intentó pensar en el futuro, pero su mente volvió a Alec. Su cuerpo le había parecido fuerte y en forma. Sus brazos, incluso con la escayola, la habían sujetado como si pudieran protegerla de los peligros del mundo.

Por un momento, habían conectado, aunque quizá solo fueran imaginaciones suyas.

La semana siguiente se hizo muy larga. Sara se mantuvo tan lejos de Alec como pudo; resultó fácil porque él parecía evitarla. Compartir la casa no resultó tan complicado como esperaba; pero se sentía como si estuviera en la cuerda floja, siempre pensando que un paso en falso implicaría el desastre. La molestaba que él le provocara esos sentimientos. Debía estar relajándose, en vez de estar con los nervios a flor de piel.

El peor momento era el de la cena. Cuando Alec la oía cocinando, entraba a la cocina y se apoyaba en la encimera a observarla, hasta que se sentía obligada a hacer suficiente para dos. Un par de tardes él se había quedado a cenar en el hotel, después de

trabajar.

Esa noche en concreto, había aparecido en cuanto empezó a guisar y se quedó allí hasta que lo invitó a cenar. Comieron en el porche, disfrutando del frescor de la tarde.

—¿Qué haces por la tarde, sin televisión? —preguntó Alec. Sara sabía que él tenía suficientes expedientes e informes como para no aburrirse un momento.

—Me gusta sentarme junto al lago. He traído algunos libros, pero aquí todo es tan bello y diferente, que me gusta disfrutarlo. Adoro la tranquilidad. A veces veo algún ciervo, o un mapache.

—Quizá esta noche baje contigo —comentó él—. No he visto el lago más que desde el porche.

A Sara le dio un vuelco el corazón. Era la primera vez que le sugería pasar tiempo juntos. ¿Se le habría pasado el enfado por haberle ocultado lo del bebé?

—Como quieras. Pero primero quiero fregar los platos. No tardaré.

—Yo recogeré la mesa, tú tendrás que fregar.

—Puedo apañarme sola —se levantó y empezó a recoger. Él también se puso en pie.

—Ya conoces nuestra norma, la persona que cocina no tiene que recoger. No puedo fregar por la escayola, pero si puedo ayudar.

Sara asintió, recordando el momento en que le comentó la norma que habían establecido su hermano, su padre y él. Era uno de los pocos datos que le había dado sobre su infancia. Normalmente Alec no hablaba de su familia, y casi todo lo que sabía se lo había dicho Wyatt. Incluyendo el hecho de que su madre los había abandonado cuando Alec tenía cinco años.

A la luz de su propia situación, Sara podía entender que una mujer abandonara a su marido, ella misma lo había hecho. Pero, ¡nunca abandonaría a sus hijos! Sentía lástima por ese niño de cinco años que probablemente se preguntó mucho tiempo dónde estaba su madre y por qué no había vuelto. ¿Pensaría aún en eso?

—Voy por la chaqueta, estaré lista en un segundo —dijo Sara encaminándose hacia la escalera, cuando acabó de fregar.

—Iré yo, si no te apetece subir las escaleras. En tu estado, quiero decir.

—Gracias, Alec —rio suavemente—, pero el ejercicio me hace

bien. Esa es una de las razones por las que me alegra estar aquí: puedo dar largos paseos. No estoy enferma, ¿sabes?

—¿Deberías pasear tú sola? —él frunció el ceño—. ¿Y si te cayeras o algo así?

—Voy con cuidado —replicó ella, pensando que era un poco tarde para que se preocupara.

Mientras iban hacia el lago, Alec la rozó dos veces. Cada una de ellas, Sara sintió un cosquilleo involuntario, una reacción de interés femenino por el hombre que había a su lado.

Si no había conseguido mantener la atención de Alec sin estar embarazada de ocho meses, era difícil que lo interesara a esas alturas. Pero le encantó su propia sensación: demostraba que estaba viva y era capaz de sentir interés. Quizá algún día cambiara de opinión y se permitiera enamorarse de otro hombre. Por el momento, era agradable pasear acompañada.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó, cuando salieron de entre los árboles. El lago relucía bajo los últimos rayos de sol. Límpido como un cristal, reflejaba la otra orilla. Varias barcas salpicaban su superficie y se oían risas en la distancia—. ¿Te apetece sentarte en el muelle? —preguntó Sara impulsivamente. Se dirigió hacia la estructura de madera sin esperar su respuesta. Se sentó al borde y dejó que sus piernas colgaran por encima del agua, sin llegar a tocarla.

—¿Podrás volver a levantarte? —preguntó Alec sentándose a su lado.

—Si no puedo, tendrás que actuar de grúa —dijo ella. Soltó una risa feliz y relajada.

Atadas al final del muelle había una barca de remos y dos barcas a pedales.

—Me encantaría probar una barca a pedales un día —dijo ella —, pero necesito un acompañante.

—¿No la hundiríamos? —Alec estudió la barca—. ¿No es para niños?

—No, es para cualquiera que ocupe una cabina. He visto a varios adultos utilizándolas. Y parece divertido.

—¿Divertido? Seguramente nos empaparíamos, eso si no volcamos.

—¿Nosotros? —ella volvió a reír—. No he dicho que tuvieras

que acompañarme tú.

—¿Quién más hay? —Alec la miró. Comprendió que no quería que compartiera una barca con otra persona y, asombrado por ello, volvió a mirar la barca. Parecía un juguete, demasiado pequeña para acomodar a dos adultos. Estarían sentados cadera contra cadera, hombro contra hombro. Pensó que no sería mala idea. Quizá Wyatt, el doctor y Sara tenían razón. Quizá debiera ampliar sus parámetros y descubrir qué había en el mundo además del trabajo.

—Lo haré si tú lo haces —dijo Alec.

—No puedes mojar la escayola —recordó ella.

—¿Sugieres que no somos capaces de dominar ese barquito y que acabaremos en el lago? —preguntó él, simulando indignación.

—¿No lo consideras una posibilidad?

Él negó con firmeza.

—El agua está fría. He visto a niños jugar en ella, pero ayer metí la mano y no sé como lo aguantan —advirtió Sara.

—Los niños no tienen termostato. Recuerdo que Wyatt y yo jugábamos en ríos a los que nadie se acercaba porque estaban demasiado fríos. Nosotros no lo notábamos.

—¿Cómo erais de niños? —contuvo el aliento esperando su respuesta, encantada de que Alec hablase de su pasado.

—Diablillos, si hay que creer a mi padre.

Sara se recostó, apoyándose en las manos mientras Alec contaba una extravagante travesura de infancia. Cerró los ojos y se concentró en su entonación, en la cadencia de su voz. No era extraño que fuera tan buen fiscal, era un orador excelente. Calló de repente y Sara lo miró.

—¿Estás bien? —se irguió y le puso una mano en el brazo, al ver que tenía los ojos cerrados.

—Mareado otra vez. Viene y se va.

—Túmbate. Cuando se te pase, volveremos a la cabaña.

Alec se tumbó y, un instante después, Sara hizo lo mismo. El cielo oscuro comenzaba a tachonarse de estrellas. Se preguntó si tendrían problemas para regresar. No habían llevado linterna y, aunque el sendero era cómodo durante el día, la frondosidad de los árboles no dejaría pasar nada de luz por la noche.

—¿Tienes mareos a menudo? —preguntó Sara.

—Estuve mareado dos días enteros después del accidente, así que he mejorado mucho. Pero aún no conduzco, ni hago nada que pudiera resultar peligroso si tengo un ataque —replicó él, con los ojos cerrados—. El médico dice que se pasarán pronto, en cuanto mi cabeza se recupere por completo.

Se quedaron callados y Sara se divirtió buscando las estrellas y constelaciones que conocía. No era un pasatiempo al que pudiera dedicarse en Boston.

—He estado pensando en lo que dijiste —dijo Alec un rato después.

—¿En qué?

—En lo de no trabajar todo el tiempo. Quizá te acompañe en uno de tus paseos.

Incluso probaré esa barca de pedales.

Capítulo 4

Sara giró la cabeza hacia él. Había oscurecido tanto que apenas se veía.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. ¿Por qué no?

Ella consideró su sugerencia. Sería agradable tener compañía para algunas cosas, al menos para las que no podía hacer sola, y se moría de ganas de probar las barcas. «No te hagas ilusiones», se dijo, «Conoces a Alec. Hace planes y no los cumple si interfieren con su trabajo».

—Acepto tu oferta, pero no te sientas obligado. Había contado con estar aquí sola, no necesito que nadie me entretenga.

—¿Preferirías que no pasara tiempo contigo? —preguntó él con sequedad.

—No —replicó ella rápidamente, sorprendiéndose de cuánto lo deseaba—.

Supongo que me sorprende que puedas hacer un hueco para mí.

—Estoy seguro de que podré dar una vuelta en barca o un paseo.

La parte cínica de Sara deseó preguntarle cuánto duraría, pero calló. Aunque e su escepticismo contaba con otra decepción.

—No me había dado cuenta de que había oscurecido tanto —dijo Alec.

Lentamente se sentó y después se puso en pie.

—¿Te encuentras mejor? —inquirió ella.

—Ya no estoy mareado. ¿Lista para volver?

—Quizá me venga bien una mano —dijo ella, echándose hacia atrás antes de intentar levantarse. El peso del niño la desequilibraba.

Él le dio la mano buena y la levantó sin ningún es fuerzo. No la soltó, se quedó junto a ella, tan cerca, que Sara se preguntó cómo moverse y adónde. No podía ir hacia atrás, y si daba un paso hacia delante caería en sus brazos. Se puso nerviosa. Su cuerpo anhelaba el de él, una caricia de su mano, un beso ardiente que encendiera su pasión, como en otros tiempos.

—Algún día podré volver a manejarme sola —dijo, negándose a pensar en sus recuerdos.

Caminaron lentamente, en absoluta oscuridad. Sara tropezó dos veces y Alec la sujetó a tiempo. Después del segundo tropezón agarró su mano con firmeza.

—Iremos más despacio —dijo Alec—. No quiero correr riesgos con mi hijo o hija.

Sara intentó concentrarse en sus pies, pero el tacto de su mano le aceleraba el corazón. Él se preocupaba por el niño, no por ella, pero el hormigueo que sentía en el brazo le hacía pensar otra cosa. Era incapaz de fijarse en el sendero, cada centímetro de su cuerpo estaba sintonizado con el del hombre que tenía al lado. Su mano, firme y cálida, le daba seguridad. Su inconfundible aroma varonil se mezclaba con el de los árboles y el lago y deseó grabar el recuerdo en su mente para recuperarlo en el futuro. Era una noche robada, y más especial por inesperada.

Casi le dio pena llegar a la cabaña. A desgana, liberó su mano para subir los tres escalones que llevaban al porche. Entró y la luz del salón la deslumbró. Se volvió y la sorprendió que Alec estuviera casi encima de ella. Sonrió, intentando ocultar su nerviosismo.

—Había pensado dar un paseo largo por la mañana. ¿Quieres venir? —preguntó, decidiendo corresponder a su detalle—. ¿O estarás trabajando a esa hora?

—añadió con premura, esperando que su voz sonara normal. ¡No pensaba sentirse decepcionada si él no aceptaba!

—Trabajaré esta noche, así estaré libre por la mañana.

Minutos después, Sara subió las escaleras con la impresión de que ya la había olvidado por completo. Totalmente absorto en su ordenador, Alec estaba en otro mundo.

—No esperes que cambie nada —se dijo cerrando la puerta del dormitorio—.

Alec vale para dar un paseo de vez en cuando, ¡no cuentes con más!

Inconscientemente, se llevó la mano a la mejilla y percibió su olor en la palma de la mano. La sensación que provocó en su cuerpo le quitó el sueño, pero decidió dormirse y no pensar en él. Ya tendría tiempo por la mañana para comprobar si Alec hablaba en serio. No pensaba caer en la misma trampa por segunda vez. Estaban compartiendo una casa por unas semanas y, cuando las vacaciones acabaran, volverían a separarse.

A la mañana siguiente, Sara bajó la escalera y se sorprendió al ver a Alec ya vestido e inmerso en sus papeles. Escribía en un cuaderno de hojas amarillas, había una pila de papeles en la mesita del café y otro montón en el suelo.

—Buenos días —saludó quedamente. Él alzó la vista, saludó con la cabeza y volvió a sus papeles.

Mientras se preparaba unas tortitas, Sara pensó, con ironía, que ahí acababan los planes de tener compañía. Minutos después, comenzó a desayunar, disfrutando de cada bocado. Al cabo de un rato se preguntó si Alec había desayunado o si se saltaba las comidas. Era un eco del pasado, pero no estaba dispuesta a enfadarse.

—No nos viene bien a ninguno de los dos —murmuró, acariciándose el vientre.

En lugar de preocuparse porque su trabajo lo absorbía tanto que se olvidaba de comer, planificó su día. Si Alec quería acompañarla, perfecto. Si no, iría sola, e intentaría dar la vuelta al lago.

Cuando acabó, ordenó la cocina y se empaquetó algo para comer; algo más de lo necesario, por si acaso. Después, fue al salón.

—Estoy lista para marcharme. ¿Aún piensas venir conmigo? —preguntó alegremente, antes de fijarse en que estaba hablando por el móvil. ¡Ya estaba al teléfono!

—Un momento, Teresa —alzó la vista—. ¿Qué?

—Voy a dar ese paseo. He preparado algo de almuerzo. ¿Sigues pensando venir?

—Sí. Acabaré en un minuto. ¿Piensas desayunar antes?

—Ya lo he hecho.

—Oh —frunció el ceño. Ella pensó que si pretendía que lo alimentara mientras la ignoraba por completo, podía esperar sentado.

—Si no vas a tardar mucho, tomaré un té.

—Sí, yo… ¿Qué? —volvió a concentrarse en el teléfono.

Sara volvió a la cocina y se preparó una infusión de hierbas. Tras esperar veinte minutos, se rindió y salió a dar su paseo. Sola.

—Buenos días, Sara, hace un día precioso, ¿verdad? —llamó la señora Simpson cuando pasó ante su cabaña, camino del lago.

—Maravilloso, voy a intentar dar la vuelta al lago.

—Es un plan ambicioso, parece un camino muy largo. Cuidado

con cansarte demasiado. ¿No va tu marido contigo?

—Hoy no —Sara esbozó una sonrisa, intentando ignorar su decepción—. Está trabajando. Si me canso, pararé en el hotel y pediré que me traigan de vuelta.

—Buena idea. Nosotros pensamos ir a remar. Paul quiere pescar. Le dije que me parecía bien, siempre que se ocupe él de limpiar el pescado. Si tenemos suerte, haremos una fritura y os invitaremos a vosotros y a la pareja de recién casados mañana por la noche. Disfruta del paseo, cariño.

Sara se despidió con la mano y siguió su camino. Aún hacía fresco y se agradecía el calor del sol. El silencio era delicioso, solo se oían algunos pájaros cantando y el rumor del lago acariciando suavemente la orilla.

Disfrutaría del día sin lamentarse por la ausencia de Alec. Había ido a la cabaña sin idea de verlo, así que no tenía motivos para sentirse mal si prefería trabajar a dar un paseo con ella.

Pero tras su ofrecimiento, por un momento había considerado la posibilidad de que el accidente hubiera cambiado su perspectiva de la vida. O de que sintiera interés por el niño.

¡No se podían esperar milagros!

Alec colgó el teléfono y se recostó. El mareo lo pilló desprevenido, como siempre. Le resultaba difícil esperar pacientemente a que pasara. No estaba acostumbrado a esperar. Se preguntó cuántos tendría ese día; el médico tenía razón, cada vez eran menos frecuentes. ¡Pero seguían siendo demasiados!

Lentamente, adquirió conciencia del silencio y se preguntó dónde estaría Sara.

Debería oírla haciendo cosas y preparándose para salir. Cuando el mareo se disipó fue a la cocina; estaba vacía.

Subió las escaleras. La puerta del dormitorio estaba abierta y no estaba allí.

Apenas había objetos personales a la vista, pero su perfume, ligero y floral, impregnaba el ambiente. De repente, deseó encontrarla. Dar el paseo y olvidar los informes que esperaban su lectura y el fax que iba a enviarle su secretaria.

Sara no estaba en el porche y se preguntó si se habría ido sin él. Una ojeada al reloj confirmó su sospecha. ¡Era casi mediodía!

Cerró la puerta y bajó los escalones. Quizá la vería en la playa.

Cuando pasó junto a la cabaña vecina, la mujer madura del día anterior lo saludó. Sentada en una mecedora, hacía punto.

—Buenos días, ¿ha acabado su trabajo? —le preguntó. Él asintió, preguntándose cómo lo sabía.

—¿Ha visto a Sara? —inquirió.

—Iba a intentar rodear el lago. No la alcanzará, salió hace un par de horas.

Él frunció el ceño, sintiendo una inesperada decepción. Hasta ese momento no había comprendido cuánto deseaba pasar tiempo con ella. La noche anterior le había dicho que la acompañaría, ¿por qué se había ido sin él?

—Puede ir al hotel en jeep y ver si aún está allí. Me dijo que si se cansaba, pararía en el hotel. Espero que no se esté excediendo, en su estado.

—El ejercicio es bueno para ella, y dudo que se exceda —dijo él. Aunque Sara no necesitaba que la defendiera, su respuesta fue automática. Lo sorprendió porque, exceptuando a Wyatt cuando eran niños, nunca había sentido la necesidad de defender a nadie.

Media hora después, cuando llegó al hotel, Alec fue directamente a la amplia playa de arena que había junto al lago. Los niños jugaban en el agua y sus padres nadaban con ellos o los observaban desde la orilla. Se detuvo y contempló la escena, sintiéndose fuera de lugar. Buscó a Sara. Había parejas y familias por todos sitios; era el lugar ideal para ese tipo de personas, pero no para gente sola, se sentía como un intruso.

Sin verla, se dirigió hacia un par de tumbonas que había vacías. Se sentó a disfrutar del sol, preguntándose si ya habría pasado por allí. Decidió esperar un rato.

Su necesidad de encontrarla, de pasar al menos parte del día con ella, era sorprendentemente fuerte.

El día anterior había hablado en serio. Le había prometido a Wyatt que intentaría relajarse, hacer algo más que trabajar y Sara podría ayudarlo mientras estuviera allí.

Estaba a punto de rendirse cuando la vio. Caminaba lentamente por la orilla, contemplando a los niños jugar. Se levantó para interceptarla.

—Pensé que íbamos a pasear juntos —le dijo.

—Alec —Sara alzó la vista sorprendida—. No esperaba verte —

exagerando el gesto, miró detrás de él—. ¿Dónde están el teléfono y el ordenador?

—De acuerdo, me entretuve con la conversación. Pero podías haberme esperado.

—Lo hice. Veinte minutos. Después me rendí —miró a su alrededor—. ¿Hay algún sitio donde sentarse? Estoy cansada.

—No me extraña… si has intentado rodear el lago. Es enorme. Deberías tener más cuidado, especialmente en tu estado.

—He llegado hasta aquí.

—Sí, y pareces agotada. Tienes que cuidarte más —la tomó del brazo y la llevó hacia la silla que acababa de dejar—. Te estás excediendo.

—Sé cuidar de mí misma —replicó ella, apartando el brazo y dejándose caer en la silla—. Lo he hecho los últimos seis meses. Y, cuando nazca, al niño y a mí nos irá perfectamente.

Él la observó fijamente. Parecía exhausta. Había cerrado los ojos y se había recostado, como si no pensara moverse en horas. No le había gustado su comentario, ni que le recordara que no lo necesitaba.

—¿Has comido?

—No. Aún no. Llevo cosas en la mochila —dijo ella, sin hacer intención de abrirla.

—Siento no haber estar preparado para salir contigo —dijo él fríamente, pensando que podía haberlo esperado, o al menos insistir más.

Se sentó junto a ella, admitiendo a regañadientes que si lo hubiera esperado habría desperdiciado toda la mañana. Y, tras haberse ofrecido, él debería haber reorganizado su trabajo.

—¡Oh! —Sara abrió los ojos y se llevó las manos al vientre.

—¿Qué pasa? —él se acercó preocupado—. ¿Es el niño? ¿Demasiado esfuerzo?

—No. Creo que solo practica para ser futbolista —dijo ella—. Supongo que, como ha estado quieto durante el paseo, opina que le toca a él.

—¿Es un niño?

—No lo sé. Lo llamo él, pero supongo que podría ser una niña.

—¿Quieres un niño? —preguntó él. El concepto de embarazo y maternidad le era completamente ajeno e intrigante. Le costaba

imaginar tener una criatura dentro, un bebé que se convertiría en un hombre o una mujer. Una parte de Sara y de él.

—Solo quiero un bebé sano.

Alec vio el movimiento bajo su ropa cuando el bebé volvió a patear. Era asombroso. Nunca había estado tan cerca de una mujer embarazada.

—¿Quieres sentir cómo se mueve?

Sus ojos se encontraron y él se perdió en la calidez de su mirada. Asintiendo, puso la palma de la mano donde había estado la suya. Ella la desplazó ligeramente hacia la izquierda. No ocurrió nada. Alec estaba a punto de retirar la mano cuando sintió una patada. Se quedó paralizado.

—Eso ha sido un buen golpe. ¿Duele?

—En realidad no —ella sonrió y negó con la cabeza—. A veces me sorprende.

Mira, otra vez.

Él asintió, impresionado por la cálida sensación que lo embargaba. Nunca había sentido nada igual. Durante un instante, se sintió como si estuviera al borde de algo maravilloso y excepcional. Dejó de oír los gritos y risas de los niños y el calor del sol invadió cada poro de su piel. La expresión de Sara era etérea, perfectamente maternal. Cuando el niño se tranquilizó, Sara apartó la mano y Alec sintió un escalofrío.

—He deseado compartir eso con alguien desde la primera vez que se movió —comentó ella, cerrando los ojos de nuevo—. Quiero comer aquí. Estoy demasiado cansada para moverme antes de tomar algo. ¡Después quiero volver en jeep y dormir hasta la hora de la cena!

Alec había acabado de trabajar, pero parecía que Sara y él no habían conectado.

Ella había dado su paseo y quería echarse la siesta; él tenía tiempo libre y nadie con quien compartirlo.

—¿Algo va mal? —como si le hubiera leído el pensamiento, Sara abrió los ojos.

—No. No me importaría comer algo, me salté el desayuno.

Ella se sentó, abrió la mochila y le dio un sándwich. Era de ternera asada, con mostaza y lechuga algo mustia.

—¿Has acabado el trabajo por hoy?

—Tengo que recoger un fax antes de volver. Y preguntar si ha llegado un paquete por mensajero.

—Entonces tendrás con qué entretenerte esta tarde —comentó ella, volviendo a mirar a los niños—. A no ser que quieras echarte la siesta. Se supone que estás recuperándote de un accidente y descansando.

De pronto, lo asaltó la imagen de subir las escaleras con Sara, de tenerla entre sus brazos, en la cama. Se imaginó situándola sobre su hombro y poniendo la mano sobre su vientre, sintiendo el movimiento del bebé mientras se dormían. Deseaba acariciar su sedosa piel, enredar los dedos en su suave cabello e inhalar su fragancia.

Anhelaba abrazarla. Y más que eso Se preguntó qué haría si volvía a besarla. ¿Le daría una bofetada o pediría más? Su enfado se había desvanecido, pero quizá su deseo no lo hiciera nunca. Incómodo, se removió en la silla. Se instó a concentrarse en comer y no en dormir.

Sara acabó su comida y se recostó, relajada y repleta. Si no volvía pronto a casa, se quedaría dormida allí mismo. Se dijo que era por culpa del aire fresco y del sol, pero admitió que quizá se había excedido en el paseo.

Odiaba la idea de moverse. Al menos, de momento estaba acompañada. Alec no había dicho nada mientras comían, pero no se sentía impaciente ni incómoda. Se preguntó si él se contentaba con descansar un rato antes de volver al trabajo o si realmente estaba haciendo un esfuerzo por probar algo distinto.

—Puede que los Simpson nos inviten a una fritura de pescado mañana por la noche —dijo, recordando la invitación—. No tienes por qué ir, pero me atrae la idea.

Los he visitado varias veces los últimos días.

—¿Son los de la cabaña de la derecha?

—Sí.

—Fue ella quien me dijo que quizá te encontraría aquí.

—Mmm.

—Venga, Sara, vamos a casa —se inclinó y tiró de su mano con suavidad—.

Estás a punto de quedarte dormida.

Ella se levantó, olvidando el sueño al sentir su contacto. No

parecía tener intención de soltarle la mano y recordó la reacción de su cuerpo la noche anterior, cada vez que Alec la rozaba. ¡Volvía a ocurrirle lo mismo!

—No hagas eso. Tienes que dejar que se recupere —exclamó Sara, cuando él recogió la mochila con el brazo escayolado.

—Apenas pesa.

—Aun así —se la quitó y, colgándosela al hombro, fue hacia el hotel.

—Hola, ¿disfrutando de la tarde? —preguntó Molly Harper, la esposa abandonada de la primera tarde. Sara sonrió y se sonrojó levemente al ver cómo miraba sus manos unidas.

—¡Bien por vosotros! Bill está donde siempre, pero ha prometido dejarlo a las cuatro. Espero que tu marido y tú disfrutéis —hizo un alegre ademán de despedida y fue hacia la playa, con un libro en la mano y una toalla sobre el hombro.

Sara miró a Alec, esperando su reacción. La sorprendió ver la diversión de sus ojos.

—Debería habérselo aclarado el otro día —le dijo irónicamente.

—Entonces pensaría que tenemos un lío —comentó él, levantando sus manos unidas.

—Lo dudo, en mi condición.

—¿Qué quieres decir?

—¡Míreme! —se detuvo y giró hacia él.

—Te miro. Te miraría más aún, pero creo que sobrepasaría los límites de la buena educación.

Ella parpadeó, preguntándose si eso había sido un piropo. Decidió que se equivocaba, Alec nunca piropeaba a nadie.

Dos minutos después, él recogía una carpeta y un voluminoso sobre en recepción. Más trabajo. Sara se alegró al saber que no se perdería nada mientras dormía la siesta.

Se despertó a última hora de la tarde, relajada, pero aún cansada. El paseo había sido excesivo. Aguzó el oído pero no oyó voces, y supuso que Alec no estaba al teléfono.

Minutos después confirmó su conclusión. Estaba profundamente dormido en el sofá, rodeado de papeles. Buscó el teléfono y lo apagó. Necesitaba descanso, no más problemas.

Se preguntó si Alec creía que el sistema legal de Boston se derrumbaría si no trabajaba a todas horas. Había otra docena de

fiscales adjuntos y estaba claro que podían suplirlo en su ausencia. Dejó el teléfono en la mesa y salió al porche. El señor Simpson estaba casi en la puerta.

—Hola, jovencita. Mi señora me envía a decirle que su marido y usted están invitados a cenar mañana por la noche. Alrededor de las siete.

—Así que han pescado mucho.

—Casi saltaban solos a la barca —esbozó una amplia sonrisa—. Con lo que pesque mañana, habrá más que suficiente para nosotros, y para los recién casados, si conseguimos que se despeguen el uno del otro lo suficiente para comer —se llevó los dedos a la frente, en un ademán de despedida y se encamino hacia la cabaña de los Martin.

Sara comprendió que deseaba cenar con ellos, y no tenía ni idea de si Alec la acompañaría. No pudo evitar recordar otra cena a la que le había pedido que asistiera. La cena en la que le concedieron una prima y una mención honorífica por su excelente trabajo en el proyecto Crenshaw.

Su ausencia fue la gota que hizo rebosar el vaso. Al día siguiente, hizo la maleta y se marchó.

Capítulo 5

—Me pareció oír voces —dijo Alec a su espalda, saliendo al porche. Sara lo miró.

—El señor Simpson vino a invitarnos a cenar mañana —comentó, volviendo a sentir un vuelco en el corazón, como siempre que lo veía. Inspiró profundamente, intentando recuperar la calma.

—¿Y eso te ha molestado? —preguntó él, entrecerrando los ojos y estudiando su expresión.

—No —se sonrojó. No se le daban bien los subterfugios, pero no quería sacar a colación la cena que él se había perdido seis meses antes. No tenía sentido remover los errores del pasado.

—Lo cierto es que… no sé si debí aceptar por ti. La invitación me pilló por sorpresa. No me dio tiempo a pensarlo antes de que se fuera a la otra cabaña a invitar a los recién casados.

—Me gusta el pescado. Ya habías mencionado a los recién casados. ¿Quiénes son?

—James y Hilary Martin. Llevan casados ocho o nueve días. Si les preguntas te dirán hasta los minutos —sonrió traviesa—. Están locamente enamorados.

—Hum —murmuró él, mirando hacia el agua—. Eso no durará.

—No, según tú no. La cruda realidad les estallará en la cara —la sonrisa de Sara se desvaneció. Alec la miró de reojo—. Que nosotros no tuviéramos la clase de amor que dura toda la vida, no significa que otros no puedan encontrarlo —continuó Sara

—. Espera a conocer a los Simpson. Tienen setenta y muchos años y llevan casados más de cincuenta. Se percibe el amor al verlos. Que lo nuestro no durase, no implica que el amor no exista. Piensa en Wyatt y Elizabeth: está claro que a otros les funciona.

—¿Pero no a ti y a mí?

—No puedo hablar por ti, Alec, pero yo espero encontrar un amor profundo y duradero algún día. Un amor que me haga sentirme completa y desear compartir mi vida con una persona especial. No fuiste tú, pero no por eso voy a rendirme o a resignarme a vivir sola para siempre —dijo, con una valentía que no sentía. Aún le daba demasiado miedo que volvieran a herirla.

—No estarás sola. Tendrás al bebé —apuntó él.

—Sí, y lo querré con locura. Pero también deseo un amor adulto, alguien con quien compartir mi vida. ¿Es tan difícil de entender?

—¿No es eso lo que intentamos nosotros? Tú te marchaste, no yo. Mi madre abandonó a mi padre. Si eso es lo que hace el amor, no me interesa. Lo probé y no funcionó.

—Yo me marché, pero nuestro matrimonio había acabado mucho antes, Alec —Sara inspiró profundamente e intentó calmar la ira que sentía—. Tú ya te habías ido.

No sé qué ocurrió entre tu padre y tu madre. Supongo que no conoces la historia entera, solo ellos lo saben todo. Pero, ¿no crees que un día te arrepentirás de pasar la vida solo, concentrado en el trabajo? ¿Y la familia? ¿Cuánto tiempo le dedicarás a tu hijo o hija? ¿Querrás pasar tus vacaciones con el bebé? ¿Qué me dices de un hombro en el que apoyarte cuando las cosas te vayan mal?

—Tengo a Wyatt como familia. Y me las arreglo cuando las cosas me van mal.

¿No es eso lo que estás haciendo tú?

—Crees que estoy sola porque vine aquí para estarlo —Sara negó con la cabeza

—. Pero tengo una madre que me apoya mucho. Tengo buenos amigos, y primos que me ayudarían en cualquier momento. Aun así, deseo esa persona especial…

—¿Un hombre que llegue y te enamore perdidamente? —dijo él con sarcasmo.

—Alec, no digas bobadas —Sara soltó una risa—. Los hombres ya no enamoran a nadie perdidamente. Hablo de un compromiso. Yo aportaré algo a la relación y él también. Compartiremos algo especial, como los Simpson. Cuando los veas juntos, te asombrarás. Parecen recién casados después de cincuenta años.

—¡Más vale que te asegures de que no esperan vernos de la mano y haciéndonos carantoñas!

Sara asintió con la cabeza. Alec nunca había sido cariñoso, ni siquiera cuando eran novios. Pensó, con pesar, que no se parecía a James Martin, que siempre estaba tocando a Hilary. Pero al menos había accedido a asistir a la cena.

Le dolía que su matrimonio no hubiera resistido la prueba del tiempo. El amor y el cariño que había sentido por él no habían servido para salvar sus diferencias.

—Voy adentro —le dijo, deseando estar sola. Necesitaba alejarse de él para no imaginarse cosas que no volverían a suceder.

Al día siguiente, cuando llegaron a la cabaña, poco antes de las siete, a Sara la sorprendió ver una mesa de madera, ya puesta, junto a la puerta trasera de la cabaña.

Al lado había una pequeña barbacoa encendida.

—Bienvenidos —saludó la señora Simpson.

—Es perfecta —dijo Sara, señalando la mesa.

—Llamamos a recepción y la trajeron. Es un centro de recreo excelente. Dicen que tienen de todo y, de momento, ¡lo creo! Se la llevarán mañana, a no ser que deseemos quedárnosla unos días más. Pensé que sería mucho más agradable que comer dentro. Venid a sentaros.

—Señora Simpson, no sé si conoce a Alec —empezó Sara.

—Oh, llámame Rosemary. Y a mi marido, Paul. Encantada de conocerte, Alec.

¿Qué queréis beber? Paul ha traído cerveza, y hay vino, o refrescos —dijo, sonriendo a Sara.

Acababan de sentarse con las bebidas, cuando llegaron James y Hilary Martin.

Rosemary los presentó y fue por más bebida.

—¡Qué maravilla estar esperando un niño! —Hilary sonrió, acercándose a James—. Queremos hijos, pero aún no. Antes deseamos pasar algún tiempo solos.

¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Dieciocho meses —aseveró Alec.

Sara lo miró, esperando que continuara. Él, tras echarla una ojeada, volvió a mirar a los Martin. Parecía que no pensaba explicar que su matrimonio había acabado. Eso, al menos, evitaría la incomodidad de la situación. Era verdad que llevaban casados dieciocho meses, aunque solo habían vivido juntos doce.

Cuando el primer plato de pescado llegó a la mesa, toda reserva había desaparecido, y las tres parejas charlaban como si se conocieran desde hacía años, a pesar de las diferencias de edad.

Un par de veces, Sara calló para observar a Alec. Había echado de menos su voz, su humor seco y su forma de argumentar. James debía ser seis o siete años más joven que Alec, y Paul Simpson le sacaba más de cuarenta. Sin embargo, los tres hombres charlaban

sin cesar; discutían de vez en cuando, pero Sara supuso que eso se debía a Alec, un enamorado de la controversia.

La reunión acabó bastante tarde y Sara se preguntó si volverían hacer algo así.

Había sido una velada maravillosa. Ella disfrutaba con la compañía y era una suerte haberse encontrado con unos vecinos tan agradables.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó cuando llegaron al porche.

—Sí. Me pareció que tú también te divertías.

—¡Lo pasé fenomenal! —corroboró ella, sorprendida de que lo hubiera notado

—. Excepto un par de comentarios, no mencionaste el trabajo. ¿No tienes síndrome de abstinencia? —bromeó. No quería que la velada acabase. Durante unas horas, Alec había sido el hombre que recordaba: atento, atractivo y divertido.

—¿Quieres sentarte fuera un rato, o estás cansada?

—No estoy cansada. La conversación me ha animado. Además, descansé antes.

¿Y tú?

—Estoy bien.

—¿Estás descansando lo suficiente, Alec? Sigues trabajando, aunque se supone que estás de vacaciones.

—Estoy perfectamente, Sara. No necesito una enfermera —el tono de su voz sonó frío y provocó un parpadeo de Sara.

—Claro que no. Y si la necesitaras, ¡no me interesa el trabajo! —Sara intentó relajarse, aunque le resultaba difícil estando tan cerca de él. Había creído que Alec estaba superado tras meses de separación, pero empezaba a preguntarse si se habría estado engañando. Cruzó los brazos sobre el pecho para resistir la tentación de tocarlo. Su relación había fracasado, ¡era hora de olvidar el pasado y seguir otro rumbo!

—¿Frío?

—No.

—Dime, ¿piensas seguir trabajando cuando nazca el bebé?

—Después de unos meses, sí. Tendré una baja de maternidad bastante larga, pero me encanta mi trabajo.

—¿No crees que una mujer debería quedarse en casa con sus hijos?

—No necesariamente. Mi madre siempre trabajó y creo que yo salí bien. Lo importante es cómo funcione la relación cuando estemos juntos. Este bebé será una parte muy importante de mi vida. ¡Lo cuidaré lo mejor que pueda!

Él echó la cabeza hacia atrás y Sara pensó que había cerrado los ojos, pero estaba demasiado oscuro para verlo. Se preguntó si estaría sufriendo otro mareo.

—¿Estás bien, Alec? —preguntó preocupada.

—Sigo intentando hacerme a la idea de un bebé en camino.

Sara se preguntó si, en el fondo, no había querido compartir su preciado bebé con un hombre que anteponía el trabajo a todo. Deseaba que su hijo o hija se sintiera amado, pero había robado a Alec la oportunidad de disfrutar del acontecimiento.

—¿Estás enfadado por lo del niño?

—¡No! —tras un breve silencio, añadió—. Pero sigo dolido porque no me lo dijeras al principio.

—Supongo que tenía la anticuada noción de que pensarías que teníamos que vivir juntos. Y tampoco puedes hacer nada antes de que nazca.

—Ya nunca lo sabremos, ¿verdad?

—Dime —ella cambió el tema—, ¿tu idea de unas vacaciones relajantes es hacer las cosas por teléfono, fax o módem, en vez de ir a la oficina?

—A ti no te parece relajante, ¿no?

—Desde luego que no. Necesitas aprender a relajarte. ¿Quieres venir de excursión conmigo mañana? —esperó su respuesta con ansia. Aunque seguía estimulada por la encantadora velada, sabía que se arriesgaba al invitarlo.

—¿No te agotó el paseo de ayer?

—Sí, pero el descanso de hoy me ha venido bien y estoy deseando salir de nuevo. Pero es la última vez que te lo pido. Si no cumples, ¡te tacharé de mi lista!

—Te prometo estar preparado para salir cuando lo estés tú —afirmó él. Sara deseó preguntarle por qué no había sido capaz de hacer esa promesa cuando vivían juntos—. ¿Vas a volver a intentar rodear el lago?

—No. Hay senderos que llevan a las colinas, podríamos subir y disfrutar de las vistas.

—Suena agotador.

—No. Es asequible para una mujer embarazada. Me informé en recepción. No hablo de trepar por las rocas. ¿Qué opinas?

—Donde pueda ir una embarazada, puedo ir yo. Prepara comida y almorzaremos mientras disfrutamos de esas fantásticas vistas.

—Si las encontramos.

—De hecho, solo con mirarte a ti, disfrutaría de las vistas —dijo él.

Ella se acaloró al oírlo. Perdió el tren de sus pensamientos, Alec no solía hacer cumplidos.

—Qué caballeroso —murmuró desconcertada.

—Es la verdad. Eres una mujer muy bella, Sara. Creo que nunca antes lo aprecié lo suficiente.

—Se está haciendo tarde —replicó ella, asombrada. Comprendió que intentaba escapar, y que en realidad quería quedarse con él, para ver si decía algo más.

—Y hay que madrugar —aceptó él, poniéndose en pie. Le ofreció la mano y la ayudó a levantarse. Pero después no la soltó. Sara intentó vislumbrar su expresión, pero no había suficiente luz.

—Buenas noches —susurró, preguntándose si eso la libraría del hechizo.

—Buenas noches, Sara —replicó él. Acercó la cabeza y ella se preguntó si pretendía besarla. Se le aceleró el corazón y sintió pánico. Hacía meses que no la besaban, exceptuando el beso airado de unos días antes. No estaba preparada; dio un paso atrás y liberó la mano de un tirón.

—Prepararé comida, pero te aviso: saldré a las nueve en punto.

—Estaré listo.

A Sara le pareció percibir un deje divertido en su voz, pero no se paró a analizarlo. Abrió la puerta y casi corrió escaleras arriba.

A la mañana siguiente, había puesto la velada en perspectiva. Alec estaba compartiendo la cabaña con ella unos días y había accedido a acompañarla de excursión, nada más. Pensar que iba a besarla no había sido más que un juego de su imaginación. Tenía que concentrarse en su objetivo: decidir qué hacer con el resto de su vida.

Debía aprovechar su presencia para plantear el tema del divorcio de forma racional, pero pensar en la conversación que

acabaría con su matrimonio la ponía enferma. Había tenido grandes esperanzas y odiaba que no se hubieran cumplido sus sueños. Retrasar la decisión no servía de nada, pero le daba cierta esperanza, por estúpida que fuera. Quizá algún día conocería a otro hombre del que pudiera enamorarse, pero aún no se sentía capaz de olvidar a Alec.

Cuando bajó él no estaba en el salón. Deseó haberse fijado en si la puerta de su dormitorio estaba cerrada. Quizá no se había despertado aún.

Preparó café e infusión, y comenzó a tostar pan. Mientras ponía la primera rebanada en la sartén, se abrió la puerta trasera.

—Buenos días —dijo Alec, cerrando la puerta a su espalda. Llevaba el ordenador en la mano.

—Hola, te has levantado pronto —comentó ella, concentrándose en el pan e intentando ignorar su excitación al verlo. Apretó los labios, no estaba dispuesta a hacerse ideas sobre su relación.

—Escribí algunas notas anoche después de que te acostaras y quería enviárselas a mi secretaria para que trabajara en ellas hoy.

—¿Ya has estado en el hotel?

—Sí. He adelantado trabajo. Estoy listo para esa excursión.

—Muy bien —Sara no pudo ocultar alegría. Se sentía como una niña en una tienda de caramelos. ¡Pasaría con Alec varias horas!

Él dejó el ordenador en la mesa y se situó a su lado. Sara deseó decirle que se había acercado demasiado pero, en cambio, se concentró en el pan y procuró ignorar las vibraciones de su cuerpo. Anhelaba volverse hacia él y preguntarle qué había hecho los últimos seis meses. Enterarse de todo lo referente al accidente, oír su voz.

¡Lo había echado mucho de menos!

—Sara.

Se volvió y chocó con él. Alargó el brazo para recuperar el equilibrio y se sintió envuelta por su calor. Sintió sus fuertes músculos bajo los dedos. Sus miradas se encontraron y pareció que el tiempo se detenía. Cuando, finalmente, bajó la vista hacia su boca, tenía el corazón desbocado.

Lentamente, él bajó la cabeza y la besó. Sus labios eran cálidos, suaves y muy familiares. Fue un beso breve, demasiado breve para Sara.

—Llevo deseando hacer esto desde que te vi —comentó él, acariciándole el rostro con su aliento—. Ese primer beso no fue lo que quería. Estaba furioso contigo y fue una especie de desquite.

—Sí, lo sé —ella se pasó la lengua por los labios, nerviosa, e intentó sonreír sin conseguirlo—. Ha sido un beso agradable, no me molestaría otro.

Alec la abrazó y cubrió su boca con la suya. El beso no fue cálido y gentil sino ardiente y salvaje. Cuando acarició sus labios con la lengua, ella los entreabrió para entregarle su boca en el baile de pasión que tanto echaba de menos.

Tuvo la sensación de que el mundo giraba locamente, y un fuego ardiente recorrió sus venas. Sintió la dureza de la escayola en la espalda y la de su torso en el pecho y el voluminoso vientre. Enredó los dedos en su cabello espeso y sorprendentemente suave. Sabía a café, a aire fresco y a sí mismo, a Alec. Nunca se había sentido así, era una sensación gloriosa y deseó que…

El bebé dio una patada. Se separaron y Alec miró su vientre.

—Bueno, creo que ha dejado claro lo que opina —dijo él—. ¿Te estaba apretando demasiado?

—No. Suele estar activo a esta hora de la mañana —replicó ella, frotando el bulto que se movía. Despacio, Alec puso la mano buena sobre la suya. Sara entrelazó los dedos con los de él y, quietos, compartieron el movimiento del bebé.

—¡Oh, no! Las tostadas —Sara se volvió rápidamente. El pan estaba carbonizado—. ¡Maldita sea! No he prestado atención.

—No tenemos horario que cumplir —Alec se apartó—. Guardaré el ordenador y volveré enseguida. Se detuvo junto a la puerta—. ¿Harás para dos?

Ella asintió, sonriente. Alec salió rápidamente para evitar hacer algo estúpido, como alzarla en brazos y llevarla a la cama. Dejó el ordenador en la mesa de café y salió al porche. Aún hacía fresco y pensó que eso lo tranquilizaría. Se cruzó de brazos y pensó que nunca había sentido una atracción sexual tan fuerte con nadie excepto Sara. A pesar de los meses que habían estado separados, aunque no había podido conservarla como esposa, seguía deseándola.

Quería ver la pasión que iluminaba sus ojos cuando la besaba y acariciaba Descubrir todos los cambios de su cuerpo, explorar su

figura hasta que le resultara tan familiar como cuando vivían juntos. ¡Deseaba hacerle el amor a su esposa!

Inspiró con fuerza y miró el lago. Quizá necesitaba echar una carrera y darse un chapuzón en el agua helada. Pero se perdería la excursión, y no estaba dispuesto a eso. Los bosques eran bonitos y el aire claro y puro. Hacía años que no se tomaba unas vacaciones y no le iría mal relajarse como le habían aconsejado Wyatt y el médico.

—El desayuno está listo —dijo Sara desde el umbral, con una expresión inquieta. Alec intentó sonreír y parecer inofensivo. No era fácil, cuando su sola imagen le hacía pensar en cosas que la ruborizarían. Como mordisquear su cuello y sentir el peso de sus senos y la redondez de su vientre en la palma de la mano.

—Entonces, desayunemos —dijo, intentando olvidar esas ideas, al menos hasta que estuviera solo y pudiera dar rienda suelta a sus fantasías.

Salieron de la cabaña poco después de las nueve. Tomaron un sendero que salía de detrás de la cabaña y pronto estuvieron inmersos en un mundo de verdor. Los árboles, tupidos, sombreaban el camino, los pájaros cantaban y el aire era fresco y tranquilo. La vereda era muy estrecha y a veces tenían que caminar uno detrás del otro.

—¿No es precioso? —dijo Sara mirando a su alrededor, cuando llegaron a un prado—. Si fuera más tarde, podríamos comer aquí.

—Mira —Alec le puso una mano en el hombro y señaló a tres ciervos pastando.

—¡Oh! —inmóvil, observó la escena. Cerró los ojos e intentó grabar la imagen en su memoria. El peso de la mano de Alec, el calor del sol, el olor del aire y la tranquilidad del prado—. Son encantadores —dijo, abriendo los ojos.

—Sí. ¿Seguimos?

—¿No quieres mirarlos?

—Ya los hemos visto, quizá veamos alguna otra cosa.

Sara asintió y se puso en marcha. El movimiento asustó a los ciervos y, en menos de un segundo, desaparecieron entre los árboles.

—Debes estar prestando más atención que yo —comentó Sara—. No los habría visto si no los hubieras señalado.

—Es por la costumbre de prestar atención a los jurados. Necesito asegurarme de que me siguen cuando argumento un caso. Además, cuando éramos pequeños, Wyatt y yo pasábamos mucho tiempo fuera jugando a piratas o a indios y vaqueros.

—No puedo imaginarte haciendo eso. A Wyatt, quizá, pero no a ti.

—¿Por qué no? Era un pirata excepcional —dijo él. Sara se echó a reír. Alec se detuvo y la capturó entre sus brazos—. Siempre encontraba el tesoro. Pero eran cosas de niños. Ahora que soy mayor sé lo que de verdad querían los piratas.

Apretada junto a él, de la cadera al pecho, Sara también sabía lo que querían los piratas; lo mismo que ella. Asombrada por sus pensamientos, dio un paso atrás. Él no debía sospechar lo que tenía en mente. Su figura distaba de ser atractiva, se sentía como una calabaza.

—¿Bellas damiselas que los apartaran de sus barcos piratas? —preguntó. Los ojos de Alec brillaron sonrientes. Por primera vez, parecía completamente relajado.

La caminata estaba resultando perfecta para hacerle soltar tensión.

—Tú eres una bella damisela —dijo él, agarrándole la mano y volviendo a caminar.

—No lo creo —rechazó ella, pero su corazón saltaba de alegría.

Un buen rato después, se detuvieron tras coronar una pequeña loma, desde la que había una excepcional vista del lago. Sara respiraba con esfuerzo, pero se encontraba muy bien. No estaba cansada y, a excepción del último tramo, bastante empinado y abrupto, la caminata había sido fácil.

—Estoy listo para parar, ¿y tú? —preguntó Alec, mirándola de reojo.

—Sí. Y me muero de hambre. ¿Comemos?

—Buena idea —se quitó la mochila y buscó una zona plana y sin rocas—.

¿Aquí? —preguntó un minuto después. Sara asintió y se sentaron sobre una manta a comer y contemplar la vista.

Una suave brisa jugueteaba con su cabello, y le agradó sentir su frescor en la piel caliente. Se había quitado el suéter y disfrutaba del sol.

Alec la contempló mientras comía el sándwich. Era preciosa, siempre lo había sido, y se preguntó cómo había llegado a olvidarlo. Sus ojos chisporroteaban de entusiasmo y alegría y su piel parecía pedirle que la acariciara. Deseaba besarla de nuevo. Guardó el resto del sándwich en la bolsa de plástico y lo metió en la mochila.

No quería comer. Quería a Sara.

Deseaba descubrir cada uno de sus secretos con labios y lengua. Sentir la calidez de su cuerpo. Probarla, tocarla y perderse en ella. Se recostó y observó la panorámica.

—Para ser un pirata, estás muy tranquilo —se burló ella, guardando el resto de la comida y ofreciéndole una botella de agua. Alec la aceptó y bebió con ganas. Sara sonrió y él, lentamente, dándole tiempo a rechazarlo si quería, acercó la cabeza a milímetros de la de ella.

—Sara —murmuró suavemente, posando los labios en los suyos. Ella lo aceptó cálida, dulce y deseosa. Se tumbaron en la manta sin romper el contacto, saboreándose.

Sara apenas podía respirar. No había contado con algo así, aunque era lo que estaba deseando. Rodeó el cuello de Alec con los brazos, disfrutando del contacto de su cuerpo y de la explosión de sensaciones que le provocaba. Los labios de él se movieron y ella respondió. La sangre bullía en sus venas y se sintió hechizada, inmersa en un caleidoscopio de colores.

Pasaron los minutos, pero Sara no los contó. Devolvió sus besos, acariciándole el pelo, rememorando la fuerza de sus músculos y el calor de su piel. Sentía un cosquilleo en los dedos, y su cuerpo era una mezcla de sensaciones que luchaban por predominar: calor, deseo y amor.

Cuando él deslizó la mano por su espalda y la llevó hacia un seno, gimió.

Sensibilizada por el embarazo, percibió la caricia en todo el cuerpo. Lentamente, él introdujo la mano bajo su camiseta y acarició la piel desnuda, hasta llegar al pezón.

Ella anheló más, deseó sentir su boca allí. Se movió levemente para facilitarle el acceso y lo besó con pasión, intentando decirle sin palabras que disfrutaba de sus caricias.

Alec sintió que se le iba la cabeza y se preguntó si se debía a Sara. Su aroma lo envolvía y su contacto le hacía arder. El familiar

sabor de su boca le provocaba un torbellino de emociones.

No. Abrió los ojos y frunció el ceño al comprobar que el mareo no disminuía.

Soltó un suave gemido y apretó los dientes.

—¿Alec? —Sara abrió los ojos y lo miró, resplandeciente de belleza.

—Maldición —masculló él, cerrando los ojos y tumbándose de costado. Ella se apoyó en el codo y lo miró con preocupación.

—Alec, ¿estás bien? —su voz sonó atemorizada.

—Es otro mareo —explicó él, odiando su debilidad y preguntándose cuánto tiempo más duraría.

—¿Puedo hacer algo? ¿Quieres agua?

—Estaré bien cuando se pase.

—Es el primero que has tenido hoy, ¿verdad? —preguntó ella con dulzura, acariciándole la frente. Alec deseó capturar su mano, llevársela a los labios y después entrelazar los dedos con los suyos. Pero la idea le recordó su debilidad. Ni siquiera podía besar a su esposa sin sentir las repercusiones del accidente. Los mareos estaban afectando su sentido común; no era del tipo de hombres que iban de la mano.

—Sí, es el primero —confirmó.

—Entonces no son tan frecuentes. Probablemente dejarás de tenerlos pronto —lo tranquilizó—. Quizá deberías volver al médico para asegurarte.

—Estaré bien.

—Estoy preocupada por ti.

—No lo estés. Es algo temporal —ladeó la cabeza y entreabrió un ojo para mirarla—. No frunzas el ceño, te saldrán arrugas —dijo, al ver su expresión de preocupación. A pesar de toda su animosidad, aún se preocupaba por él y eso le reconfortó el corazón.

—Esperaremos a que se te pase del todo antes de volver —dijo ella con sensatez, sentándose.

—¿No dijiste antes que había cuevas por aquí? —preguntó Alec, molesto por no sentirse al cien por cien de sus capacidades delante de Sara. Si no podía tener su respeto y aprecio, tampoco quería darle lástima. Aún sentía en las manos la textura satinada de su piel y el peso de su pecho, que había aumentado con el embarazo; quería más.

—Sí, creo que un poco más adelante. El folleto decía que eran seguras, poco profundas y sin peligro para los excursionistas. ¿Es que quieres explorarlas, Barba Negra?

Él asintió y cerró los ojos ante una oleada de náuseas. Eso era lo peor de los mareos: además de perder el equilibrio, se le revolvía el estómago.

—Pero no hoy.

—Volveremos otro día —dijo ella, tumbándose de nuevo—. Estoy cansada.

—Duérmete. Estaremos aquí un buen rato.

No mencionaron los besos apasionados que acababan de compartir, pero sabía que ella pensaba en lo ocurrido. Quizá lo comentaría más adelante, cuando él estuviera mejor.

Capítulo 6

Alec se despertó desorientado. Durante un instante no recordó dónde estaba y sintió una vaga inquietud. Tenía que asegurarse de que Thompson no aceptara ningún trato con el abogado de Snelling, esta vez iba a encerrarlo por mucho tiempo.

Intentó recordar si le había pedido a Teresa que buscara los antecedentes del caso Cannady. Tenía mucho que hacer.

Entonces vio a Sara, que seguía dormida. Se apoyó en el codo y la contempló.

Estaba de costado, con la cabeza apoyada en una mano. Sus largas pestañas le acariciaban las mejillas y la brisa jugueteaba suavemente con su cabello corto.

Deseó despertarla con un beso y seguir donde lo habían dejado. Olvidar el trabajo, el pasado y el futuro y vivir el momento. La observó largo rato, preguntándose si solo podía esperar eso.

Miró el reloj y comprobó que se estaba haciendo tarde. Si quería hablar con Teresa antes de que saliera de la oficina, tenían que ponerse en marcha. Ahí acababa la idílica excursión. Admitió que se sentía mejor tras la siesta y las horas pasadas al aire libre y, de pronto, se dio cuenta de que era la primera vez que pensaba en sus casos en todo el día, ¡algo insólito en él! Sara lo había hechizado para que solo pensara en ella.

Había descansado y tenía que ponerse en contacto con Teresa, si quería seguir al tanto de sus casos. No quería aparecer en los tribunales, unas semanas después, sin haber tomado parte en la preparación de cada proceso.

A pesar de la sensación de urgencia, le disgustaba despertar a Sara. Parecía tranquila y cómoda, acurrucada a su lado. Por primera vez, consideró qué les depararía el futuro a ella y al bebé. Y también a él mismo.

Se preguntó qué habían hecho mal. Siempre había creído que una mujer debía apoyar a su marido. Había trabajado tanto para ella, para darle lujos: una casa más grande, coches nuevos… Además, el niño necesitaría un padre. Él y Wyatt habían vivido sin madre la mayor parte de su vida, y aún lamentaba esa amarga pérdida.

Estaba resuelto a que su hijo supiera que los dos lo amaban, aunque no pudieran vivir juntos. Disgustado con el rumbo de sus pensamientos, frunció el ceño y tocó a Sara suavemente.

—Sara, despierta. Es hora de volver.

Le encantó verla despertarse. Tenía los ojos enormes y soñolientos. La mejilla sobre la que había dormido estaba sonrosada y la otra pálida. Cuando se estiró, lo dejó sin aliento. Exceptuando el vientre, seguía siendo esbelta y femenina, con todas las curvas adecuadas. Apartó lo vista, molesto por la atracción que no conseguía controlar. Deseó sentirse con derecho a retomar la situación en el punto en que la dejaron.

—No es demasiado tarde, ¿no? —preguntó ella, levantándose lentamente. Se sacudió los vaqueros, miró a Alec y apartó la vista, como si no quisiera encontrarse con sus ojos.

Con desgana, olvidando la fantasía en la que ella se inclinaba para besarlo de nuevo, Alec se levantó y recogió la manta.

—Es media tarde. Quiero hablar con la oficina.

—Por supuesto. ¿Cómo he podido pensar que te tomarías todo el día libre? —su tono cortante lo atravesó. Había pasado con ella varias horas, y había disfrutado; pero percibió cómo se alejaba, e interponía un muro entre ellos.

—Sara —comenzó. Se detuvo, comprendiendo que no había nada que decir.

Todo había quedado dicho mucho tiempo atrás.

—¿Qué?

—Nada. ¿Estás lista?

—Te conté lo de las cuevas, ¿verdad? —Sara se encogió de hombros y miró con nostalgia las colinas que había tras ellos.

—Sí. Quizá podamos explorarlas otro día.

—Ahora estamos aquí. No están lejos.

—Tardaremos al menos una hora en volver —Alec miró el reloj y negó con la cabeza—. Tenemos que irnos ya.

—Vete —Sara lo miró a los ojos con seriedad—. Eres tú quien quiere volver. Yo voy a las cuevas. Regresaré a tiempo para cenar —se dio la vuelta y fue hacia el sendero que llevaba arriba.

—Sara, espera. No puedes subir sola.

—¿Por qué no? —inquirió ella por encima del hombro.

—No es seguro.

—No me arriesgaré. Solo voy a ver las cuevas. En recepción me aseguraron que no hay ningún peligro.

—No tengo tiempo de acompañarte. He de volver.

—Nadie te pide que me acompañes, Alec —con esas palabras, Sara emprendió el camino.

Siguió el sendero cuidadosamente, pendiente de cualquier ruido que indicara que Alec había cambiado de opinión. Pero solo oyó el silencio sus propios pasos.

Decepcionada, intentó recuperar la sensación de bienestar. Él la había besado y no sabía cómo reaccionar. Quizá si la hubiera despertado con un beso, habría sabido qué hacer, pero Alec actuaba como si nada hubiera ocurrido.

Quizá para él no significaba nada. Confundida, Sara intentó disfrutar de la belleza del bosque, buscando más ciervos, o ardillas. Pero su decepción fue en aumento.

—No espero que pase conmigo cada momento, pero después de esos besos, contaba con estar con él el resto del día. Sin duda, en su importante trabajo no pueden sobrevivir un día entero sin su augusta presencia —masculló para sí.

Solo podía culparse a sí misma por sus sentimientos. Sabía que los adictos al trabajo no cambiaban nunca. Se había engañado al pensar que quería pasar tiempo con ella. ¡No volvería a cometer el mismo error! Había ido de vacaciones esperando estar sola. Era agradable que la hubiera acompañado de excursión, pero no podía contar con que volviera a repetirse.

Sara regresó a la cabaña después de las siete. Estaba agradablemente cansada y decidió lavarse y prepararse algo sencillo para cenar. En cuanto entró, supo que la casa estaba vacía. De lo contrario, Alec estaría en el salón hablando por teléfono, así que debía seguir en el hotel.

Se dio una ducha rápida y se puso un vestido suelto.

Aunque empezaba a hacer frío, estaba cansada de la opresión de llevar pantalones todo el día. Se puso un jersey y bajó a la cocina.

Preparó una tortilla y comió a solas, leyendo un libro de intriga. Después de recoger, fue al salón. Tenía la impresión de que apenas lo había utilizado desde que Alec se instaló allí y lo convirtió en su oficina. Había montones de papeles sobre la mesita y por el suelo. Al menos, el sofá estaba libre, así que se acomodó, estiró las piernas

y se concentró en su novela.

Alec regresó poco después. Alzó la cabeza con sorpresa cuando entró, e intentó ignorar el vuelco de su corazón al verlo. Comenzaba a acostumbrarse, no significaba nada.

—Me preguntaba dónde estabas —comentó con ligereza, marcando la página del libro.

—Supongo que debí llamar. Tardé mas de lo que esperaba. ¿Qué tal las cuevas?

—Interesantes. Eran poco profundas, excepto dos de ellas, en las que no se veía al fondo. Casi daba miedo. La próxima vez quiero llevar una linterna para explorarlas mejor.

—La próxima vez, iré contigo.

Ella dejó pasar el comentario. Dubitativo, dejo el ordenador y la cartera junto a la puerta, como si no supiera qué hacer. Sara lo miró sin decir palabra. Parecía cansado.

—¿Quieres un té o algo? —preguntó él—. Creo que me haré un café.

—Gracias, me apetece —dijo Sara, poniéndose en pie para seguirlo a la cocina

—. Pareces tener una reserva de energía inagotable, has trabajado mucho después de la excursión.

—Antes tenía energía, ahora estoy rendido —comentó.

—¿Piensas alguna vez que tu cuerpo te está pidiendo que bajes el ritmo? —preguntó ella.

—No. Y no quiero hablar de ello.

Sara suspiró levemente. Los hombres siempre insistían en hacerse los fuertes.

Estaba preocupada por él, igual que lo estaría por cualquier amigo en su situación.

Alec preparó dos tazas y cuando le dio una, percibió el roce de sus dedos como una descarga eléctrica. Con un escalofrío, volvió al salón y se sentó en una esquina del sofá, recordando imágenes de esa tarde. Deseó poder dar un sorbo de té, para hacer algo, pero estaba demasiado caliente.

Ella misma estaba acalorada, inmersa en los recuerdos de sus besos y caricias.

Miró un segundo a Alec y se preguntó si volvería a besarla esa noche y qué ocurriría si le respondía con pasión y entrega, como

antes. Había supuesto que el embarazo paliaría ese tipo de reacción, pero no era cierto.

¿Y si ella lo besaba a él? La idea la tentó. Supuso que no la rechazaría; había percibido su interés esa tarde, aunque no pudiera competir con su trabajo.

Un beso, por los viejos tiempos, no podía hacer ningún mal. Pensó que era una locura, el hombre había demostrado que no le interesaban el amor ni los compromisos a largo plazo. Le echó una ojeada con los ojos entrecerrados y descubrió que la estaba contemplando.

—Estás guapa con ese vestido —dijo.

Ella sintió una oleada de calor. Sus cumplidos la desconcertaban.

—Gracias —replicó educadamente, los ojos de él chispearon divertidos. Dio un sorbo al té, dejó la taza en la mesita y se volvió hacia Alec, pasándose la lengua por los labios con nerviosismo.

La expresión de él no cambió, pero le pareció que el aire se cargaba de tensión.

Se preguntó si se atrevía a hacerlo y si deseaba tanto ese beso.

Con atrevimiento, estiró el brazo, le quitó la taza y la puso junto a la suya.

Inspiró con fuerza para llenarse de valor, lo miró y se acercó a él, hasta situar la boca casi al lado de la suya.

Él la miraba cautivado. Decidió tomarlo como una buena señal. No estaba apartándose ni pidiéndole que se detuviera. Cuando rozó sus labios, una maravillosa sensación recorrió su cuerpo.

Su respuesta fue instantánea, superando sus expectativas. La atrajo hacia sí y abrió la boca bajo la suya. El beso se hizo más y más profundo e, incapaz de pensar, se dejó llevar por las sensaciones. Él tenía las manos calientes, casi le quemaban la piel, y parecían estar en todas partes: en su pelo, en su espalda, brazos e, incluso, en la curva de su vientre.

Sara se sintió viva, libre y jubilosa. Rodeó su cuello con los brazos y acarició su lengua con deleite, explorando su boca. El rugido de su propia sangre era ensordecedor. Tenía calor y, con su ayuda, se deshizo del suéter. Con dedos temblorosos, le desabrochó los botones de la camisa, hasta que sintió su piel desnuda, y los músculos de acero de su pecho.

Cuando él puso una mano en su seno y frotó delicadamente el

pezón, creyó estallar de sensación. Era aún mejor de lo que recordaba. Superaba con creces su memoria.

Acarició su pecho con la yema de los dedos, recordando las muchas veces que lo había hecho antes, pero sintiéndose como si esa fuera la primera. Tenía la piel caliente y lisa, cubierta de suave vello. Cuando rozó uno de sus pezones, él dejó escapar un suave gemido.

Sintió la fuerza del poder femenino que tenía sobre él.

Nada había cambiado, aún sentía placer cuando la tocaba y ella le provocaba el mismo efecto con sus caricias.

Alec le bajó la parte superior del vestido y el tiempo se detuvo. La atrajo hacia sí y ella, con un suspiro, lo abrazó, disfrutando del contacto de su pecho contra los senos erectos. Le encantó sentir su cuerpo masculino, sus fuertes brazos la sujetaron con gentileza, mientras le acariciaba la espalda. A pesar de que estaba embarazada de ocho meses, se sentía joven, bella y deseable.

El bebé se movió y Alec se quedó paralizado. Lentamente, concluyó el beso y llevó la mano hacia su vientre. Ella se recostó y lo miró, arrebolada de pasión y deseando saber qué pensaba.

—Es de lo más eficaz como carabina —dijo él, besando sus labios suavemente.

Tan deliberadamente como ella había iniciado el beso, le subió el vestido y se apartó.

Se puso en pie, se mesó el cabello revuelto y se abotonó la camisa.

—Voy afuera un rato —dijo, dándole la espalda.

Sara miró la puerta cerrarse tras él. Se preguntó si había hecho el ridículo o si lo había afectado tanto el beso como a ella. No había esperado reaccionar con tanta fuerza. Se había sentido como cuando se conocieron, cuando creía que nunca se cansaría de Alec.

Hubo un tiempo en que se había reído de sus amigos cuando hablaban de repique de campanas, estallidos de estrellas y arcos iris de colores. Pero dejó de hacerlo cuando conoció a Alec.

Aún conseguía llenar su mundo de esplendor. A punto de echarse a llorar, se estremeció y cruzó los brazos sobre el pecho. No era justo. Tan solo deseaba un marido y una familia. Tenía las dos cosas, pero nada había salido como en sus sueños. Mirando al vacío, supo que el caleidoscopio de colores y sensaciones no era más que

el efecto de la pasión desmedida. Por desgracia, no bastaba con la pasión.

—¿Y de qué te sirve pensarlo? —se preguntó, poniéndose en pie y agarrando el suéter. Casi corrió a su dormitorio, consciente de que escapaba, pero incapaz de estar allí cuando Alec regresara, como si estuviera esperándolo.

De hecho, no sabía si sería capaz de volver a mirarlo a la cara. No quería hacerse ilusiones sobre un posible cambio en su relación, ni imaginar que, milagrosamente, prestaría menos atención al trabajo y más a ella, ni siquiera durante unas cortas vacaciones.

Besaba como nadie, pero los besos eran algo pasajero. Ella quería más.

Necesitaba más. No algo meramente pasional, sino una relación fuerte, sostenida y duradera. Quería alguien con quien compartir su vida, no una persona tan consumida por el trabajo que se olvidaba de su familia. Eso ya lo había probado, y no pensaba repetir la experiencia.

Cerró la puerta del dormitorio y se preparó para acostarse. Tumbada en la oscuridad, se pasó los dedos por los labios, con el corazón aún acelerado. ¿Qué iba a hacer?

Cuando bajó a la mañana siguiente, Sara se convenció de que había sido una estupidez perder un segundo pensando en la reacción de Alec. Ya estaba pegado al teléfono, los besos de la noche anterior habían que dado olvidados.

Con un ademán de saludo fue a la cocina. Miró en la nevera, pero nada le llamó la atención. No le apetecían tortitas y había tomado huevos la noche anterior. Decidió concederse un capricho y llamó al hotel para que enviaran un jeep. Tomaría un desayuno especial en el restaurante y luego completaría su circuito del lago volviendo a casa a pie.

En la puerta dudó, sabía que lo cortés sería decirle a Alec dónde iba pero, sin ganas de interrumpirlo, decidió no hacerlo. No eran guardianes el uno del otro, y probablemente no se enteraría de su ausencia.

Salió al porche justo cuando llegaba el jeep. Poco después estaba sentada ante un ventanal del restaurante, con vistas al lago. Hubiera sido agradable desayunar acompañada, pero rechazó la idea.

Cuando acabó, fue hacia el lago. Su mente era un torbellino.

Quizá un paseo la ayudaría a centrarse y ver las cosas con claridad. Cosas como qué deseaba Alec, qué iban a hacer y qué había fallado en su matrimonio.

Se preguntaba si el amor era igual de fuerte por las dos partes. Ella había amado a Alec con pasión, hasta que comenzó a pasar más tiempo en el trabajo que en casa. Se preguntó qué ocurriría si él se tomara tiempo libre de vez en cuando y se lo dedicara, como había hecho durante la excursión. No había pensado en el trabajo hasta después de la siesta. Quizá algunas salidas más le demostrarían que el mundo no se acabaría aunque él se permitiera un poco de diversión.

Pero no iba a organizar una cruzada para salvarle la vida a Alec Blackstone.

Tenía que preocuparse de sí misma, y hacer planes para cuando naciera el bebé.

Hacía un día perfecto y el paseo era muy fácil. Esa orilla del lago era una sucesión de playas arenosas, salpicada de árboles. Saludó a los pescadores, se rio de los niños que jugaban en una barca de pedales y miró con asombro a los que se atrevían a nadar en el agua helada.

—Tendremos que volver cuando seas mayor —dijo, frotándose el vientre—.

Podrás jugar en el lago y montaremos en las barcas. Exploraremos las cuevas y lo pasaremos muy bien —con una sonrisa ensimismada, continuó su camino. Sería agradable tener una familia completa, madre, padre y niños. Pero la única imagen paterna que veía era la de Alec Blackstone, ¡y la rechazó!

Desde lejos, vio a Alec paseando por el porche, con el teléfono al oído. Se preguntó cuánto duraba la batería. A pesar de que la recargaba todas las noches, ya debería haberla agotado. Cuando él la vio, dejó de moverse.

—Te llamaré mañana, Teresa. Tómate el resto del día libre — cerró el teléfono y apoyó el hombro en uno de los postes que sujetaban el techado.

—¿Dónde has estado? —preguntó cuando Sara subía los escalones.

—He dado un paseo.

—¿Me lo dijiste? No lo recuerdo —la agarró del brazo y la

aproximó a él—. Te hubiera seguido, pero no sabía qué dirección habías tomado.

—Estabas al teléfono, ¿recuerdas?

—¿Te refieres a cuando bajaste esta mañana? —ella asintió—. Pero hace horas de eso.

—¿Cómo iba a saber cuánto tiempo pensabas estar al teléfono? Por lo que veo, suele ser todo el día —dijo. Sintió el calor de sus manos y olió su aroma. Deseó apoyarse en él y descansar la cabeza en su pecho, disfrutar de su proximidad.

—Creí que íbamos a pasar tiempo juntos, hacer cosas juntos.

—Ayer comprobé que eso es poco realista.

—¿No disfrutaste de la excursión?

—Sí, pero no estaba lista para acabarla al mismo tiempo que tú.

—Tenía…

—No quiero oírlo —alzó la mano para silenciarlo—. Si dejaras ese trabajo por otro, ¿se paralizaría la ciudad de Boston?

—No voy a cambiar de trabajo.

—Responda a la pregunta, abogado.

—No, claro que no.

—Entonces, supongo que tampoco se paralizará si te tomas unos días de vacaciones —con osadía, Sara estiró la mano y le sacó el teléfono del bolsillo—. A partir de ahora, ¡no más llamadas!

Lentamente, él la atrajo hacia sí, hasta que Sara percibió su aliento y el calor de su cuerpo.

—Si no tengo trabajo, tendré que ocupar mi tiempo de alguna manera —murmuró él, poniendo una mano en su nuca—. ¿Te ofreces a ayudarme a hacerlo?

Sara miró sus ojos burlones con el corazón acelerado. El resto del mundo pareció disolverse. Solo estaban ellos dos, y la excitación que hacía que le hirviera la sangre.

—Puedes ponerte en mis manos —dijo ella. Había pretendido bromear, pero su voz sonó provocativa y sensual. La anonadó comprender que estaba flirteando.

—Esa es la mejor oferta que he oído en mucho tiempo.

La besó. Allí mismo, en el porche, donde cualquiera podía verlos. Un beso profundo y sensual, como si fueran amantes. Y largo, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Sara, incapaz de pensar, se derritió contra él y disfrutó del deseo

que sentía, mientras su boca le demostraba de nuevo lo que era el placer. Cuando la liberó, no pudo moverse. Clavó los ojos en los de él y vio el calor y el deseo que quemaba en su mirada.

—Sospecho que tu concepto de que me ponga en tus manos y el mío difieren un poco —murmuró él, apoyando la frente en la suya. Sara deseó que dejara de hablar y la besara de nuevo.

—Había pensado que podíamos ir a pescar —dijo, tras carraspear. Alec soltó una risa.

—No pesco desde que era niño. La mejor hora es temprano por la mañana. ¿Te parece bien?

Ella pensó, con ironía, que su pasión se acababa pronto. Si podía apagarla con tanta facilidad, no debía significar mucho para él.

—Puedo madrugar. Los barcos que hay en el muelle son para nosotros, así que no hace falta hacer reserva. Pero hay que conseguir cañas —dijo, intentando sonar tan casual como Alec.

—Hay algunas en el armario, las vi hace un par de días. Son de mosca. A no ser que prefieras hacerlo a la antigua y buscar lombrices.

—Puaj, no gracias. Prefiero los cebos falsos.

Alec rio de nuevo, sin dejar de mirarla. Sara se estremeció, preguntándose si estaba volviendo a enamorarse de ella.

—¿Dónde fuiste de paseo hoy?

—Fui a desayunar en el hotel y luego volví andando. Completé el circuito alrededor del lago. ¡Esta orilla es mucho más fácil!

—¿No es demasiado? —frunció el ceño—. Has andado mucho los últimos días.

¿Por qué no te relajas y te lo tomas con calma?

—¿Para qué? ¿Para verte hablar por teléfono?

—Creo que no lo haré demasiado —indicó el teléfono, que ella aún tenía en la mano—. Hay helado en la nevera, ¿te apetece un poco?

—¡Sólo si es de chocolate!

Mientras entraban, Sara se preguntó a qué jugaba Alec. No creía ni en broma que fuera a permitirle conservar el teléfono. Pero, de momento, sentía un gran placer al pensar que había cortado una de sus líneas de comunicación con el trabajo. ¡Era un primer paso!

Capítulo 7

Después de cenar se sentaron en el porche y vieron el sol ocultarse tras las colinas. La noche era tranquila. Entre los árboles, se veían las luces de otras cabañas.

Repleta y contenta, Sara observó el cielo oscurecerse y las primeras estrellas.

—Me siento como si debiera estar haciendo algo —Alec se puso en pie y fue a la barandilla.

—Lo haces, estás descansando. Siéntate y relájate.

—Eso es fácil decirlo. Has hecho mucho hoy, probablemente estás cansada.

—No especialmente, solo cómoda. Tú trabajaste, así que también deberías estar cansado. Siéntate. Pronto se hará de noche. Ya se ven algunas estrellas.

—Podríamos dar un paseo —dijo él, volviéndose tras echar una breve ojeada al cielo.

—Podemos quedarnos sentados y charlar —replicó ella con premura—. No me extraña que estuvieras tan exhausto como para estrellarte, no te concedes un respiro.

No tienes nada que hacer, ningún sitio adónde ir, siéntate y descansa.

Él se mesó el cabello y se dejó caer en la silla. Sara deseó enredarle los dedos en el pelo y alborotárselo aún más.

—¿De qué quieres hablar? ¿Por qué las mujeres siempre queréis hablar? —gruñó.

—¿Por qué los hombres no?

—Es una pérdida de tiempo.

—¿Por qué? —intentó verlo en la oscuridad, pero no era más que una silueta.

—Siempre queréis hablar de sentimientos. Una persona siente lo que siente, hablar no cambia nada.

—A veces sirve para aclarar las cosas, para abrir una puerta a la comunicación.

—Estoy frustrado y enfadado por el accidente —se puso en pie y fue a la escalera—. Harto de que mi hermano, mi médico, mi secretaria y todo el resto del mundo opine que debo descansar.

Enojado porque no me dijeras lo del niño en cuanto te enteraste. Y dolido porque te marcharas, y porque sigo sin saber qué esperabas de mí. ¿Crees que eso mejorará nuestra comunicación? —preguntó con sorna, volviéndose hacia ella.

—No puedes olvidar tu trabajo, estás obsesionado con él. Has dejado claro que te molesta tener que tomarte vacaciones. Lo que mejoraría nuestra comunicación sería que me dijeras por qué eres incapaz de relajarte. Por qué no puedes olvidar el trabajo tres semanas, recargar tu energía y volver después con más entusiasmo aún

—contraatacó ella.

—Ya discutimos eso la otra noche en el muelle y accedí a tomarme vacaciones contigo. Tenemos que hablar de nosotros. Quiero saber qué planes tienes para mi hijo.

—Una simple excursión no son unas vacaciones —aseveró ella, ignorando la última parte.

—Estoy bien. Descansado.

—Exceptuando los mareos y los momentos en los que te duele el brazo.

—¿Cómo sabes que me duele el brazo?

—Tengo ojos, abogado, te he visto tocártelo de vez en cuando. Y sé que los huesos rotos duelen al soldar. El descanso ayuda.

—Volvemos a lo mismo.

—No, me voy a la cama. Si vamos a madrugar, quiero dormir. Al menos tanto como me permita el bebé.

—¿El niño te despierta?

—A veces, él o ella se pone muy activo por la noche, me despierta y me cuesta volverme a dormir —explicó ella tras una leve pausa.

Alec se apoyó en la barandilla y la miró con atención, poniéndola nerviosa.

—¿Qué piensas hacer cuando llegue el bebé?

—Esa es una de las cosas que intento decidir durante estas vacaciones —replicó Sara lentamente—. Quiero lo mejor para nuestro hijo.

—Yo también. ¿Formo parte de tus planes?

—¿Quieres formar parte de ellos?

—¿Hace falta preguntarlo? Sara, perdí a uno de mis padres en la

infancia, no voy a permitir que un hijo mío sufra esa misma carencia. Sí, ¡quiero formar parte de su vida!

—¿Cuánto? No pienso permitir que el niño haga planes y luego sufra una desilusión cuando las cosas no salgan bien. Puedes venir a verlo siempre que quieras, pero solo contaremos contigo cuando aparezcas.

—No defraudaría al niño —protestó él.

—¿Cómo sé eso? A mí me defraudaste.

—No pretendía hacerlo —murmuró él tras un largo silencio.

—Y seguramente no pretenderías defraudar al niño haciendo planes y luego alterándolos por razones de trabajo. Pero ocurriría. Los niños crecen demasiado rápido para permitirlo. Quiero que solo tenga recuerdos felices de su infancia.

Él comenzó a enfadarse. Lo molestaba que lo viera así, como una fuente constante de decepción para su hijo o hija.

—Concédeme algo de crédito, Sara. No haría eso —el silencio que siguió le indicó que ella no lo creía—. Una visita a la semana no es suficiente. Quiero ver crecer al niño o niña, enseñarle cosas de la vida —siguió él lentamente. Había tomado parte en la creación de la criatura y también quería cumplir su papel mientras creciera.

—Entonces, ¿sugieres una custodia conjunta? ¿Estarías presente lo suficiente como para eso?

—Hay otras formas de hacerlo.

—¿Como volver a vivir juntos?

Alec la miró fijamente, preguntándose si eso era lo que deseaba. No era él quien se había marchado; al menos, técnicamente. Tenía que admitir que ella tenía cierta razón al decir que se había ido mentalmente. Se preguntó si podía cambiar, si podía trabajar menos y seguir en la cumbre.

—No te preocupes, Alec —Sara se detuvo junto a la puerta y lo miró—. En realidad, está todo planeado. Mi jefe ha accedido a lo que considero la situación ideal. Trabajaré unas horas al día y pasaré el resto del tiempo con el bebé. Hay una guardería en la oficina, así que lo cuidarán bien mientras trabajo. Ya organizaremos lo de tus visitas —abrió la puerta—. Hablaremos de eso otro día. Buenas noches.

Él se quedó en el porche. Oyó sus pasos en la escalera y después, nada. Solo la suave brisa en la copa de los árboles y el silencio de la

montaña.

Sara había mencionado volver a vivir juntos. Se preguntó si realmente era una opción.

A la mañana siguiente, muy temprano, Alec llamó a la puerta de su dormitorio.

Esperó un minuto y volvió a llamar, más fuerte.

—¿Qué? ¿Quién es? —su voz adormilada despertó sus recuerdos. Ella solía tardar en despabilarse, no era una persona madrugadora. Sin embargo, muchas mañanas cuando él se despertaba, lo estaba observando. Sintió la tentación de abrir la puerta y despertarla con un beso, pero su mano se detuvo en el pomo. Se preguntó si aún llevaba camisones transparentes o si eso era solo en honor a él. Sabía que tendría el pelo alborotado, y anheló verla, cálida y deseable. Intentó apartar esos pensamientos y se concentró.

—Sara, ¿sigue en pie lo de ir a pescar?

—Sí, claro. ¿Qué hora es?

—Algo más de las cinco. Pronto amanecerá, tenemos que estar en el lago para entonces.

—Estaré lista en cinco minutos.

La oyó moverse y, a desgana, se retiró de la puerta. Estaba vestido y preparado para ponerse en marcha. Podría ayudarla, elegirle algo de ropa y contemplar cómo se vestía. La puerta se abrió y Sara casi chocó con él.

—Oh. Buenos días. Solo tardaré un segundo —llevaba la ropa en los brazos y corrió por el pasillo hacia el cuarto de baño.

A Alec lo desconcertó descubrir que dormía con un camisón largo y suave que parecía adaptarse a cada curva de su cuerpo. Inhaló con fuerza, asombrado de que esa breve visión lo hubiera excitado. Deseó olvidarse de la pesca, llevarla a la cama y hacerle el amor todo el día.

Con el ceño fruncido, bajó a la cocina y preparó café. El fragante aroma invadió la cocina. Buscó el té de hierbas y le preparó una taza.

—Ya sé que dije que quería ir a pescar —dijo Sara, acercándose a tomar la taza que le ofrecía—, pero necesito tiempo para mentalizarme para estos madrugones.

¡Estoy de vacaciones!

Él se apoyó en la encimera y la observó. Sara dio un sorbo a la infusión y sonrió con placer. Rápidamente, preparó unos panecillos con queso y le ofreció uno.

—Esto nos dará ánimo. ¿Hace falta que llevemos comida para almorzar? —preguntó.

—No, volveremos antes. ¿Lista? —Alec estaba irritado consigo mismo. Le parecía bien compartir las tareas de la cocina con ella, pero deseaba compartir más que tareas. ¡Quería volver a la cama de Sara!

—Lista —replicó ella, dando un mordisco al panecillo—. Puedo llevarme esto y acabarlo de camino al barco.

La mañana era fresca, y el sol asomaba entre las colinas que había al este. El cielo empezaba a cambiar de color. Tomaron el sendero hacia el lago en silencio.

Ninguno de sus vecinos parecía estar en pie.

Había dos barcos amarrados al muelle. Alec, que llevaba los aparejos de pesca, eligió uno y se dejó caer dentro, haciendo equilibrios. Colocó las cañas a un lado y estiró el brazo para ayudar a Sara. Intentó agarrar su cintura, pero chocó con la enorme tripa. Ella soltó una risa cálida que lo reconfortó. Siempre le había gustado su risa, y la había echado mucho de menos.

—Me siento como una salchicha —dijo ella, apoyando las manos sobre sus hombros y bajando al bote. Comenzó a balancearse fuertemente y la sujetó con fuerza.

—Cuidado, no nos hagas volcar.

—No me atrevería. El agua está helada —se sentó en uno de los asientos y alzó la vista resplandeciente—. Esto es una gran idea.

Alec se acercó a popa y revisó el motor. El tanque de gasolina estaba lleno y el barco arrancó inmediatamente. El suave sonido se oyó muy alto en la quietud de la mañana.

—Vamos a despertar a todo el mundo —dijo Sara cuando empezaban a alejarse del embarcadero.

—No hace tanto ruido. Ninguno de los demás barcos te ha despertado otros días, ¿no?

Sara miró a su alrededor. Había al menos media docena de barcos sobre la cristalina superficie del agua. No los había oído. Cuando se detuvieron y Alec dejó el barco a la deriva, el sol había salido y hacía menos fresco.

—Nunca he pescado, así que tendrás que explicarme qué hacer —Sara se movió y el barco se balanceó—. ¡Uy! ¿Cómo hay que moverse?

—No hay que moverse. Dame esa caja azul, tiene las moscas. Te diré qué hacer.

Pocos minutos después las dos cañas estaban preparadas, en lados opuestos del barco. Sara, relajada, miraba el agua con clara expectación. A Alec le divirtió verlo.

Era obvio que esperaba pescar algo de inmediato. Los minutos pasaron y vio cómo su expectación disminuía y aumentaba su frustración. Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada.

—Estás riéndote de algo —lo miró fijamente, estrechando los ojos. Él asintió.

—¿De qué?

—Tienes aspecto de esperar que los peces salten al barco. Pescar es un proceso lento y largo. Relajante, ¿recuerdas?

—No estoy relajada. Me da miedo que el barco vuelque si me muevo. Temo que se me caiga la caña o que un pez me la arranque de la mano. Y otra cosa más: no tuvimos en cuenta la frecuencia con la que una embarazada necesita ir al cuarto de baño.

Él contuvo una sonrisa. La relajante mañana en el lago iba a durar bien poco.

—¿Quieres que volvamos ya?

—No —negó con la cabeza y lanzó una mirada fulminante a la caña—. Todavía aguantaré un rato. Pero creí que ya tendríamos algún pez. Pensé que podíamos hacer una fritura de pescado, como los Simpson. Devolverles la invitación.

—Relájate. Si nos damos tiempo, probablemente pesquemos tanto como el señor Simpson.

—Fantástico, el adicto al trabajo me ordena que me relaje.

Alec soltó una carcajada al oír su tono de voz. Ella lo miró con ojos chispeantes y sonrió. De repente, deseó tomarla entre sus brazos y besarla. Sentir el peso de su cuerpo, las nuevas formas y contornos que estaba aprendiendo a conocer. Besarla y olerla, sentirse conectado con ella. Inquieto, volvió la cabeza y justo entonces sintió un tirón en el sedal. Dejó al pez jugar un rato antes

de recoger carrete. Sara estaba tan excitada que temió que hiciera volcar el barco.

—¡Quédate quieta! —ordenó, tirando un poco más de la caña.

—¡Pero tienes un pez! ¡Sácalo! ¡Quiero verlo!

—Presta atención a tu caña. Podría picar alguno y la perderás si no tienes cuidado —advirtió.

—¡Tengo uno! —Sara soltó un grito—. ¡Tengo un pez! —casi botó sobre el asiento. El barco volvió a balancearse peligrosamente y Alec tuvo el convencimiento de que terminarían en el agua, con escayola y todo. Sacó el pez del agua, brillante bajo el sol, y lo echó al barco.

—Puaj, no dejes que me roce —gritó apartándose lo más posible. Durante un momento, olvidó su propia caña. Miró a su alrededor—. ¿Dónde vas a ponerlo? ¡No puedes dejarlo en el fondo del bote!

—Hay una nasa, ese contenedor de mimbre que hay en la proa. Pásamela.

Ella la recogió rápidamente y se la tiró.

—¿Cómo va el tuyo? —preguntó él, quitando hábilmente el anzuelo y guardando el pez.

—¡Oh, no lo sé! —Sara se volvió hacia la caña y comenzó a recogerlo. Un segundo después un pez colgaba del sedal, oscilando de un lado a otro.

—Échalo dentro —dijo Alec, casi riendo al ver su expresión de perplejidad.

Pescar con Sara no se parecía en nada a hacerlo con Wyatt. Ella giró y el pez casi le dio en la cara. Agachó la cabeza, alzó la mano y agarró el sedal. Un segundo después, estaba en la cesta con el otro.

—Tengo que volver —dijo Sara, dejado la caña en el barco y volviéndose hacia la proa.

—¿Ya te has cansado de pescar?

—No. Pero creo que tendré que pescar desde el muelle. Necesito volver, Alec, ahora mismo.

Regresaron y, el barco apenas había tocado el muelle cuando Sara se levantó de un salto y salió corriendo.

—Volveré enseguida —gritó por encima del hombro.

Él se preguntó qué harían después y si ese era el fin de su expedición de pesca.

Miró el reloj, aún era pronto. En el lago se veían más barcos que

antes. De repente, comprendió que deseaba volver a salir. Quería pasar la mañana vagueando en el agua, escuchando a Sara y viéndola pescar. Teresa debía estar a punto de llegar al trabajo pero, por una vez, no sentía ninguna urgencia por ponerse en contacto con ella.

Sara tenía razón. El sistema legal de Boston no se paralizaría por su ausencia.

Llamaría más tarde, cuando Sara se echase la siesta. Así no se enteraría. Aunque no importaba que se enterase, no le apetecía decepcionarla.

Observó el sendero, preguntándose cuánto tardaría en volver.

A la hora de almorzar, Sara estaba cansada y segura de que no volvería a ir de pesca durante un tiempo. Le habían gustado algunas cosas, como estar a la deriva, el ácido sentido del humor de Alec y el entorno idílico. Pero también había muchos inconvenientes: tocar los peces cuando les quitaba el anzuelo, el cuidado constante para no volcar el barco y los viajes de vuelta al muelle para hacerse cargo de sus necesidades corporales.

Alec no se había quejado ninguna vez, había regresado siempre que se lo pidió.

Incluso con la escayola, manejaba el barco como si llevara haciéndolo toda la vida.

La primera vez la sorprendió que estuviera en el muelle, esperándola. Su corazón dio ese vuelco, ya habitual. Empezaba a pensar que tener el pulso descontrolado era la norma cuando estaba cerca de él. Ya debería haber superado esa reacción. Se ofreció a quedarse en el muelle, pero él insistió en que no quería pescar solo.

Por supuesto, ella había hablado más que él. Cada vez que le hacía una pregunta, su respuesta duraba veinte minutos. No era raro que fuera tan buen fiscal; conseguir que los testigos hablaran debía resultarle facilísimo. Se preguntó si lo vería en acción algún día, no sabía por qué nunca había sacado tiempo para hacerlo.

Procuraría enterarse de cuando tenía un juicio; un día se sentaría al fondo de la sala y lo escucharía.

Pero tampoco deseaba pensar en el futuro. De momento se conformaba con la fantástica mañana que habían pasado.

—Estoy impresionada —le dijo mientras ataba la barca.

—¿Con mis habilidades marineras? —inquirió él sacando las

cañas y el pesado cesto.

—Sí, con eso también, pero más porque no has mencionado ni un caso en toda la mañana.

—Pensé en ellos cada vez que ibas al baño —dijo, dándole un golpecito en la barbilla—. Iré al hotel mientras te echas la siesta.

—Y yo, convencida de que te habías reformado —dijo ella simulando decepción. Emprendieron el camino hacia la cabaña y se encontraron con los Simpson.

—Vamos a pescar, espero que no hayáis acabado con los peces —dijo Paul Simpson.

—Pensé que había que ir a pescar muy temprano —comentó Sara, mirando a Alec con suspicacia—. Al menos eso me han dicho.

—También funciona —Paul se echó a reír—, pero estamos de vacaciones y no queríamos madrugar. Puede que ahora no piquen tanto, pero queremos pasar tiempo juntos, más que pescar.

—Buena suerte —les deseó cuando siguieron su camino—. Son muy agradables, ¿verdad? —dijo, mirándolos con cierta envidia.

—Creí que eso había quedado claro la otra noche, después de cenar. Son agradables, están enamorados y son un matrimonio feliz. Deben ser la excepción que confirma la regla —dijo Alec.

—Cínico.

—Realista.

—Wyatt y Elizabeth están enamorados y su matrimonio es feliz.

—De momento, ha durado dos años, ¿te parece un récord?

Sara percibió el tono provocativo de su voz y decidió no morder el anzuelo. Era demasiado doloroso, teniendo en cuenta que su matrimonio ni siquiera había durado eso. Cambió de tema.

—¿Vas a limpiar el pescado? ¿O a enseñarme cómo hacerlo?

—Yo lo limpiaré.

—Te observaría, pero tengo mucho sueño.

—Es todo este aire fresco y el sol.

—Quizá —aceptó, aunque podía deberse a que le había costado dormirse la noche anterior, tras hablar del niño: Anhelaba una familia perfecta y, en cambio, había llegado al punto de pensar en el divorcio. Hacía días que no pensaba en eso, y se preguntó si se estaría planteando inconscientemente la posibilidad de seguir casada.

—Ojalá hubiéramos pescado suficiente para invitar a los demás

—dijo, para dejar de pensar.

—Quizá mañana.

—Quizá no. No quiero levantarme al alba dos días seguidos.

—Entonces podemos subir hasta el prado y explorar esas cuevas.

—Me parece un buen plan. Te encantarán y podrás recapturar tu infancia.

Sustituiré a Wyatt como pirata.

—Me parece que no sería lo mismo —Alec le pasó un brazo por los hombros—.

Y que quede claro que no es una queja.

—Seré una gran pirata.

—Creo que te iría mejor el papel de cautiva. La bella dama secuestrada por una recompensa.

—¿Quién iba a pagarla?

—¡Ah! Si no consigo la recompensa, tendré derecho a propasarme contigo —hizo como si retorciera un bigote imaginario.

Sara se echó a reír, pero se le aceleró el pulso al imaginar cómo se propasaría Alec. Se quedó sin habla. Imaginó su boca sobre la de ella, sus manos recorriendo cada centímetro de su cuerpo. Inflamando, cautivando y enloqueciéndola.

Se olvidó de su sueño y de su cansancio. Sintió un cosquilleo de excitación en la piel y la sangre se le subió a la cabeza. Era una locura. Lo habían intentado sin éxito.

La expectativas de Alec eran muy distintas de las suyas, sus objetivos y sueños diametralmente opuestos. Solo les había mantenido unidos su compatibilidad física y no podía esperar que las cosas hubieran cambiado.

Cuando llegaron a la cabaña, Alec fue directo a la cocina, limpió el pescado, lo envolvió y lo guardó en la nevera. Sara lo miró un rato, pero el olor comenzó a darle náuseas.

Deseó que él dijera o hiciera algo que demostrara que ella también lo afectaba.

Pero no ocurrió, y subió a echarse la siesta. Se tapó con una manta ligera, se puso de costado e intentó ponerse cómoda y relajarse. Recuperar la cordura.

Pero la decepcionaba que él ignorase con tanta facilidad la divertida mañana que habían compartido. No había esperanza para adictos como Alec, pasara lo que pasara, el trabajo era lo primero.

Había aprendido la lección, ¿por qué se empeñaba en olvidarla?

Sara durmió mal y se despertó a última hora de la tarde, sin sentirse descansada. Se dio una larga ducha y se lavó el pelo; lo tenía tan corto que apenas tardaba en secarse. Después se sentó en el porche a disfrutar de la serena tarde.

Empezó a preguntarse cuándo volvería Alec. Frunció el ceño al comprender lo que hacía. Era autosuficiente. No le hacía falta él. Tenía libros, revistas y cosas que pensar.

Sin embargo, se quedó en el porche mirando la carretera y esperando el sonido del jeep, soñando despierta. Un rato después, casi a la siete, empezó a tener hambre.

Había pasado demasiadas noches esperando en vano que Alec regresara a una hora razonable.

Asó los filetes de pescado a la parrilla y preparó una ensalada y pan de maíz.

Cuando la cena estuvo lista, puso la mesa y se sentó a comer. La vista desde la ventana era preciosa, el sol parecía una bola de fuego, que se hundía tras los árboles.

Sintió una punzada de soledad, pero era lógico. Había pasado bastante tiempo con Alec últimamente y lo echaba de menos. Pensó que solo era compañía, alguien con quién hablar durante la cena, pero sabía que se estaba engañando.

Cubrió su plato y lo guardó. Podía calentárselo cuando regresara, si no había cenado en el hotel.

Alec abrió la puerta y se preparó para oír quejas y recriminaciones. El salón estaba vacío, y dos lámparas lo iluminaban suavemente. Se percibía un leve olor a pescado y se le hizo la boca agua. Fue a la cocina, estaba vacía y oscura.

No oyó ningún ruido y se preguntó si Sara había salido. Fue al salón y dejó el maletín, ignorando una punzada de desilusión. Había pasado más tiempo del previsto en la oficina del hotel. Esperaba que Sara lo regañara y se quejase. Que se enfureciera porque había vuelto a anteponer el trabajo al descanso. Aunque ella no lo entendiera, había tenido una razón válida y de peso.

Oyó un ruido en el cuarto de baño. Subió las escaleras. La puerta estaba cerrada, pero escuchó un tarareo.

—¿Sara? —llamó suavemente.

—Hola, Alec —la voz sonó alegre y vibrante—. ¿Necesitas usar

el baño? Saldré en unos minutos.

—No, acabo de llegar a casa y me preguntaba dónde estabas.

—Estoy dándome un baño de burbujas.

Alec apoyó la frente en la puerta, cerró los ojos e imaginó su piel rosada y reluciente, cubierta de burbujas. Le encantaría pasar las manos por su piel suave y cálida, apartar las burbujas y…

—… así que tendrás que calentarla, pero aún estará buena.

—¿Qué?

—La cena —alzó la voz—. En la nevera. Caliéntala. A no ser que ya hayas comido.

—No. ¿Hiciste el pescado?

—Sí. ¡Y salió delicioso! Ve a comer.

La cena estaba tan buena como ella había prometido. Sara siempre había guisado bien. Deseó haber estado allí cuando la preparó.

Cuando oyó la puerta abrirse, se puso alerta. Se preguntó si bajaría o si estaba lista para acostarse. Acabó de cenar y dejó el plato, sin apartar la vista de las escaleras.

Capítulo 8

Sara estaba relajada y de buen humor. Se planteó irse a la cama, pero aún era pronto y sabía que no se dormiría. Se miró en el espejo y decidió que estaba respetable como para presentarse ante Alec. La larga bata flotaba a su alrededor y la protegía del relente de la noche, además, su tono rosa profundo era muy favorecedor. Tenía el pelo húmedo, pero pronto se secaría.

Decidió no ponerse maquillaje ni pintarse los labios. No quería darle a Alec la impresión equivocada. Tomó aliento y bajó las escaleras.

—La cena estaba deliciosa —dijo él cuando la vio. Se levantó del sillón e indicó el sofá con un gesto. Ella consideró que era más seguro mantener la distancia y fue al otro sillón.

—Me alegra que te gustara. Estaba muy rica recién hecha. ¿Quedó bien al recalentarla?

—Mejor de lo que me merezco. Siento haber tardado tanto en volver.

—Son tus vacaciones y puedes pasarlas como prefieras —dijo ella con un leve gesto de indiferencia y voz tranquila. Orgullosa de sí misma, miró la chimenea y deseó haber encendido el fuego; las llamas habrían servido de distracción. Como estaban las cosas, le apetecía mirar a Alec, y no le parecía prudente.

—Se presentó algo inesperado.

—Mmm.

—¿Recuerdas que te dije que tengo un juicio cuando regrese? —ella asintió—.

Ha aparecido un testigo inesperado, que lo cambia todo. Estoy intentando coordinar la nueva estrategia desde aquí. Tuve que hablar con el asesor jurídico, con el abogado contrario y con el oficial de arrestos.

—¿Debilita tu caso? —preguntó ella, halagada porque condescendiera a comentarle su trabajo. Era algo que no solía hacer.

—Es posible —Alec le explicó la estrategia inicial y sus nuevos planes. De repente, calló—. Lo siento, esto debe resultarte aburrido.

—No, estoy fascinada. Antes pensé que me había perdido algo

bueno por no haberte ido a ver en acción. Ojalá lo hubiera hecho. Quizá pase por los tribunales un día —comentó. Estuvo a punto de soltar una carcajada al ver la expresión de asombro de Alec.

—Me gusta la ley, pero a veces resulta aburrida —dijo él.

—Haces que parezca excitante y entretenida. Seguro que eres fantástico en la sala de juicios.

—Dime cuándo vas a venir y me aseguraré de que tengas un asiento en primera fila.

—Puede que lo haga.

Se quedaron callados, mirándose a los ojos. Sara, inquieta volvió a sentir calor y excitación en la piel. El bebé se movió y rompió el hechizo. Estaba planteándose el divorcio; no tenía ningún sentido flirtear con Alec para pasar el rato. Sin embargo, ninguno de ellos había mencionado la odiada palabra. No era el momento adecuado.

—Creo que subiré a acostarme —necesitaba espacio, ver las cosas desde fuera.

En su presencia no hacía más que soñar con cosas que nunca podrían ser. Tenía que dejar de pensar que él la consideraba atractiva. ¡Estaba embarazada de ocho meses!

Ni siquiera un hombre locamente enamorado la encontraría atractiva a esas alturas.

Y Alec, ni en sus mejores momentos, había dado la impresión de estar locamente enamorado.

—¿Quieres cenar conmigo en el hotel mañana? He reservado una mesa. Oí decir que toca un buen conjunto. Podríamos quedarnos al baile.

Sara deseó aceptar. La idea la atraía, pero algo la detuvo. No era una cita, serían compañeros compartiendo una cena, y quizá un par de bailes.

—No sé…

—Di que sí. Tienes que comer, puedes dejar que otro cocine por una noche.

—Bueno. Sí, gracias —su comentario había acabado con todo romanticismo; Sara se preguntó si era posible ser más prosaico. Tenían que comer, ¿por qué no hacerlo en el hotel?

—Buenas noches —pasó a su lado y, por un momento, pensó que él estiraría el brazo y…

—Buenas noches, Sara.

A la mañana siguiente, Sara entró en la cocina y encontró a Alec en la mesa, ante lo que parecía un montón de cordel liado. El delicioso aroma a café flotaba en el ambiente.

—He preparado café —dijo él.

—Huele bien. Ojalá pudiera tomar uno. ¿Qué diablos es eso?

—Una hamaca. James vino hace un rato. Hilary y él vuelven a casa hoy.

Pidieron la hamaca al hotel el primer día, y es fantástica para vaguear a la sombra.

—Hace años que no utilizo una hamaca —dijo ella, llenando el hervidor de agua. Se sentó a la mesa mientras el agua se calentaba y tocó las suaves cuerdas—.

¿Sabes colgarla?

—Sí, James me enseño dónde están los ganchos —Alec alzó la cabeza—. Es para dos.

—Oh.

—Creí que debí mencionarlo, por si se te había ocurrido utilizarla a solas esta tarde.

—No te preocupes —hizo un ademán con la mano—. Tú estarás en la oficina del hotel. La tendré para mí sola.

—No estés tan segura. Tengo ganas de probar una hamaca. Mis abuelos tenían una y Wyatt y yo solíamos pelearnos por ella, hasta que planificaban turnos.

—Podríamos hacer eso, supongo.

—¿Planificar turnos?

Asintiendo, Sara le echó una ojeada. Sus ojos brillaban divertidos. Sonriendo, enarcó las cejas.

—¿No?

—De eso nada, cariño. A no ser que la uses de nueve a doce de la noche.

—¿Mientras tú lo haces de una a tres de la tarde?

—Eso me parece justo.

—Ni en sueños, Blackstone. Yo elijo primero, soy la que está embarazada.

—En conciencia, no puedo dejaros a ti y al niño solos en este artefacto. ¿Y si no puedes levantarte? Ya sabemos con qué frecuencia necesitas ir al baño.

—¡Eso es un golpe bajo!

—Podemos probarla después de comer.

—Quizá —dijo ella. Pensar en los dos, juntos en la hamaca, casi la hizo olvidar el desayuno. Sara fue a la nevera y sacó huevos, espinacas y queso. Se prepararía una tortilla y dejaría de pensar en compartir una hamaca.

—¿Qué quieres hacer esta mañana? —preguntó Alec, observándola cocinar.

Ella, consciente de su mirada, se puso nerviosa.

—No sé. ¿No tienes cosas que hacer?

—Hoy no. He puesto en marcha las investigaciones necesarias para el juicio; ahora he delegado y otros se ocuparán del trabajo preliminar.

—¿He oído bien? ¿Has delegado? —Sara se volvió hacia él, atónita. Él asintió con la cabeza.

—¿Qué te parece probar la barca a pedales? Ayer nos fue muy bien con la de remos.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Sara una hora después, estudiando la ligera barca a pedales. Los asientos iban de lado a lado, y los pedales que propulsaban los remos de la parte de atrás, estaban en el suelo. Había un juego por asiento.

—He visto a gente utilizarlas toda la semana. Ninguna ha volcado.

—Caer al agua no me parecería divertido —dijo ella dubitativa. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió—. Probemos.

Cuidadosamente, se sentó en el asiento más alejado del muelle. Un momento después, Alec se sentó a su lado. Estaban bastante apretados. Sus caderas y muslos se tocaban. Los hombros de él parecían demasiado grandes y ella contuvo el aliento. No iba a salir bien.

—Bueno, vamos —dijo él, tirando el cabo al muelle.

Despacio, Sara comenzó a pedalear. Él se movió y el barco se bamboleó de lado a lado.

—¡Cuidado! —gritó ella, sintiendo un salpicón.

—Es demasiado estrecho —le pasó un brazo por los hombros y se acomodó—.

Creo que lo diseñaron con gente más pequeña en mente.

—Aun así, es divertido —comentó ella.

Poco a poco se alejaron del embarcadero. El sol brillaba sobre el

agua y los altos abetos y pinos que bordeaban el lago se silueteaban contra el cielo azul. Una suave brisa ondulaba la superficie del agua, refrescando la intensidad del sol.

Sara pensó que hacía un día perfecto. Comenzaron a pedalear juntos. Se rio con las tonterías que decía Alec y, en el fondo, disfrutó de la proximidad de su cuerpo, del brazo que tenía sobre sus hombros y del roce de su pierna cuando pedaleaban.

—Wyatt y Elizabeth se han perdido unas vacaciones fantásticas —dijo ella cuando, un buen rato después, giraron para volver al embarcadero.

—¿No envidias su viaje a Europa?

—No, esto es más divertido. Hablo el idioma, en tiendo la moneda y no tengo que hacer y deshacer maletas cada día. Ojalá tuviera aún más tiempo. Parece que los días se van volando.

—Aún nos quedan unos cuantos.

Ella asintió. La única nube en el horizonte era que las vacaciones llegarían a su fin. Se preguntó si volvería a ver a Alec y si él realmente se interesaría por ella y por el niño. Sería triste que se vieran envueltos en la vorágine de sus propias vidas y no tuvieran tiempo el uno para el otro.

—¿Estás bien? —preguntó Alec.

—Claro —olvidó sus negros pensamientos y sonrió—. Esto es muy divertido, sabía que lo sería —no hubo respuesta y Sara se volvió. Alec la miraba fijamente—.

¿Lo estás pasando bien? —le preguntó con suavidad.

—Sí, Sara, lo estoy pasando bien —lentamente, se acercó aún más a ella.

Cuando sus labios tocaron los suyos, ella cerró los ojos para disfrutar de la maravillosa sensación. Dejaron de pedalear y el beso siguió y siguió. Sara deseó que no acabara nunca. De pronto, Alec se apartó, abrió los ojos y los cerró.

—O tienes una extraordinaria capacidad de enloquecer mis sentidos, o acaba de empezar otro de esos malditos mareos —se echó hacia atrás, agarrándose a Sara.

—Me encantaría ser culpable, pero lo dudo —dijo ella—. ¿Has traído medicina?

—No. Hace un par de días que no tengo problemas. Pensé que me había librado de ellos.

—¿Puedes pedalear? Tenemos que volver.

Apretando los dientes, entreabrió los ojos y asintió. Pedalearon lentamente de vuelta. Sara era consciente de la tensión de su rostro. Cuando llegaran al muelle aún tendrían el problema de volver hasta la cabaña.

—Casi hemos llegado. ¿Podrás salir? ¿Quieres que vaya a buscar al señor Simpson para que te ayude? —le preguntó cuando se acercaban.

—No necesito ayuda.

Sara pensó que era la típica reacción masculina. Pero, si hacía falta, iría a buscar ayuda de todas formas.

Alec consiguió bajar de la barca mientras ella la sujetaba. Dos segundos después, había atado el barco y estaba de pie a su lado. Lo agarró del brazo y lo encaminó hacia el sendero.

—Puedo apañarme —dijo él.

—Lo sé, solo estoy aquí por si me necesitas.

—¿Qué vas a hacer si me caigo? ¿Servir de cojín?

—Alec esbozó una sonrisa sardónica.

—No vas a caerte. Vamos, cuando lleguemos a la cabaña puedes tumbarte y tomar una pastilla.

—¡Odio esto! —gruñó él.

—Te creo —Sara sabía que odiaba cualquier cosa que ralentizara su ritmo. A Alec le gustaba estar al mando, tener el control. Pero era humano y debía permitir que su cuerpo se recuperara.

Andaba como si estuviera borracho, tambaleándose, a pesar de que se apoyaba en el hombro de Sara.

Ella se alegró de estar con él, aunque supuso que lo molestaba necesitar su ayuda. Era tan orgulloso que, si tenía un ataque estando en el hotel, tardaría horas en pedir ayuda.

Cuando llegaron a la cabaña, lo dejó en el sofá y subió a su dormitorio a buscar las pastillas. Unos minutos después, satisfecha de que se recuperaría tras descansar un rato, fue a la cocina. Prepararía una comida ligera y le preguntaría a Alec si quería comer. Ella estaba hambrienta, y tema las piernas cansadas de pedalear.

Alec insistió en sentarse a la mesa para comer. Preocupada, Sara lo observó mientras comía, hasta que el protestó.

—Estoy bien. No necesito una enfermera.

—Probablemente necesitas más descanso. Puedes aprovechar el primer turno en la hamaca.

—No necesito el primer turno. Tú eres la que suele dormir la siesta, úsala tú.

—Puedo echarme después, o utilizar la cama —replicó ella. Alec movió la cabeza con impaciencia, después la miró entrecerrando los ojos.

—Es para dos.

—Y seguro que descansaremos un montón si la compartimos —se mofó ella, que no había olvidado uno solo de sus besos.

Se preguntó cómo sería dormir junto a Alec de nuevo. ¿La rodearía con un brazo, como solía hacer? ¿Se acurrucaría? ¿O se daría la vuelta y empezaría a roncar?

Casi soltó una risa al imaginárselo. Alec nunca había roncado. Lo más probable era que la abrazase y la besara, que sus manos recorrieran su cuerpo…

Intentó ignorar el torbellino de ideas. Estaba recuperándose de un accidente grave, y ella necesitaba descansar por la tarde. Las siestas eran un auténtico lujo, que acabaría cuando naciera el niño y volviera al trabajo.

—Bueno, de acuerdo —aceptó—. Pero solo si descansamos.

—¿Qué otra cosa podríamos hacer?

Estuvo a punto de contestar, pero el brillo de sus ojos le indicó que sabía exactamente a qué se refería. Cerró la boca y se concentró en la comida. Un minuto después, comprendió que él no había accedido a descansar; contestar con una pregunta podía ser una estratagema. Expectante, decidió arriesgarse en vez de arrancarle una promesa.

Colgaron la hamaca entre los árboles. Era muy ancha y, una vez colgada, quedaba a medio metro sobre el suelo. Sara la miró dubitativa.

—No sé.

—Yo subiré primero —Alec se sentó en el borde, después se echó hacia atrás y levantó las piernas. Se movió cuidadosamente hacia un lado y dio una palmada en el sitio que quedó libre, mientras la hamaca oscilaba suavemente.

Había sitio de sobra para los dos. El olor a pino perfumaba el aire y todo estaba en calma. Sara se acercó para sentarse.

—No tan cerca del borde, échate hacia atrás —advirtió Alec.

Pero ella no estaba tan ágil como de costumbre y se dejó caer justo al borde. La hamaca se desequilibró y ella acabó en el suelo de un golpe, Alec le cayó prácticamente encima. Sorprendida, vio su expresión de asombro y se echó a reír.

—Te parece divertido, ¿no? —preguntó él, empujándola sobre las agujas de pino y empezando a besarla. Sara alzó los brazos y rodeó su cuello, tirando de él hasta que lo tuvo encima. Abrió la boca y lo besó con toda la pasión reprimida durante meses.

De pronto supo por qué el día era perfecto: Alec estaba con ella. Estaba enamorándose de él otra vez. Su mera presencia hacía que todo pareciera más brillante, más placentero.

Intentó apartarse, pero él no lo permitió. Su lengua jugueteaba en su boca, provocándole escalofríos de excitación. Su recio pecho la oprimía y deseó acariciar sus músculos, sentir el calor de su piel, comprobar que él también sentía la fuerza salvaje que le provocaba su beso.

Él se movió y se miraron a los ojos. No hablaron, pero no hacían falta palabras.

Ella deseó capturar el momento, atraparlo, mantenerlo a salvo del exterior ¿Por qué no podían seguir en un mundo de dos para siempre?

—¿Estás bien? —preguntó él. Sara asintió.

—Siento que te hayas caído. No te has hecho daño en el brazo, ¿verdad? —inquirió, apartando las manos. Él hizo un gesto negativo.

—Las hamacas requieren una técnica —se puso en pie con un movimiento ágil y se inclinó para ayudarla—. Cuando te sientes debes asegurarte que lo haces lejos del borde, para no desequilibrar el centro de gravedad.

Sara asintió, preguntándose cómo podía hablar. Tenía el corazón desbocado, la piel ardiente y su sangre fluía tan rápido que estaba arrebolada. Él, en cambio, hablaba como si nada hubiera ocurrido. Se preguntó si besaba así a todo el mundo.

Entonces percibió su respiración agitada, casi tanto como la suya. Sintió una oleada de satisfacción. Aun que pareciera impertérrito, el beso lo había afectado.

¡Había justicia en el mundo!

Siguiendo sus instrucciones, Sara consiguió subir a la hamaca sin más incidentes. Se tumbó junto a Alec y observó el cielo entre las ramas. Era demasiado consciente del hombre que tenía al lado para sentir sueño. No se creía capaz de dormir pero, sin embargo, sus ojos se cerraron.

Cuando Sara se despertó, tenía la cabeza apoyada en el hombro de Alec, y un brazo sobre su pecho. Sus estómagos se tocaban y Alec la tenía sujeta sin apretarla. Se quedó quieta, intentado descubrir cómo había llegado a esa posición. El aroma de Alec se mezclaba con el de los pinos y la dulce fragancia de flores que traía la brisa.

El pausado ascenso y descenso de su pecho indicaba que estaba profundamente dormido.

Temiendo despertarlo, o caerse, se relajó. Hacía mucho tiempo que no estaban así. Era agradable. Intentó grabar cada detalle en su mente. Antes no había sabido valorar el tiempo que pasaban juntos. Ahora que no tenían un futuro deseaba capturar cada segundo; saborearlo y atesorarlo. No quería repetir los errores de la primera vez, ni soñar con un futuro brillante.

Aparentemente, eso no le impedía amarlo, ni admirar su fuerza y dedicación.

No le impedía desear la luna. La dura realidad no tardaría en hacer su aparición, así que decidió disfrutar de la tarde. Cuando se separaran tendría que enfrentarse al problema de volver a enamorarse de un hombre que no la amara lo suficiente. Pero no era el momento de pensarlo.

El niño se movió, golpeando a Alec. Aunque Sara no tuviera un futuro con él, tenía al bebé. Y le ofrecería la mejor familia posible, aunque estuvieran solos.

Enseñaría a su hijo o hija a amar profundamente y a asumir el riesgo.

—¿Estás despierta? —la pregunta la sobresaltó, y dio gracias a Dios porque no pudiera leerle el pensamiento. Asintió y frotó la mejilla contra su hombro, sin ganas de moverse, sin querer que acabara ese momento tan especial.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás mareado?

—En absoluto.

Pasaron unos minutos y Sara sonrió. No se movieron y pensó

que Alec quizá estaba disfrutando tanto como ella. Quizá también lamentaba que su matrimonio no hubiera funcionado.

—¿Sigues interesada en la cena y el baile esta noche? —preguntó Alec.

—¿No prefieres quedarte en casa? ¿Y si te diera otro mareo?

—Ya he hecho la reserva. Los ataques cada vez son menos frecuentes. Dudo que tenga otro hoy.

—De acuerdo, entonces. Me encanta la idea.

El hotel parecía ajetreado y ruidoso tras la tranquilidad de la cabaña. Aunque no estaba lleno, más de la mitad de las mesas estaban ocupadas. Un conjunto musical tocaba música suave. La comida estaba deliciosa y Alec no dejaba de fascinarla.

Compartieron historias sobre sus vacaciones y la entristeció tener tantas que contar, mientras que las de él se limitaban a su infancia.

—Necesitas ir de vacaciones más a menudo —le dijo.

Él se frotó la barbilla y asintió lentamente. Recorrió la sala con la mirada.

—Estas están saliendo mucho mejor de lo que esperaba. Quizá sea por la compañía.

—Las vacaciones son más divertidas cuando se comparten —corroboró Sara, resplandeciente.

Cuando acabaron de cenar, había algunas parejas bailando.

—¿Te apetece probar? —sugirió él, indicando la pista de baile.

—Claro que sí.

—Podemos tomar el postre después.

—Yo no quiero nada. Estoy llena.

Él se puso en pie y a Sara la impresionó lo guapo que estaba con la cazadora oscura y pantalones y camisa blancos. Ella llevaba un vestido de verano, el más elegante que tenía en el armario. Las sandalias eran planas, ya que, en su estado, los tacones le resultaban incómodos.

Se movía en sus brazos como si hubieran bailado miles de veces. Era extraño, porque solo recordaba haber bailado con él una noche. Ignorando la escayola, se apretó contra él y se dejó llevar por el ritmo de la música y la fantasía de un futuro que se le había escapado de las manos.

—Nunca me has dicho dónde aprendiste a bailar tan bien —

comentó Sara mientras la guiaba por la pista—. Creí que eras un abogado acérrimo, que nunca pone el pie fuera de la biblioteca legal.

Él sonrió, y a ella le temblaron las piernas; tuvo que hacer un esfuerzo para no pisarlo.

—Aprendí en la universidad. Pensé que podía resultar útil para ganar puntos con la mujer del jefe en las reuniones sociales.

—Siempre pendiente de las oportunidades, ¿eh? —se burló ella.

—¿No es así como se progresa?

—¿Para qué quieres progresar?

—¿Qué quieres decir? Ese es el sueño americano, progresar.

—Pero, ¿para que? ¿Que harás cuando hayas progresado? ¿Y cuándo será eso?

¿Cuando tengas noventa años y seas demasiado viejo para disfrutar? O el año que viene, cuando seas millonario? ¿Cuando acaba? —insistió ella Él tardo unos minutos en contestar.

—Lo sabré cuando lo vea —replico finalmente.

—Creo que se ha convertido en un hábito Y no pararás nunca.

—¿Por qué habría de hacerlo? Me gusta lo que hago.

—Pero es limitado, ¿no crees? Es decir, trabajas todo el tiempo, incluso aquí.

—Creo que, en este tema, vamos a tener que aceptar que estamos en desacuerdo

—dijo él. La música se detuvo y la soltó. Ella asintió, lamentando que él se perdiera tantas cosas de la vida.

A Alec le disgustó su comentario. Las cosas iban exactamente como él deseaba.

Al menos la mayoría. Mientras volvían a la mesa, la observó: con la cabeza alta, era grácil y elegante.

Reconoció que lo estaba pasando muy bien. Finalmente, había aceptado que debía descansar y había concedido más autonomía a sus ayudantes. El tiempo diría si había sido buena idea.

Sus vacaciones forzadas estaban a punto de acabar. Tres días después tenía cita con el médico, en Boston. Después, no pensaba volver. Si el médico insistía en que siguiera descansando, lo haría en su apartamento.

De repente, comprendió que la idea no le atraía lo más mínimo. No habría una mujer entusiasta y de ojos brillantes para compartir

las horas libres. Ni lago para pasear o mirar desde el porche. Ni peces que pescar.

—He cambiado de opinión —dijo Sara cuando llegaron a la mesa—. Tomaré ese postre de chocolate —indicó con un gesto la mesa de al lado. Él llamó a un camarero y pidió.

—No debería —dijo ella, con ensueño. Por un instante, Alec casi sintió celos del pastel. Deseó que Sara lo mirara así a él, al menos una vez más—. ¡Pero me encanta el chocolate! ¿Quieres compartirlo?

—Sí —quería compartir el pastel y también su despreocupación y felicidad. Por primera vez en años, el trabajo quedaba en segundo plano.

Impaciente, Alec esperó el postre, tomó su mitad de un par de bocados y, en cuanto Sara terminó, la llevó de nuevo a la pista de baile. Le gustaba tenerla entre sus brazos, moverse con ella al ritmo de la música. Quizá debería dar un paso más hacia la intimidad; ella aceptaba sus besos. Más que aceptarlos, su boca era una delicia y le respondía con pasión.

—¿Lista para regresar? —preguntó, poco después, al notar que ella parecía agotada.

—Sí. Estoy muy cansada. A pesar de la siesta, creo que el pedaleo de esta mañana y el baile han acabado conmigo.

Minutos después un jeep los llevaba de vuelta a la cabaña. Alec dio una propina al conductor y le ofreció la mano a Sara para subir las escaleras. El jeep desapareció tras la curva y los envolvió la oscuridad. Alec recordó la mañana de su llegada. Nada había resultado como esperaba.

—Encenderé la luz —dijo, abriendo la puerta.

—Me voy arriba —comentó ella—. Lo he pasado muy bien. Gracias.

Él asintió. Parecía exhausta. No era el mejor momento para explorar la posibilidad de una mayor intimidad. Esperaría. Aún tenían tres días antes de que se marchara.

—Buenas noches.

La vio subir las escaleras y miró el reloj. Era demasiado tarde para volver al hotel a trabajar, y también para llamar a su secretaria. Decidió intentar leer; Wyatt, siempre optimista, le había dado varios libros de aventuras. Inquieto, subió a su dormitorio, se

puso unos vaqueros y buscó un libro. No se oía nada en el dormitorio de Sara y se preguntó si ya estaría dormida.

Salió al vestíbulo y llamó suavemente a la puerta. Giró el pomo y la entreabrió.

Estaba en la cama, profundamente dormida. De costado, tenía una mano bajo la mejilla, igual que cuando estuvieron de excursión. Le recordó el momento en que se había despertado en la hamaca y ella tenía la cabeza apoyada en su hombro.

Entonces debió atraerla hacia sí, besarla hasta quitarle el sentido, y ver qué ocurría.

Ahora tendría que esperar, y a Alec no le gustaba esperar.

Sara se sintió rara al despertarse. El sonido de la lluvia en el tejado casi la hizo gemir. ¡Se encontraba mal y encima llovía! No podría dar un paseo para aclararse la cabeza. Se preguntó qué harían Alec y ella en cerrados en la cabaña todo el día.

Se había dormido inmediatamente la noche anterior, pero se despertó alrededor de las tres y le resultó imposible volver a conciliar el sueño. Había pensado en Alec y en sus sentimientos. No entendía por qué había vuelto a enamorarse de él cuando seguía anteponiendo el trabajo a todo lo demás. Era una estúpida.

Cuando bajó la escalera supo que la casa estaba vacía. Miró por la ventana.

Todo parecía gris, triste y frío. Tiritando, fue a la cocina a prepararse algo de comer.

Había una nota apoyada en el hervidor de agua. La caligrafía era dura y decidida, justo igual que su autor. Tiró la nota sobre la encimera. No era ninguna sorpresa, había ido al hotel para trabajar. Sara supuso que el inesperado cambio en el caso, le obligaba a mantenerse en contacto.

Alec sugería que fueran a ver una película esa tarde. Sara frunció el ceño. No quería abandonar el centro de recreo. Le gustaba estar aislada de la vida diaria. Ya tendría tiempo de volver a sus actividades habituales cuando se acabaran las vacaciones. Solo le quedaba una semana.

Se preparó unas tostadas y decidió que le vendría bien dedicarse el día. Intentar aclarar sus sentimientos por Alec y hacer planes de futuro.

Alec volvió a última hora de la mañana. Había dejado de llover.

El sol brillaba en los árboles, destellando en las gotas de agua y provocando una nube de vapor.

—Al final se ha arreglado el día —dijo Alec, entrando en el salón. Sara alzó los ojos del libro y asintió—. ¿Pasa algo? —preguntó él.

—No, nada —ella sonrió alegremente.

—¿Quieres ir al cine? —Alec dejó el maletín y el ordenador y se sentó en una silla.

—No, gracias, hoy no.

—Sí pasa algo —Alec la miró fijamente. Ella negó con la cabeza —. ¿Estás enfadada porque me fui esta mañana? —ella volvió a negar—. Entonces, ¿qué pasa?

—No ocurre nada —se encogió de hombros y deseó que su sonrisa no pareciera tan falsa como la sentía—. Estoy cansada. Tengo las piernas doloridas de pedalear ayer. Voy a quedarme en casa y descansar.

—Si no te apetece salir, no salgas —dijo él tras estudiarla durante unos minutos

—. Yo no voy a salir solo.

—Hace buen día, ¿por qué no das un paseo o vas a preguntarle al señor Simpson si quiere ir a pescar? —sugirió ella.

—No es mala idea. O podría explorar esas cuevas ¿Estás segura de que no quieres venir?

—Hoy no. Voy a comer y después descansaré —replicó ella. Estaba cansada del ejercicio y había dormido poco, pero, sobre todo, quería mantener cierta distancia con Alec. Temía hacer alguna estupidez, como desvelarle sus sentimientos. Lo último que deseaba era que sospechara el torbellino que había en su interior.

Capítulo 9

A pesar de que había sido sugerencia suya, cuando Alec salió después de comer, se sintió abandonada. Lo vio ir hacia el bosque e inmediatamente comenzó a echarlo de menos. Pensó que podía haberle insistido una vez más, pero aun así, no habría ido. El sendero parecía resbaladizo tras la lluvia, y no estaba para retos.

Realmente deseaba descansar.

Fue al dormitorio y se durmió, pero el niño la despertó con una especie de danza salvaje. Leyó hasta que el bebé se tranquilizó de nuevo, aunque se le cerraban los ojos.

Cuando se despertó había anochecido y la lluvia golpeteaba contra el tejado.

Había dejado la puerta abierta y el resto de la casa estaba a oscuras. Se preguntó si Alec, al encontrarla dormida, había ido a trabajar al hotel, pero le pareció improbable. Le habría dicho que no volvería a cenar y habría dejado una luz encendida. Quizá se había ido antes de que oscureciera, y le había dejado una nota.

Se levantó y bajó. Encendió la luz, tiritando. Hacía fresco. La lluvia azotaba los cristales. Buscó una nota, pero no la encontró. Sintió una punzada de preocupación.

¿Dónde estaba Alec?

Recorrió la cabaña en menos de dos minutos, sin encontrar rastro de él. Miró al exterior pensando que no podía seguir de paseo. Eran más de las ocho y oscuridad era total. Debía haber ido al hotel y perdido la noción del tiempo.

Fue al teléfono para llamar a recepción. Pediría que lo llamaran por el altavoz.

Se encontró con el silencio, no había línea. Aunque él hubiera intentado llamarla, no se habría enterado.

Decidió prepararse algo de comer. La lluvia caía sin cesar y a las diez Sara empezó a preocuparse de verdad.

Abrió la puerta de entrada. El aire era húmedo y frío. Cualquiera enfermaría estando fuera con ese tiempo, sobre todo si no podía resguardarse y no tenía ropa cálida.

Rememoró la escena de Alec alejándose. Llevaba una camisa de algodón, vaqueros y zapatillas deportivas. Y una mochila con agua

y unos tentempiés. Ni chaqueta, ni sombrero, ni protección contra la lluvia. ¿Le habría sorprendido la tormenta? O, peor aún, ¿se habría mareado, cayendo y haciéndose daño?

Cerró de un portazo. No sabía qué hacer. Se puso una chaqueta y fue a la cabaña de los Simpson. Quizá su teléfono funcionara. O quizá lo habían visto volver e ir al hotel.

La casa estaba a oscuras. Llamó a la puerta y esperó con impaciencia, anhelando una respuesta. Probó la puerta, estaba abierta y entró. La cabaña era igual que la suya, así que localizó rápidamente el teléfono y lo descolgó. Tampoco había línea.

Volvió casi corriendo a su cabaña. Al entrar, vio el ordenador en el suelo, junto al sofá. Alec no habría ido al hotel sin llevárselo.

Tenía dos opciones: intentar encontrar a Alec, o caminar hasta el hotel y pedir ayuda. Pero los rastreadores no sabrían dónde buscarlo. Se preguntó si tenía la suficiente energía para andar hasta el hotel y después colaborar en la búsqueda. El bebé dio una patada y se acarició suavemente el vientre.

—La caballería al rescate. Es cosa nuestra, bebito. Tenemos que encontrar a tu papá.

En menos de diez minutos, llenó una mochila con mantas, ropa seca para Alec, una chaqueta y un botiquín de primeros auxilios. Preparó un termo de café y unos sándwiches. Se puso la ropa más cálida que tenía y una chaqueta, se tapó con una bolsa de plástico y se puso un gorro. Estaba tan abrigada como era posible. No había pensado en ropa para la lluvia cuando hizo las maletas para sus vacaciones. Había varias linternas en la cabaña y recogió todas. Dejó una nota a Alec, por si volvía antes que ella, y se puso en marcha.

Cinco minutos después, Sara comprendió que el sendero era mucho más difícil de seguir en la lluvia y la oscuridad, que en una tarde soleada.

El sombrero protegía su rostro de la lluvia, pero el viento era muy incómodo.

La linterna no daba mucha luz; el barro y las agujas de pino empapadas la absorbían.

Pero siguió adelante.

—¡Alec! —Sara lo llamaba con frecuencia. Tropezó una vez y bajó el ritmo. No podía permitirse caer, pero tenía que seguir.

Empezó a tener miedo. La lluvia era implacable y los árboles se movían amenazadores. Pero Alec estaba allí y sabía que él la habría buscado. No podía ni quería hacer menos.

—¡Alec!

Se preguntó a qué distancia estaba el prado donde habían comido, y si habría llegado hasta las cuevas. Supuso que habría emprendido el camino de vuelta cuando empezó a llover. Aunque también era posible que hubiera pensado que la tormenta pasaría pronto y estuviese a salvo, resguardado en una cueva.

—¡Alec! —Sara siguió andando. La mano con la que sujetaba la linterna temblaba de frío. El viento hacía que la lluvia se le metiera por el cuello de la chaqueta, por mucho que intentaba evitarlo. Resbaló dos veces, cayendo de rodillas.

Pero no se detuvo. Su miedo por Alec se incrementaba a cada paso.

—¡Alec!

—¿Sara? —su voz sonó débil. Sara casi rompió a llorar de alivio.

—¿Dónde estás? —siguió andando un poco más. No veía más allá del círculo de luz ante sus pies—. Alec, ¿dónde estás? —alzó la linterna y dibujó un círculo, esperando que viera la luz.

—Te veo. Ten cuidado, está resbaladizo. Ve hacia la izquierda.

Ella subió por la senda, resbalando y apartándose cuando se acercaba demasiado a las rocas y piedrecillas entre las que corría el agua.

—Te estás acercando —llamó su voz. Cinco minutos después, Sara se detuvo.

Había rocas y piedras a su al rededor—. Estoy a tu derecha, Sara. Pero ten cuidado, todo está mojado.

Ella movió la linterna y lo vio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras subía entre las rocas, ayudándose con ambas manos.

—Tuve uno de esos malditos mareos, perdí pie y me caí. Me he torcido el tobillo —miró más allá de ella—. ¿Estás sola?

La preocupación de Sara se convirtió en una explosión de alivio.

—Claro que estoy sola. ¿A quién esperabas que encontrase por el camino?

—¿Qué diablos haces aquí con este tiempo y en tu estado? ¡Podrías haberte hecho daño!

—¡Estaba preocupada! —sorteó las rocas con cuidado, se acercó y lo iluminó con la linterna.

—A veces, Sara, necesitarías un guarda. ¿Por qué no pediste ayuda en el hotel?

—Intenté llamar, pero no hay línea. Hubiera tenido que andar hasta allí, no sabía si lo conseguiría y era posible que tú estuvieras más cerca de la cabaña.

—Maldita sea, no puedo creer que hayas venido hasta aquí.

—¿Qué querías que hiciera? —se arrodilló junto a él y cayó en sus brazos—. Los Simpson no están, y la otra cabaña sigue vacía. Solo pensé que no podía dejar al padre de mi hijo aquí, empapándose y sin chaqueta.

—Ha sido una estupidez —la abrazó con fuerza.

—¿Estás seguro de que solo es una torcedura de tobillo? ¿Te has golpeado la cabeza? ¿Estás congelado?

—Me apañaré. ¡Podrías haberte caído! Además has puesto al niño en peligro.

—Tengo algo de frío, pero estoy perfectamente. En serio. He tenido mucho cuidado. Vamos, tenemos que volver a la cabaña. Si te apoyas en mí, ¿podrás andar?

—No mucho —se levantó, haciendo equilibrios sobre el pie izquierdo.

Despacio, se apoyó en Sara. Ella se preparó para aguantar su peso. Tenían que cruzar las rocas y después el sendero embarrado, bajo la lluvia. Era imposible que lo consiguieran sin sufrir otro percance.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Alec, tocando la mochila. No había acabado de regañarla por su irresponsabilidad, pero podía esperar hasta después. Ya estaba hecho y, tenía que reconocerlo, le había impresionado su determinación por ayudarlo. Siempre había sido una mujer muy leal.

—Una manta, café caliente, comida.

—Llevo horas pensando en algo caliente. No vamos a conseguir regresar esta noche, Sara. Las cuevas están cerca. Es mejor que nos resguardemos de la lluvia y del frío. Si tenemos suerte, encontraremos algo de leña seca para hacer fuego.

Fue difícil sortear las rocas. Alec sabía cómo llegar a las cuevas, pues había estado allí esa tarde. Lentamente, llegaron a la más

cercana. Una vez dentro, soltó a Sara y se dejó caer en el suelo con un gruñido.

—¿Estás bien? —preguntó ella, arrodillándose a su lado y poniendo una mano en su brazo. No tenía ni idea de qué hacer si no era así.

—Lo estaré enseguida. ¿Y ese café? ¡Estoy helado!

—Tengo más que café —replicó ella con aire de suficiencia, abriendo la mochila.

Mantas, termo y calcetines cayeron al suelo. Le dio el termo y después reunió su ropa.

—Te traje ropa seca.

—Eres una mujer sabia, Sara Blackstone.

—La hipotermia es peligrosa, incluso en verano. Y hoy hace un frío endiablado.

Alec se quitó la camisa y se puso la seca. Mientras la abotonaba, ella intentó desatarle los cordones.

—No te molestes, me los quitaré atados.

—¿El del pie herido también?

—Si tuviéramos tijeras podríamos cortarlos.

—Andarás mejor mañana si no vas perdiendo las zapatillas —murmuró ella—.

Ya está. Una lista. Ojalá hubiera más luz.

Él sujetó la linterna mientras le desabrochaba la otra zapatilla y se la quitaba con suavidad. Tocó suavemente el calcetín frío y húmedo y frunció el ceño.

—Tienes el tobillo hinchado.

—Pero no demasiado. Seguramente el calcetín frío y mojado ha evitado que se hinchase.

—Cámbiate de ropa mientras busco leña —sugirió ella. Encendió otra linterna y miró el interior de la cueva. Fue de un lado a otro, recogiendo palos, ramitas y agujas de pino. Oyó el ruido de la ropa y deseó ayudarlo, pero sabía que Alec insistiría en que podía valerse solo.

—Ya estoy vestido. ¿Has encontrado algo de leña? —su voz sonó divertida. Ella alzó la cabeza, estaba bastante lejos. La cueva era mucho más grande de lo que había pensado. Cargada con su botín, volvió al círculo de luz.

La ropa húmeda estaba en un montón y él ya estaba acurrucado

bajo una manta. Dejó caer la leña, la apiló y se acuclilló.

—Hay cerillas en la mochila. En el botiquín.

—Eres una buena exploradora, preparada para todo —Alec alzó los ojos hacia ella—. Gracias, Sara, estoy en deuda contigo. Pero aún no puedo creerme que arriesgaras tu seguridad y la del niño.

—Tú habrías venido a buscarme a mí —se limitó a decir ella.

—Pero no estoy embarazado de ocho meses.

—Tuve cuidado —agarró las cerillas que él le tiró y encendió las agujas de pino.

Poco después, un alegre fuego chisporroteaba ante ellos. Agradecieron la luz y el calor. Por primera vez desde que comprendió que Alec había desaparecido, Sara empezó a relajarse.

—Ven a sentarte aquí —Alec dio una palmada en la arena que había a su lado.

Sara se acercó y se sentó junto a él. Él le hizo un hueco bajo la manta y se la pasó por los hombros, después abrió el termo de café. Sara, agotada de repente, se acurrucó junto a él.

—Tenía mucho miedo —susurró.

—Hubiera vuelto por la mañana. Sabes que lo habría conseguido.

Ella asintió, sin creerlo ni por un segundo. La gente se moría de hipotermia.

Miró al exterior y se estremeció. Seguía lloviendo. Incluso con el fuego, hacía frío.

Alec lo hubiera pasado muy mal con una camisa y unos vaqueros empapados.

—¿Podrás andar mañana? —preguntó.

—Depende. Veremos cómo está el tobillo. Si no, al menos estaré caliente y seco.

Quizá tengas que ir por ayuda.

El bebé se movió y cuando Sara, instintivamente, lo acarició, Alec puso la mano sobre la de ella, para percibir el movimiento.

—Nunca dijiste qué preferías, Alec —murmuró—. ¿Niño o niña?

—Un bebé sano me basta. Me preocupan más sus padres; creo que los niños necesitan a los dos. Yo tuve padre, pero no madre.

—Y yo me quedé sin padre a los nueve años. Al menos con un divorcio, madres y padres siguen en contacto con sus hijos. Tú tuviste la mala suerte de que vuestra madre no lo hiciera. Pero eso

no significa que no podamos encontrar una solución…

si quieres formar parte de la vida del bebé.

—Claro que quiero. Yo… —se detuvo.

—¿Qué?

—Nada —apartó la mano y miró el fuego—. Es más seguro no arriesgarse. Así no se sufre.

—Puede que sea más seguro, pero ¿no crees que la gente se perdería muchas cosas?

—¿Estás contenta con cómo nos fue a nosotros? —Alec movió la cabeza y la miró—. Si pudieras dar marcha atrás, ¿aún te casarías conmigo?

—Deseaba con desesperación que lo nuestro funcionara, pero, aun así, no creo que hubiera elegido no probar. ¿Y si hubiéramos sido unos de los afortunados? ¿Y si hubiéramos podido celebrar cincuenta años juntos, como los Simpson? Eso era lo que yo deseaba —sintió una familiar opresión en el pecho. Había esperado mucho de su matrimonio, pero habían perdido el rumbo.

—Yo también estoy cansado —dijo Alec, al verla bostezar—. ¿Podrás dormir?

—Antes daré otra vuelta por la cueva para buscar más leña. La que hay no durará mucho. Y supongo que hará aún más frío al amanecer.

Diez minutos después había recogido cada brizna de material inflamable.

Echaron parte al fuego y apilaron el resto para utilizarlo a lo largo de la noche.

Alec la obligó a que se tumbara junto al fuego, se puso a su lado sobre una manta, y se taparon con la otra. Sara se durmió enseguida.

En mitad de la noche, se despertó envuelta por los brazos de Alec. Había abierto su chaqueta y la había atraído junto a él. Sentía calor y estaba cómoda. ¡Pero el suelo estaba duro! Se acurrucó y volvió a dormirse.

El frío la despertó. Abrió los ojos y estiró las piernas. Alec aún la tenía entre sus brazos; ahora estaba de espaldas a él, rodeada por el calor de su pecho. Pero, a pesar de los zapatos, tenía los pies helados.

Echó una ojeada a la cueva y notó que podía ver el techo y la

pared. Había amanecido. Se sentó, tiritando. El aire era frío, pero había dejado de llover. El cielo, al menos la parte que veía, era de un azul profundo. El sol brillaba en las copas de los árboles.

—Buenos días —dijo Alec.

Ella se volvió y le sonrió. Estaba muy guapo. Su rostro sin afeitar parecía rudo y sensual. Deseó acariciar su pelo revuelto. Sus miradas se encontraron.

—Ojalá quedara algo de café caliente —dijo ella, apartando los ojos, sonrojada, probablemente tenía un aspecto horrible—. Es hora de irse a casa. Me gusta acampar, pero esto es ridículo.

Se puso en pie y comenzó a doblar las mantas. El fuego se había apagado de madrugada y solo quedaba un montón de cenizas. Comenzó a llenar la mochila y miró la ropa húmeda.

—La llevaré en la mía. No tiene sentido mojar las mantas —dijo él, como si le leyera la mente.

Alec se puso las zapatillas e hizo un gesto de dolor al introducir el pie herido.

—¿Están secas? —preguntó ella.

—No. Pero anoche las puse junto al fuego. Al menos no están encharcadas.

Dos minutos después se pusieron en marcha. Sara echó una ojeada a la cueva y movió la cabeza de lado a lado.

—Esto no ha sido exactamente mi idea de una exploración. Supongo que los piratas no pasaban tanto frío.

—Pero yo no desearía jugar a los piratas con nadie más que contigo —masculló Alec, intentando apoyarse en el pie herido.

—¡Espera! —se acercó y le ofreció el hombro.

—Hoy está mejor —dijo él.

—Pero no lo estará cuando lleguemos a la cabaña. Evita forzarlo. Es una buena caminata. Aún puedo adelantarme y traer ayuda.

—Me las arreglaré. Vamos.

Los Simpson los vieron llegar cojeando y corrieron a ayudarlos. Minutos después, Alec estaba en su cabaña y habían llamado a recepción para que enviaran un jeep a recogerlo. La señora Simpson les ofreció té dulce y caliente, y bollos de canela recién horneados.

—Lamento que no estuviéramos anoche. Fuimos a cenar al hotel y nos quedamos al baile —explicó, cuando Sara relató su aventura.

—Nosotros lo hicimos la otra noche —murmuró Sara—. No podíais saber que necesitábamos ayuda, ni que no había línea de teléfono.

—¡No puedo creer que salieras con ese tiempo! —exclamó Rosemary.

—Es exactamente lo que yo le dije —apoyó Alec, haciendo una mueca.

—Soy muy dura —Sara sonrió. Alec entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

Ya era hora de comer cuando terminaron con el tobillo de Alec en el centro de primeros auxilios del hotel. Se lo habían vendado y le habían dado calmantes.

También comprobaron que Sara estaba en perfectas condiciones. La dirección del hotel les instó a almorzar, como invitados, antes de regresar a la cabaña.

—Intentan asegurarse de que no les demandemos —comentó Alec con cinismo, ya sentados ante los ventanales que daban al lago.

—Bueno, a mí me parece un gesto agradable. No son responsables del tiempo, ni de tu mareo —dijo Sara. Miró a su alrededor y luego a Alec—. No tenemos tan buen aspecto como el resto de los comensales.

—Creo que estás preciosa —la miró a los ojos.

Ella casi se atragantó. No podía creer la frecuencia de sus cumplidos, ni cuánto la halagaban. Después de comer, fueron a la entrada a esperar un jeep. Alec se apoyaba en un bastón.

—¿No quieres pasar por la oficina y dedicarle unos minutos a tu trabajo? —preguntó Sara mientras esperaban un vehículo.

—Hoy no —Alec negó con la cabeza.

Sara, sorprendida, se preguntó la razón del cambio. En cualquier otro momento habría insistido en hacerlo, sin embargo, estaba rechazando una oportunidad de trabajar. ¡Asombroso!

—¿Qué piensas hacer en la cabaña? —preguntó.

—Tumbarme en la hamaca y no moverme antes de la cena —respondió él rápidamente. La miró escrutador—. ¿Me harás compañía?

Antes de que pudiera responder, un jeep paró ante ellos y el conductor salió.

—¿Les llevo a su cabaña?

Cuando terminó de ducharse, Sara estaba agotada. La idea de subirse a la hamaca con Alec era tentadora, especialmente porque ya les quedaba poco tiempo.

Pero sabía que necesitaba descansar y que lo haría mejor en su propia cama. Se durmió antes de que él acabara de ducharse.

Alec fue a verla y le decepcionó encontrarla profundamente dormida. Hubiera deseado que compartiera la hamaca con él. Cada vez que se había despertado junto a ella, comprendía que deseaba encontrarla a su lado todos los días.

Era la locura de las vacaciones, nada más. Habían pasado tiempo juntos y se habían divertido. Los últimos días le recordaban a los tiempos en que comenzaron a salir juntos. Pero sabía que cuando volviera al trabajo, el día a día lo absorbería y no podría dedicarle tanto tiempo como ella deseaba. Había hecho bien en abandonarlo cuando lo hizo.

Se tumbó en la hamaca y miró el cielo azul, entre los árboles. Sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. Siempre pensaría en ella, se preguntaría cómo le iba, sobre todo con el bebé. No tendría suficiente con visitarla de vez en cuando.

Se movió y, accidentalmente, se dio un golpe en el pie y sintió un pinchazo de dolor. No estaba teniendo suerte, tenía más golpes que antes de llegar. Se puso las manos bajo la cabeza y revisó mentalmente las últimas dos semanas. Le había sorprendido encontrarse con Sara, pero había salido bien. Se entendían perfectamente.

Pero no habían solucionado nada. Se preguntó si presionarla para que tomara una decisión sobre su relación, cambiaría las cosas. Quizá ella estaba retrasando el momento a propósito.

Mientras estaba bajo la lluvia había pensado mucho, y no le gustaban nada algunas de las conclusiones a las que había llegado. Alec miró al vacío un buen rato antes de quedarse dormido.

Cuando despertó, Rosemary Simpson estaba sentada cerca de él.

—No quise despertarte, pero he venido a invitaros a cenar esta noche. Dudo que os apetezca cocinar después de vuestra aventura. Y nuestra cabaña no está lejos.

Si quieres, Paul puede venir a ayudarte. O podemos traer la cena aquí.

Alec se sentó al borde de la hamaca y probó su tobillo.

—Creo que puedo llegar hasta vuestra cabaña. Ya está mucho mejor —alzó los ojos—. Gracias.

—Todavía estoy consternada por no haber estado en casa cuando Sara nos necesitó. Los vecinos deberían echarse una mano.

—Todo acabó bien —tranquilizó Alec.

—Sí, pero podría haberse hecho daño, o al bebé. No puedo creer que saliera.

Debe quererte mucho. ¡Supongo que estaba loca de preocupación! Yo lo hubiera estado, si algo así le ocurriera a Paul. Venid a las siete.

«Debe quererte mucho». Alec había tenido ese amor, pero lo había dado por hecho sin apreciarlo. Había ignorado a su esposa y a sus deseos, hasta que sus sentimientos murieron y todo cambió. Ya no podía contar con el amor que tan generosamente le había ofrecido antes de casarse.

La señora Simpson se equivocaba. Sara había ido porque sabía dónde encontrarlo. Habría hecho lo mismo por cualquiera en problemas. Ella le había dicho que no podía dejar al padre de su hijo ahí fuera; él hubiera preferido que dijera que no podía dejar al padre de su hijo, sin más.

Fue hacia la cabaña. Quería verla de nuevo, asegurarse de que su aventura no había tenido efectos adversos. La enfermera había dicho que estaba perfectamente, pero quería asegurarse.

Percibió el delicioso aroma de galletas de chocolate cuando llegó a la puerta trasera. Se quedó en el umbral, observando a Sara. Tenía ante sus ojos la prueba de que no tenía ningún problema. Había dos bandejas de galletas enfriándose y ella abrió la puerta del horno y sacó una tercera. Se dio la vuelta y sonrió al verlo.

Alec se preguntó si el destello de alegría de sus ojos era real o solo imaginaciones suyas.

—Hola, ¿quieres unas galletas? —preguntó ella. Él negó con la cabeza.

—Te quiero a ti.

Cruzó la habitación, la tomó entre sus brazos y la besó. Tenía los labios suaves y cálidos. Su piel olía a flores y a chocolate. Tuvo la impresión de que su cuerpo renacía entre sus brazos, o quizá fuera él quien renacía. Ella llenaba sus sentidos, no se cansaba nunca.

Y aún tenía que decirle que se marchaba dos días después.

Capítulo 9

Sara tuvo sentimientos encontrados cuando Alec le dijo que había aceptado la invitación de los Simpson. La alegraba no tener que hacer la cena, pero no le apetecía compartir a Alec. Hubiera preferido tenerlo para ella sola.

Pensó que era un deseo muy egoísta mientras se cepillaba el pelo y se maquillaba un poco. Se puso un vestido y eligió un suéter para ponérselo cuando refrescara. Cuando bajó, Alec estaba en el umbral apoyado en el bastón, mirando el lago.

Sara se sorprendió. Esperaba encontrarlo en el sofá, leyendo un informe o tomando notas. ¿Había pasado todo el día sin trabajar, o había hecho algo mientras ella dormía la siesta?

Él volvió la cabeza al oírla. Estaba bronceado y sus ojos habían perdido la tirantez que tenían al comienzo de las vacaciones. Tenía el pelo más largo de lo normal y eso acentuaba su atractivo.

Excepto por la escayola y el bastón, parecía en forma y dispuesto a matar dragones. Por desgracia, los dragones que había en su vida eran los que ellos mismos habían creado.

—No nos quedemos demasiado tiempo —dijo Alec. Sorprendida, asintió. Se preguntó si él también deseaba estar a solas con ella.

—Me parece bien. Pero no podemos cenar y salir corriendo.

—Claro que sí —Alec enarcó una ceja—. Tendré un mareo.

—Eso no funcionará —dijo ella riendo—. Tendrías que tumbarte allí hasta que se pasara.

—Entonces di que tienes mucho sueño y que tienes que irte a casa, a la cama.

Sara apartó la vista, deseando que irse a la cama implicara compartirla con Alec. Lo echaba de menos por la noche. Echaba de menos la cercanía de los primeros meses de matrimonio.

Mientras iban hacia la cabaña de los Simpson, Sara empezó a preguntarse si debería haber hecho más es fuerzo por compartir las vacaciones con él. Quitarle el teléfono móvil había funcionado, Alec aún no se lo había pedido. Y llevaba dos días sin ir a la oficina del hotel. No tuvo tiempo de analizar su extraño comportamiento.

Los Simpson les dieron la bienvenida y poco después estaban sentados bajo los árboles, rodeados por el delicioso aroma de carne

a la barbacoa.

A lo largo de la velada, Sara notó que Alec la miraba con frecuencia. Una vez alzó las cejas, interrogante, pero él hizo un gesto negativo y desvió los ojos.

Volvieron a la cabaña después de las diez. Sara lo había pasado bien y suponía que Alec también. Le había demostrado que era capaz de evitar el tema del trabajo.

Se preguntó cómo sería si tuviera un horario regular y desarrollara otros intereses; como ella y su hijo.

—Son agradables, ¿verdad? —preguntó mientras él encendía la luz.

—Sí. Parecen tener mucho en común. ¿No crees?

—Supongo. Me encantó oírles hablar sobre sus tradiciones familiares. Quiero eso. La expectación, la anticipación, la satisfacción de hacer cosas habituales. Espero establecer esa relación con el bebé.

—¿Crees que nosotros tenemos algo en común, Sara? —preguntó. Ella titubeó, apoyándose en la barandilla.

—No hicimos suficiente esfuerzo, ¿verdad, Alec? —dijo ella con añoranza—.

Los dos estábamos inmersos en nuestra carrera profesional cuando nos casamos, y ambos intentamos seguir como antes. Cuando me di cuenta de que deseaba algo distinto, era demasiado tarde.

Se sentó en el escalón superior, apoyó los codos en las rodillas y la barbilla en la mano.

—Deberíamos haber conocido a los Simpson, o a alguien como ellos, hace mucho tiempo. Alguien que nos hiciera algunas sugerencias —se quedó pensativa—.

Con respecto a cosas en común…, lo pasamos bien pescando.

Él se encogió de hombros, sin dejar de mirarla. Ella arrugó la nariz, a punto de llorar. ¿Sería verdad que no tenían nada en común, nada sobre lo que construir una vida juntos? ¡Ella lo amaba! Quería vivir con él. ¿Acaso era imposible?

—Podríamos ir a pescar mañana. Y si tu tobillo está mejor en uno o dos días, podemos comer en el hotel y chapotear en la playa. Es posible que el agua esté más caliente cerca de la orilla.

—Me marcho, Sara —comunicó él.

—¿Te marchas? ¿Cuándo?

—Pasado mañana. Tengo cita con mi médico al día siguiente.

—Pero volverás después, ¿no? —lo miró fijamente, en estado de *shock*—. Wyatt reservó la cabaña tres semanas. Aún queda el fin de semana —ante el silencio, saltó de rabia—. No, claro que no volverás. ¿Por qué venir hasta aquí por segunda vez? En Boston puedes pasar por la oficina y dedicarte a tu testigo inesperado y a la nueva estrategia; sumergirte de nuevo en tu rutina —se dio la vuelta, corrió escaleras arriba, y cerró la puerta del dormitorio de un portazo.

Se olvidó de las lágrimas, consumida de ira. Había sido una tonta al pensar que tenían una oportunidad; al creer que Alec había cambiado, simplemente porque pasaba un día lejos de la oficina. Paseó de arriba abajo por la habitación, cada vez más enfadada.

No sabía si era ira, o tristeza por perder un futuro, que durante unos días, la había tentado. Se detuvo e inspiró con fuerza. Solo le quedaba un día. Luego se enfrentaría a un futuro solitario. El bebé se movió y le dio una suave palmadita.

—Si solo tenemos mañana, ¡haremos que sea un día fantástico! —prometió.

* * *

A la mañana siguiente, temprano, Sara llamó a la puerta de Alec.

—¿Mmm? ¿Qué? —la puerta se abrió de golpe. Alec parecía estar dispuesto a salir corriendo—. ¿Qué? Sara, ¿estás bien?

Ella le sonrió, sorprendiéndose nuevamente por su atractivo sexual.

—Sí. Es hora de ir a pescar. La mejor hora es al amanecer, ¿no?

Él se pasó la mano por el pelo. Sara no pudo evitar que sus ojos fueran del cabello revuelto a sus anchos hombros y descendieran hasta su cintura. Los pantalones del pijama le quedaban bajos, sobre las caderas. Tuvo la tentación de tocarlo. Apretó los puños y alzó los ojos. Después, sin poder contenerse, dejó que sus dedos le acariciaran el pecho. Una vez más no podía hacer ningún daño.

Él capturó su mano y la atrajo a sus brazos. Inclinó la cabeza y la besó, apretándola contra su pecho, cálido, fuerte y sensual. Ella lo deseó más que a nada en el mundo.

Le gustaba su rostro sin afeitar. Sus labios eran persuasivos y le

devolvió el beso con fervor. Amaba a ese hombre. Ella miró a los ojos.

—No quiero desayunar, ni ir a pescar —murmuró con voz profunda y seductora.

Sara deseó atreverse a ofrecerle una alternativa al desayuno, como volver a la cama y pasar el día en ella, juntos. Se preguntó por qué no. Seguían casados y habían compartido más de dos semanas. Se habían tocado y besado, habían reído, bailado y compartido aventuras. ¿Por qué no una última aventura… una que durara una vida?

Lo miró a los ojos, con el corazón en la garganta. No sabía si sugerirlo, una vez hecho, no habría vuelta atrás. Él la miraba inquieto, pero su expresión cambió lentamente. Sus ojos brillaron de deseo y ella pensó que quizá no hiciera falta decir nada. Quizá él ya lo sabía.

—¿Sara? —susurró él.

—Si no quieres ir a pescar, ¿qué quieres?

—Esto —la besó, abrazándola como si fuera lo único existente en el mundo, como si tuviera que atraparla para que no desapareciera.

¡Quizá Sara pudiera demostrarle lo que se iba a perder, si daba preferencia al trabajo!

Profundizó el beso y a Sara se le disparó el corazón. Acarició su espalda, agarró su trasero y la alzó hacia él. Ella sintió la fuerza de sus músculos y de su deseo.

—Ven conmigo, Sara. Vamos a explorar lo que tenemos en común —susurró junto a su boca, girando lentamente y llevándola hacia la cama.

Ella intentó grabar cada movimiento, cada caricia en su mente, para revivir la perfección de ese momento a lo largo de los años. Lentamente se hundieron en el colchón, abrazados.

—Te deseo, Sara —murmuró él, contra su cuello, cubriéndola de besos. Yo te quiero, replicó ella en silencio, dispuesta a ofrecerle todo.

Su boca comenzó a hacer locuras con la de ella, haciendo que pensara en sábanas revueltas y en la forma salvaje en que se hacían el amor al principio de su matrimonio. Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar el pasado y lo que habían perdido. Pero se

negó a dejarlas caer y se deleitó con sus caricias y con las sensaciones que crecían en ella y la llenaban.

Recorrió la piel de Alec con las manos, disfrutando de su derecho a seducir, acariciar y juguetear. Ardía de deseo, y ese hombre era el único capaz de apagar su sed.

Pero, en vez de apagarla, él alimentaba las llamas. Cada beso enloquecía sus sentidos, cada suave caricia de sus dedos provocaba oleadas de placer exquisito.

Hizo que la tensión creciera y creciera, hasta que, por fin, ella se perdió en una explosión de calor y amor.

El grito de él, un segundo después, la convenció de que, embarazo o no, Alec y ella sí tenían algo en común. Lentamente volvió a la realidad, saboreando cada sensación y deseando que el tiempo se detuviera.

Alec se situó a su costado, la apretó contra su pecho y le apartó el pelo húmedo de la frente para besársela, Ella lo miró con ensoñación, memorizando su aspecto. Él abrió los ojos.

—¿Qué harás cuando me vaya? —preguntó, acariciándola. Fue un claro recordatorio de que solo les quedaban unas horas juntos. Sara, ignorando su dolor, se encogió de hombros.

—Seguiré con los planes que tenía al llegar. Esperaba estar aquí sola, como sabes. Estaré bien. Quedan pocos días más.

—No vayas sola a las cuevas.

—Estaré bien, Alec. No te preocupes por mí.

Él cerró los ojos y se aguantó las ganas de discutir. Tenía razón, no debía preocuparse. Pero lo haría. Esas dos semanas le habían demostrado que se arriesgaba. Había dado la vuelta al lago y él no había pensado en el peligro hasta que tuvo dificultades en su propia excursión.

Podría caerse y nadie sabría dónde encontrarla. Ni siquiera que tenían que buscarla. Decidió hablar con los Simpson antes de irse, para asegurarse de que estuvieran pendientes de ella.

Se preguntó si estar sola la llevaría a pensar en concluir su matrimonio legalmente. Frunció el ceño, no deseaba pensar en eso, aunque lo cierto era que lo sorprendía que aún no le hubiera pedido el divorcio. Quizá ella seguiría con sus planes cuando él se fuera.

Nada había cambiado; él seguía siendo quien era, y ella deseaba más de lo que podía darle.

Disgustado con el rumbo de sus pensamientos, se sentó y los apartó de su mente.

—¿Se acabó el tiempo de amor?

—No, volveré. No te muevas —replicó él.

Ella sonrió y Alec deseó agarrar su sonrisa y guardarla para siempre. Deseaba volver a oír su risa, ver la luz chispeante de sus ojos. Lo que más echaba de menos en su apartamento era el eco de su risa. O quizá fuera su fragancia. O tal vez las noches en la cama, hablando en la oscuridad.

Maldijo para sí. Había tenido meses para olvidarla, y lo había conseguido. Su trabajo le exigía tanto que agotaba su energía. Cuando regresara a la ciudad se aseguraría de mantenerse ocupado para volver a librarse del fantasma de Sara.

Se levantó y bajó a la cocina. No sabía por qué se le había ocurrido la idea de desayunar en la cama, pero tenía que actuar rápidamente, antes de volverse a dejar llevar por sus necesidades. Deseaba a su mujer. A pesar de que hubieran hecho el amor apasionadamente hacía menos de una hora, aún la deseaba.

¡Quizá conseguiría mantenerla en la cama todo el día! Estaba dispuesto a cualquier cosa para retrasar el principio de la separación.

A ella la sorprendió y encantó la idea de desayunar en la cama. Charlaron, rieron y después comentaron posibles nombres para el bebé.

Cuando la besó de nuevo, ella lo aceptó deseosa. Las horas pasaron rápidamente, hasta que las nubes reflejaron el tinte rosado del ocaso diluyéndose en la oscuridad. Observaron la puesta de sol desde la cama, aún abrazados.

—Me alegro de haber pasado este tiempo juntos —dijo Sara.

—Yo también —una parte de él no quería que acabara, pero otra le decía que debía escapar si quería recuperar el equilibrio. Estar con Sara provocaba en él sueños que sabía fútiles.

—¿A que hora te irás mañana? —preguntó Sara.

—El jeep me recogerá a las ocho. Tomaré el autobús de enlace con el aeropuerto de las ocho y media.

—Mmm.

Durante un segundo, temió lágrimas y recriminaciones. Pero Sara nunca había utilizado trucos femeninos para conseguir sus

deseos. Siempre había sido directa, abierta y honesta. Alec, de repente, se sintió como un fracaso; no había estado a su altura.

—Pasa la noche conmigo —dijo, abrazándola más fuerte. Ella asintió.

—Me levantaré a prepararte el desayuno.

—No, será mejor que duermas. Tomaré algo en el aeropuerto.

Alec sabía que era hora de comenzar a separarse. Hora de volver a la vida que conocía y que había elegido. Esas vacaciones no habían sido más que un fragmento de un sueño. La vida real no era así y tenía que volver a la realidad.

A pesar de todo, Sara se levantó con él y cuando Alec acabó de hacer la maleta, tenía el café preparado. Sonriente, estaba dispuesta a disfrutar hasta el último minuto. Casi eran las ocho y él se marcharía en seguida.

—No es un desayuno, solo café. Pero sé que te gusta tomarlo al levantarte, y te entonará hasta que llegues al aeropuerto.

—Gracias —aceptó la taza y dio un sorbo, contemplándola.

Ella confió en que los pantalones cortos y la camisa rosa le sentaran bien. El rosa era el color que más la favorecía. Se había maquillado y estaba radiante. Quería que él la recordara así.

—Oh, toma —Sara le dio el teléfono móvil—. Puede que lo necesites.

—Te llamaré cuando vuelvas a Boston —dijo él, guardándoselo en el bolsillo.

Ella asintió, con una sonrisa forzada y artificial como el plástico, esperando que no se notara.

—No llegamos a decidir un nombre —dijo y tragó saliva. Habían pasado horas comentando nombres, pero después se habían distraído y concentrado en otras cosas.

Decidió no pensar en eso; de hecho, decidió no pensar hasta que se fuera. ¡Tenía que aguantar un rato más!

Se oyó un claxon. El jeep había llegado. Sara respiró con fuerza y amplió la sonrisa.

—Que tengas buen viaje, Alec. Espero que el médico diga que todo va bien. Me quedaré dentro.

—Te llamaré —dejó la taza en la encimera, se acercó y rozó sus labios con un beso. La miró a los ojos un momento—. ¿Estarás bien?

—Perfectamente. Vete, o perderás el avión.

Él asintió y se marchó. Sara escuchó el ruido de sus pasos yendo hacia la entrada. Un momento después la puerta se cerró y se hizo el silencio.

Las lágrimas comenzaron a surcar su rostro y ahogó un sollozo. Tenía la sensación de que el corazón se le rompía en mil pedazos. Salió, se apoyó en la barandilla, y dejó que las lágrimas afloraran, calientes y rápidas. Alec se había ido, sus idílicas vacaciones habían terminado.

Nada había cambiado. Estaba sola. Había vuelto a elegir el trabajo. Aunque era una tontería verlo así; él había hecho esa elección mucho tiempo atrás.

Se sonó la nariz y miró la hamaca solitaria. Se sentía incómoda y molesta. Le dolía la espalda. Pensó que seguramente era por haberse excedido haciendo el amor el día anterior, aunque dudando que fuera posible excederse en eso.

Negándose a permitir que su partida arruinara sus vacaciones, preparó el almuerzo, lo guardó en la mochila y se encaminó hacia el prado. A mitad de camino, el dolor de espalda empeoró. Alargó la zancada, pensando que andar le soltaría los músculos y se sintió mejor poco después.

Se detuvo en el prado para comer y estaba planteándose explorar las cuevas cuando un fuerte pinchazo en el bajo vientre la hizo gritar.

—Ay, eso ha dolido —murmuró, volviendo a acomodarse en la manta. Rechazó la idea de explorar y empezó a preguntarse si el dolor se debía a algo más que el cansancio de hacer el amor.

Diez minutos después tuvo una fuerte contracción. No le cupo duda posible.

—Oh, Dios —susurró. No podía estar de parto. No salía de cuentas hasta tres semanas después, y todo el mundo sabía que las madres primerizas se retrasaban.

Pero antes de que pudiera guardar las cosas en la mochila, una nueva contracción hizo que se doblara de dolor.

Estaba a una hora del teléfono más cercano, sola en la montaña, nadie lo sabía,

¡y estaba a punto de dar a luz!

Capítulo 11

—¿Sara?

Alzó lo ojos, segura de que tenía alucinaciones. Habría jurado que era la voz de Alec, pero él estaba camino de Boston. A través de sus lágrimas de frustración, lo vio.

No estaba en Boston, caminaba hacia ella, atravesando el prado.

—¡Alec? —rompió a llorar—. Alec, ¡voy a dar a luz!

—¿Qué? Sara, ¿qué haces aquí? —se arrodilló a su lado y puso una mano sobre su vientre, sintiendo la tensión, mientras le apartaba el pelo de la cara con la otra.

—¿Estás loca? ¿No te dije que no salieras sola?

—No estaría sola si no te hubieras marchado —escupió ella, después ahogó un gemido al sentir otra fuerte contracción.

—Ahora estoy aquí, y tenemos que llevarte al hospital.

—Buena idea. ¿Se te ocurre cómo?

—¿Cuánto tiempo hay entre las contracciones?

—No lo sé, parecen muy seguidas. No he traído reloj. ¿Por qué has vuelto? —la contracción pasó y volvió a pensar con claridad—. ¿Olvidaste algo?

—A ti —afirmó él con seriedad. Se sentó junto a ella, la abrazó y besó sus labios.

Fue un beso maravilloso, fiero, excitante y concienzudo.

Sara respiraba con agitación, cuando se tensó al sentir otra contracción.

—Ayyy —gimió—. ¡Esto duele!

—Tenemos que ponernos en marcha, Sara —miró su reloj y frunció el ceño—.

No puedo creer que vinieras hasta aquí estando de parto.

—¡No lo hice a propósito! —se puso en pie con la ayuda de Alec. Inhaló una bocanada de aire.

—¿Puedes andar?

—Si no puedo, ¿qué vas a hacer?, ¿llevarme en brazos? —casi se echó a reír—.

¿A los dos?

—Si hace falta, lo haré.

—Puedo andar, al menos de momento. En las clases de

preparación al parto nos dijeron que cuando empiezan las contracciones andar ayuda.

—Sospecho que no se referían a una excursión por las montañas.

—Mmmm —Sara se preparó para otra contracción—. Ayyy.

—Ocho minutos de diferencia —dijo él rodeándola con un brazo mientras consultaba el reloj—. ¿Significa eso algo para ti?

Ella encogió los hombros, incapaz de hacer otra cosa que luchar contra el dolor.

Cuando se relajó, se pasó la lengua por los labios.

—Serán cada vez más seguidas, pero el proceso dura horas. Tenemos tiempo de volver —dijo, esperando que fuera así. ¡No se imaginaba dando a luz en medio del bosque!

Alec recogió los restos del almuerzo, le dio el brazo y se encaminó hacia la cabaña.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella mientras caminaban lentamente.

—No podía irme. Llegué hasta el aeropuerto y me di cuenta. Así que volví. No te encontré en la cabaña y la señora Simpson me dijo que habías venido en esta dirección.

Ella se detuvo y se dobló de dolor. Él la sujetó mientras pasaba la contracción.

—Siguen a ocho minutos —murmuró él, cuando pudo volver a andar—. ¿Estás segura de que puedes seguir? No quiero que el niño caiga al suelo de cabeza.

—Gracias por volver —rio suavemente y le apretó la mano—. ¿Qué haría sin ti?

—Sigue pensando así, Sara.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por dónde empiezo?

—¿Por el principio? —sugirió ella, esperando que lo que fuera a decir apartara de su mente el creciente temor de que no llegarían al hospital antes de que naciera el niño.

—Me gustaría saber cuál es. ¿Cuando te vi por primera vez y me quedé sin aire? ¿Cuando supe que quería que formaras parte de mi vida para siempre?

O quizá el principio fue cuando nos casamos y volví a mis viejas costumbres.

Llevaba mucho tiempo solo, Sara. Nunca cultivé el hábito de

compartir.

Pensé que tenía que dártelo todo, así que trabajé más y más.

—Solo te quería a ti.

—Estos últimos meses han sido un infierno. El apartamento parece mucho más vacío que antes. Tu fantasma está en todas partes.

—Alec, no estoy muerta —sonrió débilmente—. ¿Cómo puedo tener fantasma?

—No lo sé pero has embrujado el lugar. Cada vez estoy más tiempo fuera, para evitar la casa vacía. Trabajo más para apartarte de mi mente.

—¿No habría sido más fácil invitarme a volver? —inquirió ella.

—¿Y cambiar mi estilo de vida cuando estaba seguro de que eras tú quien te equivocabas al pedirme que lo alterase?

—Bueno, visto así…

—Pero yo era el equivocado. Ambos teníamos que alterar nuestra vida de solteros para dar paso a la matrimonial. Pero yo más que tú.

—¡Ayyy! —volvió a doblarse. Él la sujetó con firmeza, esperando pacientemente. No daba la impresión de estar preocupado, y eso le dio fuerzas a Sara.

—¿Cuándo se te ocurrió esa idea de que quizá los dos debíamos cambiar? —preguntó jadeando, con un atisbo de esperanza.

—La otra noche, sentado bajo la lluvia. Pensé mucho. Tú sabías lo peligroso que puede ser estar expuesto a los elementos toda la noche. Creo que habría conseguido volver pero, ¿y si no hubiera sido así? ¿Y si hubiera muerto?

Ella se estremeció al oírlo. Lo había pensado más de una vez. ¿Cómo sería el mundo sin Alec?

—Mi vida no vale mucho sin ti. Soy como un autómata. Mi trabajo ya no es una pasión, sino una droga… para paliar el dolor de tu marcha. Y tenías razón, el sistema legal de Boston no se detendrá por mi ausencia. Me gusta pensar que contribuyo, pero también lo hacen todos los demás asistentes del fiscal. Somos un equipo.

—Creo que te echarían mucho de menos si te fueras. Pero no se hundirían —dijo ella.

—Lo probaremos.

—¿Cómo?

—Primero, descansaré todo el tiempo que me recomendó el médico. Aprenderé a delegar. He descubierto que me gusta hacer otras cosas, si las hago contigo.

El pulso de Sara se desbocó. Olvidándose de todo, se detuvo para abrazarlo.

—Te quiero, Alec —musitó.

—Te quiero, Sara, más de lo que nunca imaginé posible —la besó, justo como ella deseaba.

—Ohhh —se apartó de él, jadeando de dolor. Él volvió a consultar su reloj.

—Me gustaría entretenerme, pero será mejor que nos apresuremos, cariño.

Ahora solo son seis minutos.

El resto del camino hasta la cabaña fue como una neblina para Sara. Agarrada a Alec, caminaba entre contracciones, cada vez más asustada y convencida de que tendría el niño allí mismo.

Sintió júbilo al ver la cabina entre los árboles. Minutos después, Alec llamaba al hotel. Para entonces las contracciones eran continuas.

—Arriba y a la cama, cariño —ordenó Alec.

—No voy a subir escaleras —jadeó ella, agarrándolo con fuerza —. Quiero ir al hospital.

—Han llamado a una ambulancia, pero no creo que llegue antes que el niño.

Estarás más cómoda en la cama. ¿Puedes subir?

Ella miró las escaleras e hizo un gesto negativo. Sin una palabra, la levantó en brazos y la llevó al dormitorio.

—Tu tobillo, el brazo, aayyy.

—Estoy bien. Vamos a quitarte esos pantalones.

Antes de la siguiente contracción, la había desvestido, puesto un camisón y metido en la cama. Alec posó la mano sobre el bulto que era su hijo.

—Démosle a nuestro hijo un hogar completo, Sara. Vuelve conmigo. Te prometo que os antepondré al trabajo a partir de ahora. Estableceremos tradiciones, encontraremos intereses comunes y construiremos un matrimonio sólido como una roca.

—¿Haces esto solo por el niño?

—No, lo hago por ti y por mí, por nosotros. He vuelto a enamorarme. Sé lo que es la vida sin ti y quiero ver qué podemos construir juntos. ¡Aun sin niño, desearía que volvieras!

Ella se preguntó si podía confiar en lo que sentía su corazón.

—Arriésgate conmigo, cielo. Te prometo darte prioridad. Tenías razón, tenemos suficientes cosas materiales. Pero pasar tiempo juntos, no tiene precio. Te quiero, Sara. ¡Quiero que vuelvas!

Ella le echó los brazos al cuello y lo agarró con fuerza. No sabía lo que les depararía el futuro, pero estaba dispuesta a arriesgarlo todo por el hombre al que amaba. Rio con júbilo. ¡Amaba a Alec y él la amaba a ella! Por primera vez en meses, el futuro le parecía brillante de promesas.

—¡Sí, sí, sí! ¡Ayy! Alec, creo que viene el niño.

—Deja que venga, cariño. Creo que estamos preparados.

La ambulancia llegó treinta minutos después. Para entonces, Angela Blackstone había anunciado su llegada al mundo con fuertes berridos. Sus padres tenían los ojos llenos de lágrimas tras haber participado en el nacimiento de su hija. El miedo y la preocupación se habían desvanecido cuando la naturaleza siguió su curso y el parto tuvo lugar sin problemas.

Con su hija envuelta en una toalla suave y limpia, Alec se sentó en la cama junto a Sara, mientras el servicio de urgencias la revisaba. Cuando declararon que estaba en perfectas condiciones, sintió una oleada de alivio. Se inclinó hacia ella y la besó suavemente.

—Te quiero —dijo—. Ahora y para siempre.

—Ahora y para siempre —repitió ella, con el corazón henchido de felicidad.

Fin